







ANTONIO DE LA VILLA

# BELMONTE



ARTO DOMINGO



BELMONTE

---

ES PROPIEDAD DE SU AUTOR  
Queda hecho el depósito que marca la ley.  
Copyright by Antonio de la Villa, 1928.

---

TALLERES ESPASA-CALPE S. A. RÍOS ROSAS, 24. — MADRID

ANTONIO DE LA VILLA

---

# BELMONTE

EL NUEVO ARTE DE TOREAR



MADRID  
1 9 2 8

## ALGUNOS LIBROS DEL AUTOR

---

**Entre estudiantes.** Un ensayo acerca de la vida escolar. — Salamanca. Imprenta *El Lábaro*. 1900.

**Cómo cae un trono.** Historia de la revolución en Portugal. — Imprenta Renacimiento. 1910. Madrid.

**La hazaña que conmueve al Mundo.** — Imprenta de Rambla. 1926. Habana (Cuba).

**Belmonte.** El nuevo arte de torear. — Espasa-Calpe, S. A. 1928. Madrid.

### EN PREPARACION

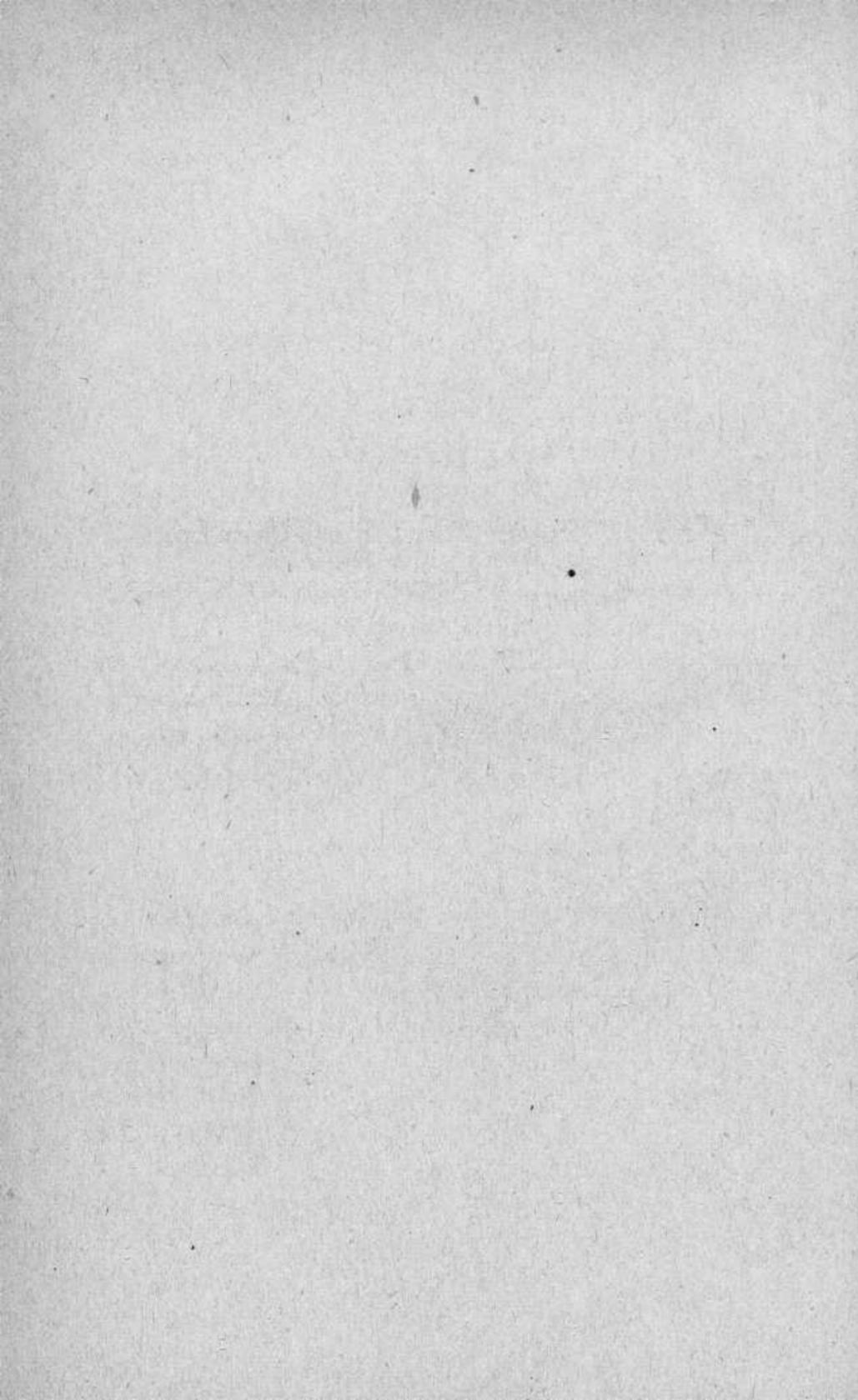
**Por los caminos de España.**

*A*

*Teresa, Aurora, Manuela y Alejandro,*

*hermanos míos, que presumen con  
llamarse belmontistas.*

*Antonio*



## UNAS LÍNEAS DE PRÓLOGO

*¡El libro de Belmonte!... La vida y el arte del ídolo en páginas luminosas—luz de abril sevillano—, de las que se desprende ese denso olor, tan característico de nuestra tierra, emanaciones de multitudes febriles, perfume de carne cálida de mujer y aroma de claveles soleados.*

*¡El libro de Belmonte!... Para el profesional, texto aleccionador; para la mujercita romántica, novela amorosa; capítulos de aventuras para el adolescente dado al ensueño, y páginas evangeliarias para el devoto de la fiesta taurina. ¡La vida y el arte del ídolo!... Como si dijéramos el devocionario español.*

*Pero el acierto del autor de esta obra no está en haber escrito un buen libro, sino en haber quebrado la rigidez del libro; en hacer de estas pequeñas capillas amplias páginas de gran diario del pueblo; en traer a la literatura libresca el aire de la calle, el encanto de lo anecdótico, el interés del sucedido, la palpitación de la realidad... Y ello en una prosa ágil, viva, inquieta, a veces arbitraria, siempre sugestionadora; en*

*el estilo improvisado, desconcertante, vortiginoso del reportero, ese novelador de realidades, que hasta cuando fantasea se permite el lujo de prescindir de las acciones fingidas.*

*De no ser éste un libro tan nuestro, tan de España, diríamos que Antonio de la Villa, nostálgico de sus triunfos de informador, resucitaba las excepcionales aptitudes de reportero que le dieron renombre en los años mozos y nos ofrecía un sensacional reportaje al estilo americano. Pero si no a este estilo, a la manera española, más acorde con su logrado propósito, labor de reporterismo es precisamente la suya en este relato, que se inicia al venir el redentor del mundo taurino a la tierra de las reses bravas y tiene su término cuando, ya en plena gloria el elegido, se sienta a la diestra de Costillares.*

*¿Se os alcanza el interés de este libro? ¿Os dais cuenta de su intensidad emotiva, de su poder de sugestión? Es la historia, la verídica historia del héroe aclamado por todos los públicos españoles: la niñez triste, la adolescencia cruel, el calvario por las plazas de los pueblos cerriles, la lucha por la vida y las peleas con la muerte, los triunfos y los fracasos, las incertidumbres y las esperanzas, y, por fin, la victoria definitiva, y algo tan inexplicable entre nosotros como el laurel junto al talonario de cheques, la gloria del artista de bracero con la opulencia. Es un libro de garra, de los que hacen suyo al lector apenas*

*iniciada la lectura y ya no lo sueltan hasta que ha doblado la última hoja. Y es que todavía, para el español aficionado a leer, nada tan atrayente—perdonadle bisoños soldados de nuestro ejército intelectual de vanguardia—como el libro que tiene por protagonista a un torero. ¿Qué atracción no ejercerá éste que es el libro del torero?*

*Porque Belmonte es el torero. Figura representativa y esencia de la fiesta española. Pobre e ignorado, persigue con su arte la fama y la fortuna; enriquecido y famoso, busca en su arte la satisfacción del propio espíritu; ayer, el esfuerzo; hoy, el regalo; antes toreaba para vivir; ahora no puede vivir sin torear, y antes y ahora, esta imposición de la vida entre los garfios de la muerte. Sí; Belmonte es el torero. Los otros son lidiadores de reses bravas; pero el torero, todo el arte vistoso, dominador y emotivo, y toda la tragedia, lo es él.*

*“¿Con esa planta?”, preguntábame cierta tarde un vecino de localidad que por primera vez asistía al espectáculo taurino. Belmonte aguardaba la acometida del toro contra el caballo del picador, abierto el compás de las piernas, clavada la barbilla en el pecho, corva la espalda, caídos los brazos y en desmayo el capote sobre los pies... “¿Con esa planta?...” “¡Con ese corazón!”, le respondí cuando Belmonte, erguido, arrogante, garboso, remató el quite con su trágica media*

*verónica y en la punta de uno de los pitones del astado brillaba, como una chispa de fuego, un alamar de oro.*

*Y no ha faltado tampoco quien me haya dicho al paso de Belmonte por la calle: "Usted afirmará lo que quiera, pero me parece absurdo que pueda ser un gran torero, el torero, el único, ese hombre de la gabardina y el sombrero flexible que lee a Cervantes y se apasiona por el fútbol.*

*"¡Ah! ¿Pero es ése Belmonte?" La pregunta ha sido mía. No conozco a los artistas fuera de su arte; no quiero conocerlos, no me interesan. Y cuanto más admirados por mí en su obra, más lejos quiero verme de su vida vulgar. Porque tengo miedo a la decepción y también a la simpatía amistosa, a que en uno u otro caso el hombre me robe al artista.*

*Por eso no son las páginas consagradas a la vida íntima de Belmonte las que prefiero en este libro, sino aquellas que describen sus faenas de muleta y sus lances de capa, las que nos revelan las nuevas fórmulas taurómicas del revolucionario, y aquella otra en que él mismo define su arte, condensándolo, concretándolo en una palabra: temple.*

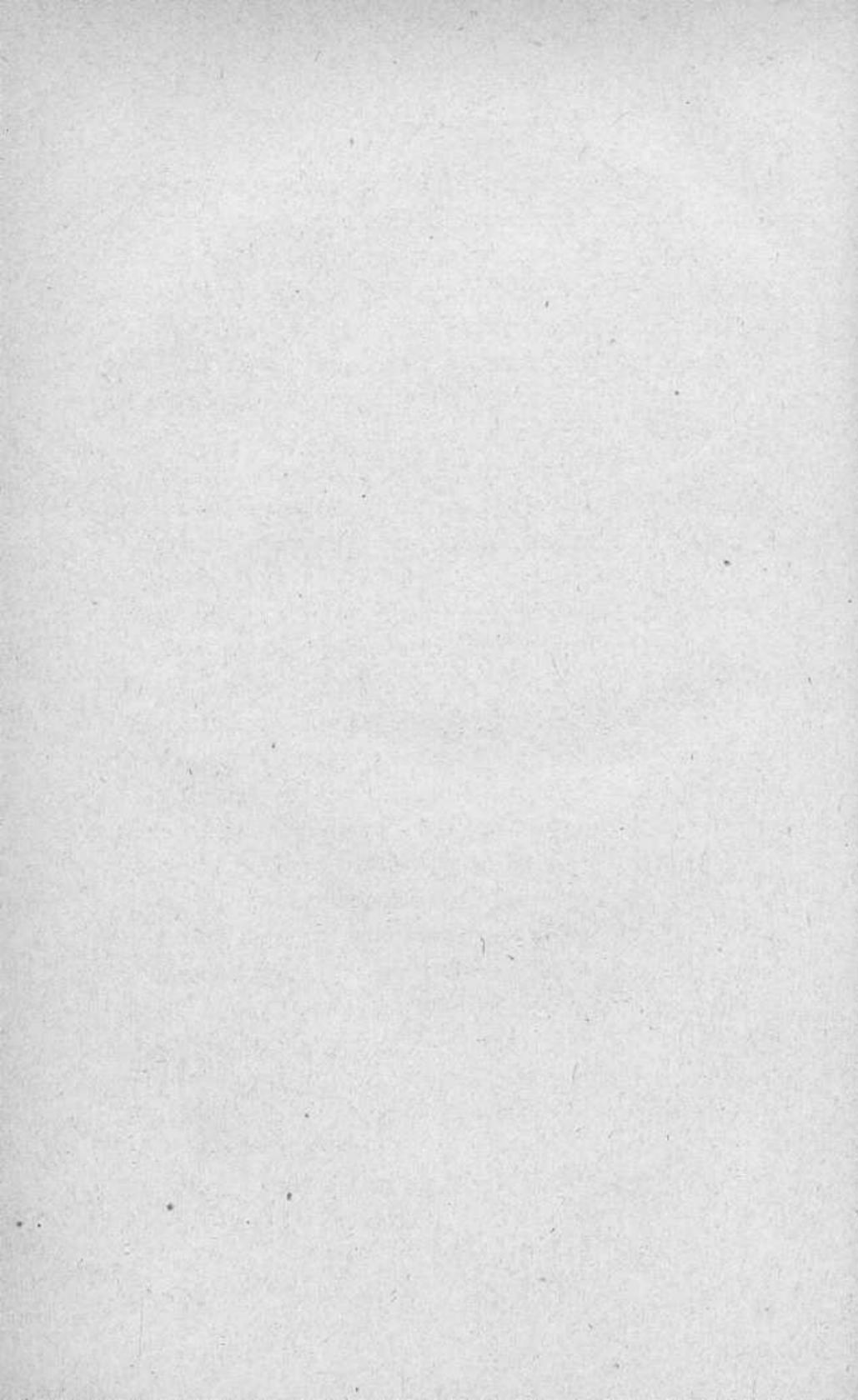
*He aquí el secreto del triunfo, no sólo en el toreo, sino en todas las artes: templar. Ni excederse, ni reducirse; ni permitir que la idea rebelde huya, ni dejarse atropellar por ella. Lo justo,*

lo preciso, lo exacto. ¿De qué le sirve al artista la inspiración desbordada? Pero si la sujeta, si la domina, si la administra en las debidas proporciones y logra establecer el equilibrio entre la fuerza creadora y la forma de expresión del pensamiento, la obra artística será perfecta.

Belmonte, al descubrir su secreto, descubre el de todas las grandes figuras del Arte en sus distintas manifestaciones. El es un torero prodigioso porque su capote sabe templar. Pérez de Ayala, por ejemplo, es un gran escritor porque en su pluma hay temple.

En la mía lo quisiera para poner digno remate a estas líneas, escritas, como las páginas que siguen, a la mayor gloria de Belmonte. Libro de homenaje, con Antonio de la Villa colaboran aquí, en honor del torero, muy altas inteligencias. Yo también, antes de terminar mi cometido de prologuista—el prologuista es al libro en este caso lo que la telonera al teatro de variedades—, ofrezco al genio de la tauromaquia el tributo de mis exaltadas admiraciones. Y se lo rindo sinceramente, fervorosamente, de todo corazón, si es que algo de éste me han dejado sus emocionantes medias verónicas, que son, entre las curvas astas de la bestia acometedora, como macabros paréntesis en la vida.

JOAQUÍN AZNAR.



BELMONTE  
EL NUEVO ARTE DE TOREAR

EL HOMBRE. — EL TORERO. — CÓMO SE DESEN-  
VUELVE SU VIDA PROFESIONAL



## CAPÍTULO PRIMERO

### EL NACIMIENTO

**Belmonte no es trianero. — Los padres de Juan. La parroquia de los toreros. — El padrino. — Genio y figura. — Una vida tranquila. — La buena mano del “señó” José. — La tienda de Belmonte. Los juegos de Juan. — En el colegio. — Una dedicatoria. — Los libros favoritos. — Belmonte no era aficionado rabioso a los toros. — De los doce a los quince años. — Triana y los arcos del puente. — Un retrato como hay pocos.**

Juan Belmonte y García nació el 14 de abril de 1892, en la casa número 72 de la calle de la Feria, perteneciente al barrio del mismo nombre, en la ciudad de Sevilla.

Belmonte, según acredita la fe de bautismo, no es, por tanto, nacido en Triana, aun cuando en ella viviera los años infantiles.

El padre de Juan se llamaba José Belmonte y Peña; era natural de Prado del Rey (Cádiz) e

hijo de un comerciante con casa propia y tienda abierta en el barrio de la Feria, en Sevilla.

La madre de Juan, que murió muy joven, se llamaba María de la Concepción García e Ibáñez, nacida en Sevilla.

A Belmonte se le bautizó el 18 de abril de 1892 en la parroquia *Omnium Sanctorum*, siendo su padrino Juan Belmonte y Peña, hermano de su padre y tío carnal de Juan por tanto. En la misma parroquia *Omnium Sanctorum* recibieron las aguas bautismales, entre otros toreros, el famoso *Gordito*, Antonio Montes y el actual diestro *Gitanillo de Triana*.

Juan Belmonte fué el primer hijo de un matrimonio que llegó a dar hasta cinco.

Fallecida la madre de Juan, mucho antes de que su hijo abrazara la arriesgada profesión que hoy le ha hecho la primera figura del *toreo*, su padre volvió a contraer nuevas nupcias, consiguiendo de este matrimonio seis hijos más, falleciendo el señor José hace tres años—cuando Juan contaba treinta y uno—y dejando a cargo de nuestro biografiado toda la familia, de la que Belmonte es guía y defensor constante.

Belmonte, para que en todo sea fenómeno, como ha dicho el eminente doctor Marañón, tiene un lamentable aspecto enfermizo, y, sin embargo, su naturaleza es de hierro, como lo demuestra el hecho de que, llevando en la profesión de torero dieciséis años y en algunas tem-

poradas toreando 90 y 100 corridas, jamás ha tenido que guardar cama por ninguna indisposición de carácter general, llegando su resistencia a tal extremo, que el año 1927, el día 30 de septiembre, en la ciudad de Córdoba, por complacer al público y defender los intereses de su gran amigo D. Francisco Barrionuevo, que era empresario en la corrida anunciada, vistió el traje de luces y salió al ruedo en contra del dictamen de los médicos y de su propio empresario.

Belmonte, a su paso por la estación de Bobadilla, cuando, procedente de Málaga, se dirigía a Córdoba, hubo de ingerir una tortilla de mariscos en malas condiciones, intoxicándose con este motivo él, su banderillero *Nini*, el mozo de estoques, Antonio Conde, y un amigo de Juan, el Sr. Pérez Asensio.

La prueba de la gravedad de la intoxicación es que apenas llegaron a Córdoba tuvieron que guardar cama con alta fiebre y fuertes dolores intestinales Conde, el *Nini* y Pérez Asensio, resistiéndose Juan y llegando hasta a salir a la plaza y tomar parte en la lidia de los tres primeros toros, teniéndose que retirar desvanecido al comenzar la lidia del cuarto.

Esto demuestra más que nada el gran dominio de voluntad de Juan Belmonte y las condiciones físicas y espirituales de que está dotado para vencer en la vida.

Y el caso es que mirando su tipo endeble, su andar desmayado y hasta la expresión triste de sus ojos, más parece, es verdad, un enfermo en la convalecencia que el aguerrido luchador que ha de verse todos los días cara a las fieras y cara al público, otra fiera de mucha consideración.

Belmonte, desde su nacimiento hasta los diez años, vivió una vida si no muy regalada, a lo menos con todas las comodidades del artesano de buen acomodo.

Su padre heredó del abuelo de Juan una tienda de mercería y quincalla, con un solo hueco, en el mismo domicilio de los Belmonte, en el número 72 de la calle de la Feria.

El señor José, que así se le conocía en todo Triana, era un buen mozo—ninguno de los hijos se le ha parecido en complexión, estatura y gachonería andaluza—, con muchas simpatías y muy buena mano para conquistar la parroquia.

Vendía el señor José al *detall* en la tienda, y salía a revender, viajando su propio comercio, a los pueblecitos inmediatos a Sevilla.

Traficaba especialmente con las liquidaciones o las quiebras de los grandes almacenistas de bisutería y quincalla de toda la región. Y la pericia del señor José, como tasador, era tan grande que se le llamaba por los técnicos para apreciar al céntimo el valor de los lotes.

Los diez primeros años de matrimonio del se-

ñor José se desenvolvieron felices, porque en el hogar de los Belmonte no faltaba lo más esencial, que era: salud y dinero en abundancia.

Juan, que jugó a todos los juegos con los chicos de la calle—él no recuerda en sus confesiones haber tenido predilección por *el del toro*, al que son muy aficionados los niños en tierras andaluzas—, asistió desde los seis años a la escuela, aprendiendo a leer y a escribir de manera tan correcta, que cuando Belmonte estuvo en Madrid y visitó al día siguiente de su presentación en la plaza de toros al ex ministro liberal y hoy gran amigo suyo Natalio Rivas, tuvo ocasión de probar sobradamente esta suficiencia. Se encontraban en el despacho con Natalio Rivas el ex matador de toros Luis Mazzantini, el periodista Francisco Gómez Hidalgo y el que estas líneas escribe.

Belmonte, modesto más que tímido, hizo todo el gasto de la visita con muy pocas palabras.

Luis Mazzantini, que tenía a mucha vanidad—y bien conquistada—su educación, hecha con el trato y la lectura, quiso probar las aptitudes de Juan en este sentido.

Se habló de los grandes lidiadores de pasadas épocas, y Natalio Rivas, que en su abundante biblioteca posee un documentado archivo de fastos taurinos, se empeñó en que fuera leída una revista que el propio *Sobaquillo* había escrito y dedicado a Luis Mazzantini.

—Nadie como usted para leerla en voz alta —dijo el ex torero de Elgoibar, entregándola a Juan.

Y Belmonte, sin inmutarse ni rechazar la invitación, tomó entre sus manos el suelto del periódico y se dirigió a la ventana del despacho —estaba y creo que está todavía en un piso bajo de la calle de Velázquez—para gozar mejor de la luz, que ya empezaba a declinar, leyendo con entonación y reposo la famosa revista.

Nadie se atrevió a comentar la buena disposición del joven torero para la lectura. Y llegó el momento de retirarse.

Natalio Rivas, que el día antes había recibido de manos del apoderado de Juan Belmonte—el notable periodista redactor de *El Liberal*, de Sevilla, Antonio Soto—un magnífico retrato con la efigie del glorioso torero, pidió a Juan que le escribiera una dedicatoria.

Y Juan, con la misma sencillez con que había hecho la lectura y sin dar ninguna importancia, se sentó en la mesa de trabajo del ex ministro y escribió estos renglones, que hoy lucen, y en lugar preferente, en el despacho de Natalio Rivas:

“Para mi ilustre y querido amigo D. Natalio Rivas, uno de los hombres más buenos, más cultos y más sinceros que tiene la política. Y que en su debilidad por la fiesta de los toros ha llegado a dispensar amistad al que hoy tiene mucho

honor en dedicarle este retrato.—*Juan Belmonte*.—Madrid, 28 de mayo de 1913.”

Esto quiere decir más que nada que Juan Belmonte, cuando se consagró como torero de máxima popularidad, en marzo de 1913—a los veintiún años de edad—, ya estaba en posesión de una cultura.

A propósito de esto, y en conversaciones llanas con sus amigos—de los que he de hablar en momento oportuno—, Juan ha dicho, muy substanciosamente:

“Desde los doce a los quince años, yo, en mi casa, gozaba de una vida muy cómoda. Los asuntos de mi padre marchaban muy bien, y a mí—con el pretexto de los estudios—se me dejaba hacer todo lo que me venía en gana.

”Y mi principal vicio era la lectura. Estaban en todo su apogeo por entonces los libros policíacos, que se vendían por entregas, y al alcance de todas las fortunas. Yo creo que leí por curiosidad hasta media docena. Pero bien pronto me lancé por otro camino: creo que la primera novela que cayó en mis manos fué *La hermana San Sulpicio*, de Palacio Valdés. ¡Lo que he llorado y lo que he reído con esa novela! Después me tragué entera toda la biblioteca de Blasco Ibáñez: *La Catedral* me dejó un poco sombrío unos cuantos días; *Entre naranjos* me dió sed de conocer la tierra valenciana—quizá influyera mucho para que mis primeras corre-

rías taurinas fueran por Valencia—; *Sangre y Arena* es la que menos me deslumbró, porque yo no he creído nunca en lo que llaman el *brillo de los cañeles*. De Blasco Ibáñez pasé a Julio Verne, muy divertido y muy instructivo. Creo que luego leí un poco a Pérez Escrich. Y por fin me metí con Felipe Trigo, interesándome más que nada *Las ingenuas y Reveladoras*.

”Yo he tenido—sigue hablando Belmonte—épocas de lectura muy intensas. En el verano, especialmente, me encerraba a las horas de la siesta en mi casa, y abría un libro para no dejarlo ya hasta que llegaba al fin. Ni vanidad de aprender, ni detalle de buen tono. Más bien, un poco vicio por la lectura.

”No quiere decir esto—sigue en su charla Belmonte—que yo, desde los doce a los quince años, tuviera un temperamento especial. Yo he hecho todo lo que han hecho los muchachos a esa edad. Estudiaba poco; aprendí a fumar, y más de la cuenta, en seguida; jugaba a todos los juegos de vecindad con los muchachos; me gustaba escaparme a los arcos del puente de Triana. Y allí, con otros granujillas, aprendí con mucho tino y picardía, a familiarizarme con la baraja, llegando a dominar la carteta, el monte, el giley y otros juegos arriesgados. A los dieciséis años me gustaban ya las mujeres, y he de confesar que a ellas dediqué tiempos y energías, peli-

grando mucho por entonces mi vocación taurina.”

Juan Belmonte, antes de los dieciséis años, era el hijo de un comerciante sevillano, que vivía en su casa con cierta holgura, había cursado con aprovechamiento la enseñanza en un colegio y no tenía una decidida vocación taurina, ni por temperamento era flamenco.

Y a los quince años, un muchacho inteligente—eso nadie puede discutirse a Juan Belmonte—puede tener afición a la lectura y documentarse voluntariamente con publicaciones por él escogidas.

De aquí viene el afán, desde principio de su vida torera, de elegir sus amigos—los más incondicionales entre Ramón Pérez de Ayala, Enrique de Mesa, Julio Camba, Ramón María del Valle-Inclán, Francisco Sancha, Fernando Gillis, Luis de Tapia, etc., etc.

Leyendo un artículo sabrosísimo de que es autor el gran periodista valenciano Olegario Cifre—uno de los mejores amigos que hoy tiene Juan—y que se publicó en *El Radical*, de Valencia, en mayo de 1912, se puede uno dar exacta cuenta de cómo era el enorme torero en su iniciación. El artículo, de carácter crítico, decía entre otras cosas:

“Con *Barquerito de Córdoba* y el novel España—¡vaya nombre de torero!—, y lidiando seis elefantes, de esos de desecho, y con las peo-

res intenciones, pertenecientes—así se anuncian—a la vacada de la viuda de Soler, que no es de Salamanca y sí de Badajoz, se presentó ayer tarde en Valencia, un torero nuevo. ¡Bueno! Eso de torero lo vamos a decir por la cantidad de valor que le echó a los enemigos que le correspondieron en suerte. Por lo demás, el ¡alma mía! es una verdadera birria, como dicen que dicen los madrileños.

”Va este torero sobre alambres; tiene un hombro más alto que otro; anda de estatura como nuestro correligionario Cervera—y me quedo largo—, se gasta una boca como para tragarse de un bostezo todos los miles de espectadores que caben en la Plaza, y su mirada, muy inteligente, es tan triste que parece que el pobre chico pide permiso para caminar y para andar por el mundo.

”¿Y cómo va vestido? Bueno, en ese punto, ni en las mojigangas de los circos ecuestres se da nada semejante. El desdichado torero lucía ayer un traje apagado de lentejuelas y percalina, todo arrugado por la taleguilla y hecho una verdadera *tiña* por la chaqueta.

”Este torero, que parece una máscara, es de Sevilla, del propio Triana; se llama Juan Belmonte, sin apodo ni cosa que le valga, y ayer tarde puso la tila, el éter y el antipasmódico por los mismísimos cielos en punto a valor.

”Yo, en mis veinte años de aficionado, no he

visto torear con la capa y con la muleta, de Lagartijo para abajo, a ningún torero, a la manera que lo hace este chicuelo que se llama Juan Belmonte.

"Cuenten ustedes que lo ha hecho con un toro seguramente chaqueteado, con sus dos buenos pitones, gordo y de las peores intenciones que yo he visto.

"Que ha sido la lidia sin picadores, sin ningún peón de relieve, acaso de lo más discreto nuestro paisano *Redondillo*; en las peores condiciones; porque el tal Belmonte, como todos los torerillos que salen en esta clase de corridas, más van a divertir al público jaranero que a extasiarle con los lances de la lidia.

"Yo he visto torear a Belmonte de capa y todavía no he logrado salir de mi apoteosis.

"Salió el bicharraco incierto y corretón, y después de unos mediocres recortes de los peones, a por su enemigo fué el enclenque Belmonte, muy decidido y sacando una vocecilla para alegrar al toro como si proviniese de ultratumba.

"Embistió el morito un poco torcido; esperó el torero, en cambio, muy derecho, y un poco inclinada la cara sobre el capotillo. Y aquí te lo doy, y aquí también, y aquí, y aquí, metió el muchacho hasta cinco lances a la verónica tan suaves, tan graciosos, tan emocionantes, a puro estrecharse cada vez más con el enemigo, que

en la Plaza se oyó un alarido y el público se puso en pie como por un resorte, y en pie continuó, casi sin respirar y casi sin aliento, todo el tiempo que duró la lidia del toro y los lances del mocosuelo.

"Belmonte caminaba siempre a la zaga de sus compañeros en las otras suertes, pero cuando había que arriesgar, cuando había que dar la emoción, allí estaba Belmonte, sacudiendo corrientes eléctricas por los cuerpos de todos los espectadores, y dejándose colgar materialmente en cada momento del pitón del toro.

"¡Y lo maravilloso era que el pitón no le alcanzaba nunca!

"Con la muleta, después de Bombita, yo creo ya que antes de Bombita y del Dios divino —¡perdón por esta irreverencia taurina!— que haya toreado a conciencia un toro, no he visto a nadie más cerca que a Juan Belmonte.

"La faena con el morucho resultó un poco deslabazada, porque el torero tenía que ir a cazarlo allí donde podía. Pero aquí te doy un pase, y aquí te lo doy también, al final de cuentas, y por la suavidad y valor que echó el muchacho en la suerte, resultó que el cornúpeto se dejó torear, y el neófito Belmonte, a conciencia de que ya lo dominaba, le largó con la izquierda, despacio, y sin quitar el engaño de la cara del bicho un milímetro de segundo, hasta cinco pa-

ses, que nos hicieron desvanecer de gusto a toda la parroquia.

"Llegó el momento de matar, y se cambió el naípe. ¿Por falta de valor? No lo crean ustedes.

"Belmonte, en ese aspecto, es algo más que el propio Eloy Gonzalo. El pobre muchacho avanza siempre ciego detrás de la espada. Lo hace en corto y muy por derecho. Pero el alma mía, por la falta de alimentación seguramente, por su mismo pobre organismo, apenas si puede con el estoque, y para señalar la muerte se ve y se desea.

"Pero así y todo Belmonte estuvo ayer breve con el estoque, y acabó mucho mejor que pensábamos todos con esta faena.

"¡¡¡JUAN BELMONTE!!!, desde hoy torero que, si repite la faena de ayer tarde, se pondrá en los propios cuernos de la luna, y cobrará por matar toros en rico metal de oro, y muy por encima de las 5.000 pesetas. Ya lo verán ustedes."

El revistero valenciano, con sus vaticinios, no se había equivocado.

## CAPÍTULO II

### LOS PRIMEROS AÑOS

**La buena vida de Juan. — Los afanes de la tienda. — Fiebre amorosa. — De padre a hijo. — Manolo y Pepito Belmonte. — Las salidas del señor José. — En el café, en la taberna, en la venta. — Rumbosidad y jaranería. — Dos anécdotas que deben conocerse. — El automóvil de Belmonte. — El hombre que se durmió en Sevilla y despertó en la Higuera. — “Cachucha”, profesor de energías. — El famoso melonero. — Un torero que se quedó en el camino.**

Continúo con la vida de Juan Belmonte, a partir de los quince años, porque con lo que va reseñado en el capítulo anterior ya basta y sobra para que el lector se dé muy buena cuenta de cómo se desenvolvía la vida de mi biografiado en sus primeros pasos.

Cuando Belmonte cumplía los quince años era por abril de 1907.

Todavía en la casa de Juan no había ni vesti-

gios remotos de que el muchacho pudiera abrazar la arriesgada profesión de torero.

El señor José seguía dedicado a los afanes de la tienda. Pero fuera por lo que fuera, el negocio parecía declinar de manera alarmante.

Juanito, entre los estudios, sus juegos con los pequeños vecinos del barrio y alguno que otro ojito que echaba a la tienda, cuando el padre, a fuerza de sermones le obligaba a entrar en ella, iba deslizándose su existencia.

Hablan sus amigos de que por entonces se destapó la fiebre amorosa de Juan. No es extraño. Su padre, el señor José, llegó a Sevilla a los quince, se enamoró a los quince y se casó a los diecisiete.

Otro hermano de Juan, Manolo Belmonte, que también ha sido torero, y muy compuestito, tuvo que abandonar la profesión, más que nada, por el pícaro enamoramiento.

Y Pepito Belmonte, también torero, que pretende continuar las glorias de Juan, cuando debutó como becerrista, a los catorce años, en Algeciras, después de la corrida en que alternó con el actual diestro Antonio Posada, desapareció de la fonda, yéndolo a encontrar el veterano banderillero *Calderón* en un café de camareras, bebiéndose, mano a mano, una botella de manzanilla con una de las serviciales (de muchas arrobas y trapío), y metido en juerga, con su buen cigarro puro entre los labios.

Con las memorias amorosas de Juan Belmonte, hasta el momento de su matrimonio, podía escribirse un libro, de lo más copioso y abundante en aventuras.

¡Un feo con *ánge!*, que dirían los sevillanos. Porque las conquistas más laberínticas y que más ronchas han levantado a Juan han sido, precisamente, en la época en que no era torero.

Casado Belmonte, ha resultado un modelo de maridos y un modelo de padres. Juan ha roto por completo con sus relaciones incluso de amistad de aquella otra vida—los que le llevaban y traían por juergas y sendas escabrosas—, dándose el extraño caso de que Belmonte jamás ha vuelto a salir de su casa después de la cena, como no sea acompañado de su esposa. Me refiero, naturalmente, a las épocas de descanso en el toreo.

Y sigue la historia de Belmonte. A la tiendecita del 72 de la calle de la Feria acudía menos parroquia.

Se habían abierto en la misma calle tres establecimientos del mismo porte. Además, a todas las cancelas de las casas llamaban dos y tres veces cada día, los quincalleros ambulantes, que ofrecen la joya fina de oro alemán o el reloj de ocasión.

El señor José, que no se asustaba por nada, empezó a preocuparse. No veía muy claro en la

venta de puertas adentro y decidió salir de puertas afuera.

Echóse al bolsillo baratijas de fácil venta: relojes, boquillas imitación ámbar, botonaduras, etc., etc. Y comenzó a frecuentar los cafés, las tabernas, las ventas y las freidurías, haciendo amigos con su conversación salpicada de oportunas ocurrencias y con su agrado para saber convidar a una copa a tiempo.

Juan me ha contado:

“Ya matador de toros yo, toreando cien corridas al año y cobrando por encima de los cien mil duros por mi trabajo, tenía que ver y que oír las cosas que hacía mi padre, todas de pura gracia, muy “sombroñas”, pero de las que yo tenía que advertirle cariñosamente.

”Llegaba yo a Sevilla, después de mis excursiones, y de lo primero que me preocupaba, era saber por mi íntimo amigo y buen administrador de mis economías Daniel Herrera, si con mi padre se habían cumplido las órdenes que yo tenía dadas.

”Aparte de lo que tenía señalado para el plato de mi familia, había dispuesto que a mi padre todas las mañanas, al levantarse, se le pusieran en la mesilla de noche cinco duros, para los gastos que él llamaba menudos y que aplicaba precisamente a alternar con sus amigos.

”Llegaba yo a Sevilla, y apenas pasaba por este café, por aquella taberna, por aquel pue-

to, se me llamaba por la parroquia, para celebrar mis triunfos y beber una copa.

"Mi condición de torero popular me obligaba a muchas cosas: hasta a beber vino, cosa que he repugnado, más que nada porque mi estómago no me lo ha permitido. Pero yo, no he hecho mal papel nunca, y hasta creo que he tenido cierta gracia para empinar a tiempo el codo. El caso es que yo me pasaba algunos ratos comentando faenas y bebiendo copas, con aquellas tertulias, y después de pagar unos, y después de pagar otros, me tocaba pagar a mí. Y siempre, cuando llegaba este momento, se me acercaba misteriosamente a mi oído el camarero y me decía con cierto disimulo: "¡Oye, Juan, cobro la cuentecilla que tiene aquí tu padre!" En todos los establecimientos de Sevilla tenía *cuentecillas* mi padre. Esto te demostrará cómo era de rumboso mi hombre para las convidadas.

"¡Y de jaranero! Allá va una prueba:

"Por el año 1918, al regreso de cumplir mi contrato en México, adquirí un automóvil, el primer automóvil que yo tuve, que por cierto cuidaba con mucha ilusión.

"Era un automóvil pintado de blanco, que llegó a hacerse muy popular en Madrid y en Sevilla.

"La primera vez que vió el coche mi padre se le quedó un rato mirando, y después de torcer

el ceño, me dijo sentenciosamente: “¡Qué poquito va a montar tu padre en ese cacharro! Esto es más bien para los señoritos locos que quieren estrellarse a toda máquina.” Francamente, yo me alegré de esta decisión de mi padre, porque tenía miedo que algún día de broma se empeñara el señor José en gastarme a mí alguna serria con el automóvil. Y la cosa no tardó. Una noche, por el mes de agosto, encontrándome yo toreando las ferias de Bilbao, dispuse que el chófer se llevase el automóvil a Sevilla, para que le hicieran una limpieza y le engrasaran. El chófer ya había hecho muy buenas migas con mi padre, alternando los dos, en amigable camaradería. La noche que llegó el chófer estaba el señor José con otros amigos celebrando mis éxitos en un montañés de la Puerta de la Carne. Todos vieron con mucho alborozo la llegada del chófer y del automóvil, y copa va y copa viene, los hombres se remojaron, como convenía a una noche tan calurosa. ¡Agosto y en Sevilla! Pasadas las doce de la noche, acordaron todos los entusiastas el retiro al respectivo domicilio. Pero como notaran cierta bruma, acordaron hacerlo pian pianito por las calles, llevando el coche detrás, a paso lento.

”Y no se sabe cómo, fueron a parar frente a la Puerta del Príncipe, en la mismísima Maestranza, y uno de los más entusiastas amigos de mi padre, se empeñó en enseñarle algunas suer-

tes que yo ejecuto, porque mi padre ha tenido siempre el buen gusto y el pudor de no presenciarse una sola corrida en que he tomado parte.

"Y metidos en estas faenas estaban, cuando mi padre reparó que al goce de la brisa del río y roncando a pierna suelta se hallaba un cargador del muelle, que, indudablemente, esperaba la hora de reanudar el trabajo.

"El cargador debía también estar un poco *cargado*, porque no se dió cuenta que mi padre propuso a sus amigos dar un paseo en automóvil al durmiente, para hacerle un poco más feliz el descanso.

"Y dicho y hecho, a nuestro hombre, con mucho mimo, le subieron al automóvil, y despacio primero y luego a toda marcha, empezaron a sorber kilómetros y kilómetros, hasta llegar a Higuera, junto a Aracena. Era en el momento del amanecer, y convinieron sacar al durmiente del automóvil y trasladarlo a un banco de la plaza del pueblo. ¡Calcula tú cuando despertara el embromado y se viera en aquel sitio! ¡Como para volverse loco!

"Naturalmente, que la idea siguió rociándose con vino, y que cuando el pobre automóvil volvió a Sevilla también iba borracho de tanto tumbo.

"Yo me asusté un poco y decidí vender el automóvil, para evitarme contingencias. Hasta hace tres años, en 1924, yo no me he decidido

a comprar otro. ¡Y cuánto daría por que me gastara otra broma con él mi padre! ¡Pero el pobre ya no vive!”

Pero vuelvo a mi relato, y deajo, por ahora, lo que me cuenta Juan Belmonte.

El señor José, allá por el año 1907, cuando el futuro diestro contaba sólo quince años, se dió exacta cuenta de que el negocio de puerta abierta caminaba derecho a la quiebra. Y, como ya he dicho, decidió echarse a la calle.

En la casa, que se agrietaba por todas partes, eran siete bocas y un solo marinero a remar en la barca.

Entonces el señor José, con todo denuedo, se decidió a frecuentar tabernas y cafés, para hacerse amigos e intercalar entre caña y caña o sorbo y sorbo, una alhaja de las de fácil venta.

Era el señor José muy ducho—¡también lo ha sido su hijo!—en el manejo de cartas.

Y al tute arrastrado y a lo que salía, el hombre se buscaba unas pesetillas, para ayuda de la venta.

Su fuerte principal estaba en el juego del billar, el de palos y treinta y una.

En Sevilla, hoy mismo dicen los maestros en el género que nadie ha aventajado al señor José Belmonte en punto a destreza, precisión y serenidad en tan difícil juego.

Claro que, como el señor José había de prestar atención a estos pequeños escarceos, para

atender a la diaria pitanza de la casa, el bueno de Juan seguía viviendo en la holganza y en una salvaje independencia que sólo la bondad de su carácter y la rectitud de su espíritu, le preservó el orientarse por otros derroteros muy peligrosos.

Sin embargo, ya he dicho más arriba, que en aquellos días andaba ya metido en ciertas aventuras amorosas de consecuencias que pudieron ser desagradables.

Juan se había enamorado de una mujer casada. Tenía la tal mujer cierta fama en Triana. Juan la codició más con la imaginación que con otras facultades amorosas. Y él, que era tímido para otros menesteres, en los empeños amorosos parecía tan decidido entonces, como ahora para lidiar los toros.

Se fué Belmonte derecho al bulto, en una palabra. Ni era más hombre, ni menos hombre que cuando cumplió los veinte años. Lo que sí era, desde luego, un caso extraño de hombre.

—Fué aquélla—dice el torero—una pasión que me hizo llorar, reír, pasar hambre y hasta quedarme en los mismos huesos.

“Yo, que me daba cuenta de lo poco agraciado que era—sigue diciendo Juan—, estaba más envanecido por la *coladura* de aquella mujer, que precisamente era más que maestra en las lides amorosas. ¡Cómo se quiere y cómo se desea a los quince años!

Es claro que en esta situación Belmonte, no estaba, ni mucho menos, para pensar en ser torero.

Las horas que podía, y las que no podía, las dedicaba a ver y hablar y conjugar con aquella mujer casada.

—Mi casa iba de mal en peor—vuelve a decir Belmonte—, pero yo no me daba cuenta de los descabros.

Por aquel entonces ya empezaban a bullir algunos amigos de Juan, amigos de vecindad, en derredor de los toros.

Ya sabía Juan de Tablada; de lo que era la suerte de la verónica; de cómo se cogía el capote para lidiar a punta y a dos manos; de cómo la emoción estaba siempre en la mano izquierda, la que coge por el lado del corazón.

Pero Belmonte lo sabía todo esto de pura casualidad, como espectador tranquilo, sin poner ningún empeño en enterarse a fondo, sin que le remordiese la conciencia de haber presenciado una sola corrida formal, de las muchas que se daban en la Maestranza, a pocos pasos relativamente, de la calle de la Feria.

Además, pegando con la casa en que vivía Juan, cerca de un puesto de melonero, que más tarde tenía que hacerse famoso—el banderillero *Calderón* relata el sucedido con mucho gracejo—, existía un zapatero de viejo que era dueño de un perrillo de lanas, aquellos perros de borla

muy blancos, ya desaparecidos, llamado *Cachucha*.

El tal *Cachucha* era muy aficionado a jugar con los chicos.

Todas las tardes, al salir de la escuela los muchachos, *Cachucha* era veroniqueado, banderilleado, muleteado y estoqueado por el primer diestro que se le ponía por delante.

Embestía el perrillo derecho, era muy codicioso con los capotes—generalmente los delantales para ir a la escuela—y sobrio por demás en las mordeduras.

En las diversas veces en que fué lidiado *Cachucha*, sólo recordaban los chicos un percance que sufrió el hijo del melonero, que por pretender banderillar con un par de las cortas, que tenían unos clavos por puntas, se agarró el perrillo a la región glútea del decidido banderillero y le dejó para siempre señalados los afilados dientes.

Belmonte alguna vez que otra toreó a *Cachucha*. Pero sin poner nunca el menor entusiasmo. Lo hacía cuando estaba aburrido, filosofando a la puerta de la tienda, mientras su padre se abismaba en los negocios por los laberintos del café y de la taberna.

Y lo que sucede siempre en estos trances: Belmonte, que no tenía ningún empeño por aquellas faenas, hubo luego de ser torero, y, por ley y precepto, el mejor de la torería de cincuenta

o cien años atrás y de cincuenta o cien años por delante.

Y otro amigo suyo, que no debo nombrar, que fué precisamente el que adiestró al perrillo *Cachucha* para convertirle en bravo cornúpeto; este amigo, que toreaba a la perfección con capote y muleta, lo que en el *argot* taurino se llama de salón; este amigo, de excelente figura y planta de torero, apenas cuando pudo vestir el traje de luces, asomó en algunas novilladas, defendiéndose de los toros de manera tan lamentable que hubo de retirarse al fin, vencido por el fracaso.

Las cosas son así, y no pueden ser de otra manera.

### CAPÍTULO III

## EL SIMBOLO

Los restos de Antonio Montes. — Sevilla, la trágica. — Valores representativos. — Lo que fué en el toreo Antonio Montes. — Coplas y pregones. — Aparece “Calderón”. — La tertulia que llora. — Un período romántico. — También aparece el señor José. — Napoleón y Belmonte. Lo que supone “Calderón” en el arte de Belmonte. — Opiniones del periodista “Parmeno”. — Lo que debe decirse.

El día 18 de febrero de 1907 llegó al puerto de Cádiz el vapor *Manuel Calvo*, a bordo del cual venían los restos del torero Antonio Montes, que, como se sabe, murió en México de resultas de una cogida que sufrió en la capital de dicha República.

El féretro fué transportado por el Guadalquivir a Sevilla, en el vapor *Cristina*, que fon-

deó en la escalinata de San Telmo, a los ocho de la noche del mismo día 18 de febrero.

Antonio Montes tenía algo de símbolo para la afición sevillana. Desaparecido trágicamente otro torero sevillano, Manuel García, *Espartero*, en Montes encarnó la cualidad del valor, de la sobriedad y la buena leyenda del andalucismo.

Era popularísimo en Sevilla Antonio Montes. Mientras Ricardo Torres, *Bombita*, matador de toros sevillano, posiblemente de más aprecio que Montes, representaba la condición del señorío—torero aristócrata que lucía *smoking* y cuellos de pajarita almidonados—, Antonio Montes vestía de corto y alternaba por colmados y cafés con la gente del pueblo, siendo el emblema de la verdadera democracia.

Antonio Montes, que salió a torear por el año 84, rodando por capeas y encerraderos, empezó a gozar de prestigio el año 96—doce años después, porque los obstáculos parecían insuperables—, tomando la alternativa en Madrid, de manos de Lagartijillo, en 1899.

Montes dió tardes memorables en Sevilla, a fuerza de valor. Valor seco, sin jactancia, con la resignación o la tranquilidad del que sale a jugarse la vida sin más ventaja que la de conquistar una simpatía.

Las coplas que se habían cantado a Reverte

y al pobre *Maoliyo* volvieron a salir a la calle en tiempos de Montes:

Antonio Montes, torero  
porque así lo quiso Dios.

o aquello otro del poeta sevillano:

En la arena, tendido,  
yace el toro,  
y de pie, sonriendo,  
está el espada.

Y era en las paredes o en los vallados el anuncio que a mano escribía el pueblo: "¡Hoy torea Antonio Montes!" Ya la gracia del vendedor de flores: "¡Nardos de San Bernardo. Niñas, comprarlos, que hoy torea Antonio Montes, y vais a *tené* que echarlos!..."

¡Antonio Montes, continuación de la noble guapeza popular del *Espartero*! ¡Y, como él, víctima también de la cornada de un toro!

Y la estela trágica no acabó en ellos. Que luego fué *Pepete*, ciego por conservar la esencia y los prestigios populares de sus dos paisanos, y torpe para defender su vida ante los toros.

La llegada del cadáver de Antonio Montes a Sevilla intrigó de tal manera a la opinión española que los grandes periódicos madrileños hubieron de enviar a Sevilla representantes para

recibir los restos y dar cuenta de todas las incidencias, hasta su entierro.

Yo era entonces redactor de *España Nueva*, y, ausente de Madrid el revistero *Claridades*, a mí se me comisionó por Rodrigo Soriano para marchar a Sevilla.

Era la primera vez que yo iba a visitar la capital andaluza.

Andaba yo entonces por los veinticuatro años, y mis aficiones no iban, ni mucho menos, por el camino de la torería.

Pero debí cumplir a satisfacción mi cometido de informador, porque, a la vuelta de mi trabajo, de veinte duros de sueldo que tenía como reportero, me encontré con la grata sorpresa de un ascenso en cinco duros mensuales.

Me acuerdo muy bien que los funerales de Montes se hicieron en el templo del Sagrario. Que acudió lo mejor y más ponderado de Sevilla. Que desde el Sagrario fué el clero con el acompañamiento a San Telmo. Que allí se recogió el cadáver y se formó la manifestación —más de 30.000 almas—, recibiendo Antonio Montes sepultura en el cementerio, después de muchas escenas verdaderamente patéticas.

Yo quise honrar aquella información con algo que tuviera un perfume de sinceridad, y me eché a buscar por Sevilla a un banderillero de la cuadrilla de Montes, José María Calderón, que con su paisano había compartido toda la actua-

ción en su época de novillero, de matador y las andanzas por México, hasta el momento de la muerte del pobre Antonio Montes.

Di con Calderón aquella misma noche en un colmadillo de Triana. Estaba el hombre enlutado hasta en el color de la camisa. Y ante sus amigos relataba por centésima o millonésima vez cómo fué la desgraciada muerte del torero Montes; las últimas palabras que a Calderón le dijo antes de expirar; la tragedia de la quema de la capilla ardiente el día que fué exhibido el cadáver en México; el triste acompañamiento con el muerto por espacio de diecisiete días en un vapor, desde Veracruz a Cádiz.

Calderón, hombre sensible, hacía siempre un final de relato con las lágrimas en los ojos. Los amigos que escuchaban, también se entregaban, y aquello era un río desbordado.

Me presentaron a Calderón y de sus labios supe toda la vida del torero, que a mí se me antojó mucho más interesante que la del propio Antonio Montes.

Calderón ejercía su oficio desde los quince años. No tuvo nunca aspiraciones de ocupar más puesto que el que había siempre ocupado: el de banderillero. Siendo como era un excelente peón, y un rehiletero pronto y seguro, le gustaba mucho más discutir de toros en las tertulias, y mantener el prestigio de ser un gran catador de aficionados y de toreros.

Calderón encontró en Antonio Montes el continuador de la escuela del *Espartero*, y resueltamente se lanzó a ponderarlo, consiguiendo que la afición sevillana se fijara en él y le colocara en los primeros puestos de la torería de entonces.

Calderón recorrió triunfante con su maestro todas las plazas de España; estuvo en México, y con él triunfó en aquella República, y al regresar, después de la tragedia, se encontró otra vez en Sevilla, como cuando empezó sus andanzas de *maletilla*, con las manos en los bolsillos y una gran esperanza en volver a tropezar con otro faro taurino que irradiara sobre toda la afición española.

La noche que yo fui presentado a Calderón conocí también al señor José Belmonte, inseparable amigo de Calderón y amigo que había sido de Antonio Montes.

Yo no tenía idea de este conocimiento con el señor José Belmonte, hasta que el mismo Calderón me lo ha hecho recordar en un viaje que juntos hemos hecho desde Madrid a San Sebastián, en los primeros días del mes de septiembre de 1927.

—¿Se acuerda usted de aquella vez que estuvimos llorando y bebiendo en aquella tienda de la calle de Castilla? Pues aquella noche me acompañaba el padre de Juan. ¡Ya ha caído agua desde entonces!

—¡Algo más de veinte años han sido!—contesté yo un poco desilusionado.

Calderón, veinte años antes, era un buen mozcón de tipo muy torero. Ahora, ya con el pelo blanco, da más sensación de un maduro campesino que viaja en busca de sus tierras.

También yo hace veinte años me podía creer galán de comedia. Ahora, ni para racionista creo que voy valiendo.

¿Y por qué este capítulo parece por entero dedicado a José María Calderón?

El lector que se haya interesado con la vida de Juan Belmonte creo que habrá de agradecerme.

Calderón, con su vieja sabiduría de torero, su crédito entre los aficionados, su desmedida vocación taurina, su perseverancia y su honradez profesional, fué el que se consagró a Juan Belmonte y sacó de Juan Belmonte el partido que Belmonte merecía.

Es verdad que Belmonte llevaba dentro, como revelación divina, ser el torero más grande de su época.

Pero también Napoleón Bonaparte llevó desde muchacho en el corazón y en la cabeza la mejor capacidad militar, y tuvo que ser otro militar el que se lo descubriera cuando todavía Napoleón era criado en una botillería y servía embarazosamente a la parroquia.

Calderón ahora con Belmonte ha hecho lo mismo que en otra fecha hizo con Antonio Montes.

Y su fidelidad está tan a prueba, que Juan, en sus catorce años de actuación, ni en una sola corrida ha querido desprenderse de la colaboración—por lo menos espiritual—del simpático y veterano torero.

Y lo que Calderón ha pesado en el crédito de Belmonte lo demuestra más que nada lo que allá por el año 1914, al regresar de México Juan, dijeron de su banderillero y amigo periodistas de los vuelos de *Parmeno*, *Barbadillo*, *Don Modesto*, *Répide*, etc., etc.

He aquí el fragmento de un artículo publicado por López Pinillos en *Heraldo de Madrid*—6 de marzo de 1914—acerca del veterano Calderón:

“Vuelve por tercera vez de México, y esta vez acompañando a Juan Belmonte, más contento que niño con el primer juguete, el banderillero sevillano Calderón.

”Calderón es parte esencialísima en la vida torera del fenómeno. No vendió ningún burro—como *Antonio Conde*—por auxiliar a su amigo. Pero por defenderle cuando era un desconocido, por anunciar al mesías de la tauromaquia cuando nadie le esperaba, expuso su crédito de banderillero de cartel, de peón excelente de *cua-drilla formal*. Ya había muerto Montes, y Calderón, sin acomodo, voluntariamente iba de vez

en vez a los tentaderos por pasar el rato, por observar a los principiantes y por tirar alguno que otro capotazo para no enmohecerse. En una de estas fiestas vió a un mozo que le cautivó por su temeridad y que tal vez le hizo acordarse del estilo de Montes, y desde aquel momento Calderón fué el amigo, el protector, el admirador, el idólatra del mozo que se llamaba Juan Belmonte. Y partió con él los pocos chatos que trasegaba, y las tagarninas, que a fuerza de pulmones y quijadas hacía arder algunas veces, y los buenos almuerzos cuando almorzaba bien, y las malas cenas cuando, aunque fuese mal, cenaba.

”Pero aun hizo más por Belmonte el banderillero de la vista aquilina, e hizo más porque por encomiarle afrontó el ridículo.

”¿Se hablaba en un colmado de toros y se elogiaba a *Bombita* o a *Machaquito*?

”Pues Calderón, haciendo un gesto indulgente, decía: “¡Buenos toreros son! Pero como Belmonte...”

”Se encomiaba a Fuentes. Y exclamaba Calderón: “Tuvo lo suyo. ¡Pero lo que tiene Belmonte!...”

”Y si los toreros inciensados eran los de ayer, al buen Calderón le daba tal risa que se le veían hasta las últimas muelas.

”—¿Toreros?—barbotaba—. ¿A esas *calicaturas* les llamáis ustedes toreros? ¿Y ustedes *seis*

aficionados? ¡El torero que habido, que hay y que habrá es Belmonte! ¡Este niño que vais a *ve!*

"E iba por Belmonte, y ante la afición reunida en la taberna o en el café aparecía un mocito desgachado, con la mandíbula de Carlos II de Austria, con los juanetes en absoluta libertad, con el rostro amarillento, recosido el traje, torpe la palabra, los ojos grandes y tímidos. Era el Belmonte de las capeas, el Belmonte que tenía asilados a sus hermanuelos, el Belmonte cavador en la corta, el Belmonte que temía perecer de miseria en la obscuridad, siendo capaz de hartarse de millones ganados a estocadas.

"El *fenómeno*, que no olvida los beneficios que recibió de Calderón, se molesta cuando los públicos maltratan al veterano. Y cuando sus compañeros, por oírle desbarrar, le hacen víctima de alguna broma pesada.

"Recientemente, en México, le dieron a Calderón sus compañeros una que no olvidará con facilidad. Habían ido los picadores y banderilleros a Chapultepec, y como estos hidalgos de la trenza en cuanto atraviesan una vez el mar truécense en tiburones, quisieron pasearse por el lago.

"Metiéronse en una barquilla, hicieron varias travesuras de buen gusto, y para rematar la fiesta decidieron reírse un poco a costa de Calderón, a quien, con el pretexto de hacerle una fotografía, le hicieron desembarcar en un islote.

Desembarcar Calderón en el islote y alejarse a todo remo sus camaradas del islote y del lago —pagándole bien al barquero para que no le recogiera—fué la misma cosa.

"Calderón al principio tomó la cosa con filosofía, y les gritó a sus compañeros que no le fastidiaran dejándole allí como si fuera *un naufrágeo*. Però pasó una hora, y el hombre comenzó a tirarse de los cuatro pelos de la coleta y a lucir su vocabulario, muy pintoresco, y pasó otra, y llamó a gritos cariñosamente al general Huerta y a sus edecanes, y a la tercera el cariño se había evaporado y trataba al general presidente como no le hubiera tratado Pancho Villa, y a la cuarta, cuando asfixiábale la ira, se aproximaron unos guardias a su islote y metieron a Calderón en un barco, y con mucha tranquilidad le zambulleron en la cárcel, no por su vocabulario pintoresco, sino porque en los islotes de Chapultepec está en absoluto prohibido desembarcar.

"Calderón, que en todo el tiempo que vivió apartado de los toros, el tiempo que transcurrió desde la muerte de Montes hasta la verdadera revelación del *fenómeno* de Triana, se ayudó para tirar de la perra vida de la venta a comisión de barriles de aceituna cuando no de la venta de los cortes de traje pura seda, gibraltareños, o la marca de algún vino de buena cepa, ayudó con el mayor desinterés y mejor cariño

a Juan Belmonte, haciendo de este torero pesadilla constante en todas las tertulias.”

Calderón bien merece—vuelvo a repetir—de la consideración en este libro de su señalamiento.

Y por eso no he vacilado en dedicarle este capítulo.

## CAPÍTULO IV

### ¡¡ESTABA ESCRITO!!

Pasaron aquellos días. — El altar de las devociones. — Lo que oía hablar Belmonte. — Otra vez el perro “Cachucha”. — Buscando nuevos amigos. — Las primeras suertes. — José “el Algabeño” y la historia de un pan caliente. — La fiebre de ser torero. — Tientas y herraderos. — La odisea del aficionado. — La coleta y el traje de luces. — Primeros pasos. — El regreso a Sevilla. — Un consejo de Calderón. — Por dónde se hace un torero.

Pasaron aquellos días de luto en que Sevilla acompañó y lloró el cadáver de Antonio Montes. Poco a poco los amigos fueron resignándose con la pérdida. Los periódicos terminaron de comentar y de recoger episodios. En las tertulias se alternaba ya aquel recuerdo con el de aquel tentadero o aquella otra fiesta en la que *Bomba*, *Machaco*, *Algabeño* o el *Gallo* habían puesto cátedra de buenos toreros.

Sólo en la trastienda de la tiendecilla del 72 de la calle de la Feria se seguía guardando el culto del primer día al glorioso torero fallecido.

Por allí iban los incondicionales de Antonio, los que no volverían a juntar sus manos para aplaudir ni habían de gastar un solo duro para adquirir una *papeleta* donde hubiera toros, hasta tanto que no saliera el continuador de las prácticas del gran torero de Triana.

En el altar de las devociones se encendían todas las tardes las velas, y entre copa y copa—del vino que hace hablar, pero no emborracha—y chupada y chupada del cigarro, unas veces el señor José, otras Calderón, cuando no alguno de la parroquia, ponían paño al púlpito y sacaban a colación las faenas de Montes.

—¿Tú te acuerdas aquella corrida de Anastasio en Sanlúcar? ¿Pues y aquella otra que toreó en la feria de San Miguel, en Sevilla?

A la tertulia asomaba casi de puntillas el joven Belmonte, que ya andaba intrigado con la figura de aquel torero, que después de la muerte—cuando no hay nada que cotejar—se había llevado detrás del féretro que le encerraba más de treinta mil personas.

¿Pero es que los toros dan nombre de esa manera? ¿Pero es que la fama se puede conquistar sólo con aprender unas suertes? ¿Pero es que el mejor y más abundante dinero está en tales empeños?

El caso es que Juan Belmonte, de la noche a la mañana, frente a la silla, en el espejo, en la luna de los escaparates, al paso de un coche por su lado echaba el brazo izquierdo por delante, jugaba la muñeca y engendraba un molinete de los muchos que él había visto dar a los chicos en la calle.

Después ya se le vió volver la espalda a unos amigos e ir buscando otros, los que con más entusiasmo cultivaban la afición, practicando en las capeas, en el cerrado o allí donde se podía intentar una suerte. Entonces Juan, sin ningún rubor, se acercaba por oír y hasta por terciar alguna vez en las tertulias donde oficiaban los profesionales.

De Extremadura, donde habían pasado el invierno, regresaban *Ritoré*, el *Campanero* y otros muchachuelos, que apuntaban su buena coleta y hasta habían vestido el traje de luces toreando en las ferias de Santiago, Cáceres, Alburquerque, Almendralejo, etc.

Ya sabían los muchachos de aquel famoso ganadero, D. José Nafria, que había cruzado sus vacas con toros de Palha, consiguiendo hacer los enemigos más criminales y broncos que nunca se lidiaron. Y hablaban del rumboso aficionado Pepe Becerra, dueño de la ganadería de Clemente, que allá en su finca de Cantillana, pegando al pueblo de Aliseda, no muy lejos de la raya de Portugal, abría de par en par las puertas a

todos los principiantes, por indocumentados que fueran, ofreciéndoles buen cobijo, alimento y hasta posibilidad de dar un capotazo en las vacas que el mismo gustaba torear.

Y en tierras de Badajoz, los Albaneses, don Filiberto Mira, los hijos de Soler, Olea y tres o cuatro más que organizaban sus tientas, permitiendo a los muchachos con afición realizar el aprendizaje.

En Extremadura había hecho sus primeras correrías de aficionado Emilio *Bomba* y el enorme matador *Algabeño*.

“¿Ustedes no sabéis—decía un contertulio con coleta—lo que le pasó al señor José García en un cortijo que había cerca de Olivenza?

”Pues el señor José, con otros principiantes, hicieron noche en un pajar del cortijo. El dueño, que encendía una vela a Dios y otra al diablo, dió a los muchachos cama, pero les negó lo que más ellos hubieran apetecido, que era algo de cenar. Al romper el día, los muchachos, con las tripas vacías y de bostezo en bostezo, se despertaron al olor de un riquísimo tufillo de pan caliente, y *Algabeño*, que velaba por todos (además de ser el más ágil y el más listo), les ofreció desayuno, a base del pan que se les metía por el olfato. De puntillas salvó las escaleras del pajar; con todo sigilo bajó la tranca de la puerta y, todo derecho, se fué donde estaba el horno, llegando en el preciso momento en que por

la panadera se estaban sacando con la pala las hogazas de magnífica presencia.

"*Algabeño* esperó a que terminara el aprovisionamiento, y cuando se puso en marcha la panadera logró, sin ser visto, colocarse detrás del tablero, levantando la manta y llevándose entre las manos una de las mejores hogazas.

"Y para no ser apercebido de los gañanes y el aperador, que ya trajinaban por los corrales, se metió entre cuero y camisa aquella lengua de fuego, que hizo presa en su cuerpo como si fuera una cantárida, abrasándole la piel.

"Pero *Algabeño* no pestañeó siquiera, y como pudo llegó hasta donde estaban sus compañeros, cayendo en su camastro desmayado, mientras los demás compañeros se lanzaban sobre el pan, diciendo con egoísmo: "¡Dejar a José; como ha sido el primero se ha debido dar un atracón en el horno y debe estar negro de dolor de barriga!".

"En Extremadura y entre los aficionados se hacía relato de esto, porque cuando *Algabeño* empezó a ser gente fué el más interesado en divulgarlo."

De la última hornada de aquellas tierras era *Templaito de Sevilla* y *Cantarito* y el mismo *Salvadorillo*, que cuando no podía con la espada se agarraba a las banderillas o a servir chatos en un colmadillo que en Cáceres explotaba un pariente de *Angelete*.

Belmonte asistía a los relatos con la misma emoción que cuando leía las intrincadas novelas de Pérez Escrich. Sus ojos, que brillaban por la fiebre de la aventura, ya empezaban a columbrar escenas en que había lances de toros.

Y el pobre *Cachucha*, el perrillo de aguas, que a maravilla hacía su papel de cornudo en los lances de la torería infantil, fué ahora el más buscado por Juan Belmonte para ensayar con él y en él las suertes que él creía definitivas en el *toreo*.

Y Juan fué haciendo atmósfera entre los chicos de la barriada, que ya andaban en derredor del toro: Antofñito Gómez, un muchacho cetрино, muy espigado, que se sentía capaz de dar el espadazo al toro de San Marcos; *Pilin*, hermano de un matador de novillos que empezaba a ser *gente*; *Riverito*, que aspiraba con la muleta a eclipsar las glorias de *Bombita*.

Empezaron las salidas por la noche para torear en Tablada el ganado de casta, aprovechando el descanso de los vaqueros. Y al principio, digan lo que quieran los termómetros, fuera por falta de agilidad o porque no sentía aquéllo, Juan Belmonte no parecía el más dispuesto a abrirse camino en la nueva profesión que intentaba abrazar. Pero él mismo se daba cuenta de que era un carácter. El sabía que a los cuatro años de edad, el mismo día que se inauguraron en Sevilla los servicios del tranvía eléctrico, sólo

por probar a unos amigos suyos—¡amigos como él, gigantes!—que no le daba miedo de nada, se tiró en mitad de la vía a hacer el *Tancredo* cuando iba a pasar uno de los coches; y a un borracho que todos los vecinos le huían porque corría con una navaja abierta, Juan en otra ocasión—a los diez años—le hizo unos cuantos quiebros; y en un fuego que se inició otra vez en la calle de Castilla, él con otros muchachos se lanzó a la hoguera por salvar el ajuar de unos humildes artesanos que eran guardas precisamente del edificio.

Miedo no tenía Juan a nada, y para probarlo, era ya al alborear la afición, el que se sorteaba con sus amigos para tirarse en la plaza de Sevilla o en el pueblo donde hubiera corrida a lancear o muletear un toro, eligiendo siempre el más grande.

Y ya parecía estallada la fiebre. Y ya no era bastante con *Cachucha*, ya había escapadas a *Tablada*. Y de *Tablada* hubo alguna que otra excursión a los tentaderos. Vinieron ya los días de caminar horas y horas con el hatillo al hombro a la esperanza de dar algún capotazo y a la desesperanza de no probar cosa caliente en todo el día.

Aprendió Belmonte a subir y bajar de los trenes en marcha; a solicitar posada en aquellos cortijos que la concedían de buen grado; a burlar la vigilancia de los guardas para escamotear

el fruto de la parra o del árbol; a ayudar en las faenas de los herraderos o de la tiente y a hacerse preciso para que le hicieran hueco entre los demás compañeros.

No hace todavía cinco años, Juan Belmonte realizó un viaje a Sevilla con el que estas líneas escribe. Veníamos en el expreso. Al llegar a la estación del Empalme tuvimos que aguardar no sé qué maniobras, y nos pusimos a pasear por el andén.

—Mira qué casualidad—dije yo—. La primera vez que te conocí fué en esta estación del Empalme. Una mañana como ésta. Venías tú de torear en San Sebastián. Creo que por un percance del pobre *Currito Posada*—tu compañero inseparable entonces—hubiste de matar los seis toros. En el andén estuviste paseando con Calderón y presumiendo de *fenómeno* más que una *tirititera*. En la ventanilla que pegaba con la que yo iba asomado viajaba una buena moza. Tú te arrimaste al calor de su garbo. ¡Ay, Juan, cómo vestías entonces!: un traje de alpaca negro, unas botas de elástico muy amarillas—de ese detonante becerro amarillo del peor gusto—y una gorra de visera que casi te enterraba toda la cara. Frente a la buena moza hiciste corro con tus compañeros; sacaste una petaca tan amarilla como las botas, repartiste cigarrillos entre tus amigos; pediste lumbre, porque tú no tenías (en toda tu vida has comprado una caja de ce-

rillas), y después de echar una buena bocanada de humo dijiste con cierta énfasis: “¡Qué bien vivimos los toreros!”

Juan, que oye mi relato, sonrío ante la evocación; pero inmediatamente se pone muy serio, y me dice sentencioso:

“Pues cuento por cuento, oye esto del Empalme en que yo jugué el mejor papel y me pudo haber costado la vida. Regresaba yo camino de Sevilla de hacer unos tentaderos por estos contornos. Había salido con dos aficionados más, pero uno de ellos se quedó en uno de los cortijos renegando de la afición a los toros y dispuesto a agarrarse al trabajo, aun cuando fuera de manijero, y el otro había recibido tal paliza de una vaca toreada—de esas vacas con espuelas y puñales que sueltan algunos *almamías* a los pobres principiantes—, que se tuvo que quedar de caridad a curarse en la casa de unos buenos vecinos. Yo preferí volver a Sevilla, dispuesto a desafiar las iras de mi padre. Iba destrozado. En el hatillo llevaba un capote y una muleta que, apesar de su uso, no se había agujereado. Mi ropa, en cambio, parecía *talmente* una criba. Y el estómago vacío de dos días. Y las piernas, que se me negaban a caminar, a pesar de que iba cara a Sevilla.

”A la estación del Empalme llegué alrededor de las nueve de la mañana. Era un día de abril.

El sol, más que picar, era como una caricia que convidaba al sueño.

"Cuando entré en el andén, naturalmente, como hacemos todos los que hemos cultivado *el billete de libre circulación*, por el lado de la máquina y pegados a la caseta del guardagujas, sentí la voluptuosidad de hacer mi primer viaje en tren expreso. Yo sabía que desde la salida del Empalme hasta Sevilla no había ninguna parada. Peligro de vigilancia tampoco, porque, dada la circunstancia de ser el trayecto de treinta o cuarenta minutos, el guarda freno se va generalmente al furgón, y si ocupa la garita no se para a inspeccionar ya por los topes. Estos y otros estudios los teníamos hechos al dedillo los que cultivábamos estos viajes con tantos riesgos.

"Total: que me encaminé *al trapecio* cuando ya el tren había salido de agujas, acomodándome lo mejor que pude, y sentadito como sobre barra por la de uno de los topes. Y buscando la defensa natural me agarré con el brazo derecho a los hierros de la garita del furgón, poniendo a guisa de cabecera entre el hombro y el brazo el hatillo de la impedimenta.

"El sol, la velocidad y el cansancio hicieron mella en mí de tal manera, que, a pesar de lo mucho que intentaba abrir los ojos, más y más se empeñaban en cerrarse.

"Fué el momento más trágico de mi vida. Cuando yo creo que pasé más miedo. Verdade-

ra ola de miedo. Algo así como si el corazón, hecho pedazos, se me saliera por la boca.

"Y es que me quedé dormido en un segundo, y en un segundo me volví a despertar. Figúrate que yo me quedé dormido y en el mismo instante solté los dedos con los que me sujetaba a la barra de la garita.

"Pero no hay duda que existe una Providencia para el pobre Juan Belmonte, hasta ahora respetado por los toros y por las incidencias de los viajes en ferrocarril.

"Porque antes que se piensa, no que se cuenta, yo volví a clavar mis dedos en el hierro—creo que hasta doblé la barra—, y de esta manera llegué, no a las agujas de la estación, sino a la propia marquesina, dispuesto a jugármelo todo con tal de no poner el pie en el suelo hasta tanto que la máquina no avisara que había llegado al final del viaje.

"El epílogo de todo esto fué en mi casa, donde me esperaba mi padre con una vara, y para qué te voy a contar el *vermouth* que me daría para ir preparando mi estómago, que venía tan dispuesto a devorar lo que me pusieran por delante."

En la época a que se refiere Juan Belmonte menudearon ya las escapadas, haciendo algunas ferias como peón y banderillero—¡él, que nunca ha banderilleado como torero formal!—de otros diestros que se quedaron en el camino y a los

que él ha protegido luego con verdadero cariño y entusiasmo.

Desde luego, Belmonte, las poquísimas veces que vuelve los ojos a estos episodios—le ha repugnado siempre, no por orgullo, sino por la evocación de aquella triste miseria, hablar con los amigos de estas cosas, y mucho menos con los periodistas y escritores—, dice siempre que los primeros pasos los dió impelido por la necesidad de una imperiosa obligación de buscar dinero.

La casa de los Belmonte declinaba a pasos agigantados. De un día para otro. En la mesa faltaba ya lo más necesario.

Y Juan andaba por los dieciséis años. Y a los dieciséis años, cuando por delante no hay otro hermano y detrás quedan hasta ocho que caben juntos dentro de una canasta, si, como él decía, “se tiene un poco de vergüenza y otro poco de lado izquierdo”, no hay más remedio que buscarse la vida y de la manera más rápida y más abundante.

Fué entonces cuando el señor José Belmonte se creyó en el deber de llamar la atención de su amigo y confidente Calderón para advertirle que a Juanito *le había dado la locura por eso de los toros.*

—Dicen—agregó el señor José—que tiene muy buenas hechuras y se da mucha maña. Pero yo tan dispuesto estoy a evitar que sea torero,

que antes de verlo así lo meto en el servicio o le encierro donde sea. Mi hijo, ni por su porte ni por su manera de ser, está preparado para esos trotes. Además de que son *bullas* que le meten en la cabeza sus amigos, y yo estoy dispuesto a quitárselas, aun cuando sea de un pescozón.

El otro señor José, el ex banderillero de Montes, que andaba, como Diógenes con la linterna, buscando un continuador decoroso de las glorias de su maestro, puso la mano en la boca de su amigo y le dijo rápido:

—¡Tú no vas a hacer nada con el muchacho!  
¡Déjame a mí, y si no sirve, yo te aseguro que le quito la afición, sin que le tengas que poner la mano encima! Yo sé el camino.

Y aquella misma noche Calderón tenía su primera conferencia con Juan Belmonte.

## CAPÍTULO V

### LA PRUEBA

En el confesionario. — ¿Estás seguro, Juan? — ¡Si usted quiere verlo! — El miedo, factor integrante del toreo. — Cómo le disimulan unos y cómo le disimulan otros. — Del “Gallo” a “Currito Posada”. — Escenas de sainete. — Juan se decide. — En la venta de Cara-Ancha. — El pasmo de Sevilla. — Una tertulia en Madrid. — ¡Y mientras tanto, “Don Modesto”!... — Vamos por partes.

—¿Tú estás seguro, Juan, de que puedes con el toro?—preguntaba Calderón, después de aquella primera entrevista con el hijo del señor José, en la que el experimentado banderillero se volcó materialmente para explicar al muchacho las contras que tenía la profesión que pretendía seguir.

—Yo le hago al toro lo que haga el más decidido. Si usted quiere verlo me lleva donde haya *ganao*—contestaba siempre el muchacho.

Belmonte ya sabía lo que se decía. En aquel invierno del 909 se había practicado de firme por los tentaderos inmediatos a Sevilla. Y al boreando el verano del 910 ya se había hecho a atravesar el río Guadalquivir a nado, toreando las noches de luna todo el ganado que había en Tablada, y a la hora precisa en que no podía ser visto por los vaqueros.

¿Tenía miedo al torear Belmonte?

Belmonte siempre ha tenido miedo al torear, verdadera condición de hombre valiente.

El loco o el niño no tiene miedo cuando se dispone a prender la mecha que ha de hacer explotar una bomba de dinamita. El que conoce la responsabilidad de lo que va a hacer, en el momento que le presta voluntad al brazo, tiene momentos de duda, y esa misma duda no es otra cosa que miedo.

Todos los grandes toreros, los que han tenido verdadero concepto del toreo, han confesado ese detalle de prudencia, sobre todo si la responsabilidad de lo que iba a hacer tenía pendiente a una muchedumbre y el enemigo era un toro.

No practica, sin embargo, Juan las costumbres de otros compañeros suyos, como las del infortunado *Currito Posada*, que en las mañanas que toreaba había de echarse a la calle para escuchar una docena de misas. O esta otra de Rafael el *Gallo*, que, por aturdirse, se echa también a la calle y va de grupo en grupo y de per-

sona en persona hablándoles de todo menos de la corrida que ha de torear aquella tarde.

Es un caso extraño este de los toreros, que de muchachos se juegan la vida a cara y cruz muchas veces en los estribos del tren; toreando desnudos ganado viejo y difícil en los corrales; desafiando todos los rigores cuando se lanzan al ruedo desde el tendido; pasando hambre, fatiga, persecuciones; maltratados unas veces y confundidos otras en las cárceles o en las preveniciones con los asesinos o los ladrones.

Y cuando, por fin, se abren camino y logran ya destacar su personalidad y hacer firme un nombre, es cuando empiezan precisamente a tomar todas las precauciones, importándoles más que nada que el toro sea chico y no tenga muy malas intenciones.

Mis afanes me han llevado muchas veces a asistir a los corrales de las plazas de toros unos minutos antes de hacer el paseíllo las cuadrillas.

En San Sebastián, me acuerdo una vez, que hube de bajar a decirle no sé qué cosa de urgencia al propio Juan Belmonte. Faltaban unos quince minutos. Me indicaron el lugar donde estaba mi amigo: un cuarto sórdido, con unos bancos. Aquello parecía más bien una capilla o paso para el patíbulo. Juan, sentado, sin la montera, sin el capote entre las manos, me pareció un pobre pelele grotesco. Paseando como una fiera enjaulada, y con los ojos clavados en el suelo, esta-

ba otro compañero suyo, Vicente Pastor, que al verme entrar debió creer que era el verdugo, porque se estremeció de pies a cabeza. Un poco más allá, contra un rincón, vi al desaparecido *Joselito* —¡pobre y admirable muchacho!— en actitud de penitencia ante algún santo que él debía evocar con su fantasía.

Los semblantes de los tres no respondían, ni mucho menos, a los que yo conocía de la calle.

Pero sigo con Belmonte. De todos los toreros que he tratado y he conocido —algunos en muy buen trato de amistad, como Ricardo Bombita, *Machaquito*, Rafael *el Gallo*, *Fortuna*, etc.—, a ninguno le he visto disimular el miedo con tanto arte como a Juan Belmonte.

Es cierto que en las primeras horas de la mañana precursora a la corrida no le gusta relación ni trato con más personas que las de sus serviciales. A ser posible, con Antoñito Conde, su fiel mozo de estoques, o cuando más con el apoderado o el que le representa en sus negocios taurinos.

Belmonte, dominador de sus nervios y de su voluntad —¡es verdad que es un gran domador de energías!—, duerme, al parecer tranquilo, hasta la hora del mediodía.

Después ya se pone al habla con Antoñito, y mientras el mozo sobre las sillas va colocando los avíos que ha de vestir el torero, hay algunas preguntas secas sobre el resultado del sorteo.

Diálogos en que la elocuencia no está en lo que se dice, sino en los pensamientos que se callan.

Sucede a esto la entrevista con el apoderado, y desde luego ya se franquea la puerta para todo el aficionado con cédula —es natural que se dé de lado al *mangante* o al *pelma* conocido— que quiere ver en la intimidad a Juan.

Empieza el desfile del aficionado que viene del pueblo tan sólo para ver la corrida y traer un memorial de todos los aficionados del pueblo, pidiéndole a Belmonte tal cosa; el que pretende que le firme una postal o un retrato; el ganadero que aprovecha la oportunidad de saludarle y ve de paso si es posible colocarle una corrida para las fechas que tiene sin ultimar; el curioso *dilettante*, que gusta ver al torero, a ser posible, en paños menores; el exaltado partidario, que no sólo se presenta él, sino que va seguido hasta de la prole y el gato de la casa.

Hace unos años, encontrándose Belmonte en el cuarto de una fonda de Salamanca poniéndose la taleguilla para marchar a la plaza, se presentó sin pedir permiso un artesano, que llevaba de la mano una preciosa muchacha como de quince años, que, ruborosa, parece que rehuía acercarse hasta donde quería su padre, pues no era otro el que la conducía.

El artesano llegó hasta el grupo donde se encontraba Belmonte —a aquella hora estaba el

cuarto inundado de gente—, y sin pararse en barras dijo lo que tenía que decir:

—¡Oye, Juan, aquí te traigo a mi hija! ¡Quiero que el primer beso que reciba de un hombre sea el tuyo!

Aquello parecía más bien un detalle de lamentable, por no decir repugnante, celestineo, y en el corro pronto salió un ¡ah! de indignación.

Pero no había tal cosa: el artesano era uno de los industriales más acreditados en Salamanca, cuya honestidad, hombría de bien y condición estaba fuera de duda.

Pero era y es —porque todavía vive— un belmontista rabioso, acaso el más entusiasta belmontista, y convencido de que el mejor tributo de cariño y adhesión por Belmonte era presentarle la joya más preciada de su casa, que era su hija, quería autorizar al torero para que la besara con el mismo amor fraternal con que besamos a lo que es nuestro.

Y Juan besó a la niña en la frente. Y la regaló una magnífica caja de bombones y aceptando jubiloso una comida con que luego le obsequió el simpático artesano.

¿Pues y lo que le pasó en Valladolid? Estaba también Belmonte preparándose para marchar a la plaza, cuando se presentó en el cuarto un señor muy bien vestido, al que seguían otros caballeros de irreprochable porte.

—Mire usted, Belmonte —le dijo el destaca-

do—, estos amigos míos y yo, como se dice en este documento que le entrego, somos gente de algún viso en la población (médicos, abogados, propietarios, etc.). Usted lleva viniendo a torear a Valladolid más de diez años, y todavía no hemos conseguido ver en usted una de esas faenas cumbres que nosotros mismos hemos presenciado en Madrid y en otros lugares. En este documento solicitamos de usted que en la corrida de hoy ponga los medios por complacernos y aproveche la oportunidad para realizar una de esas faenas emocionantes.

Belmonte tomó entre sus manos el documento, lo leyó con toda atención, y después de doblado y guardado cuidadosamente en la mesilla de noche, les alargó sonriendo su diestra, despidiéndoles con estas palabras:

—Estén ustedes absolutamente seguros de que yo esta tarde voy a poner mis cinco sentidos en sacar el mejor partido de las faenas. Ahora que a ustedes les ha faltado un detalle para realizar la gestión completa. ¿Por qué no han mandado un memorial de estos a cada toro que he de lidiar? ¡Porque si ellos no embisten!...

Belmonte sale siempre con miedo a la plaza, precisamente por estos mismos riesgos: el de un público que sólo está pendiente de él, habiendo otros compañeros suyos en el ruedo; la misma responsabilidad de su arte y, naturalmente, los peligros que lleva envueltos la profesión.

Pero ya digo más arriba que es el que mejor disimula ese miedo. Pues acaso por haber educado su voluntad para que no se trasluzcan sus impresiones, él procura en las horas que preceden a la corrida dar una compostura a su semblante y una serenidad a sus palabras que no rezan ni mucho menos con la procesión que va por dentro.

Invariablemente, cuando Antofñito va a servir a Juan el alimento que hace de desayuno y almuerzo —huevos pasados por agua y un trozo de pescado blanco, con un vaso de agua mineral—, el torero se arranca por coplas, a las que él mismo pone letras, arbitrarias unas veces, verdaderamente graciosas.

Y a solas con Antofñito, larga sus buenos monólogos; cuando no, se encara con el santito que lleva en los viajes y coloca sobre todas las mesillas de los hoteles en cuyas alcobas duerme, y le dedica algunas fervorosas ternuras; cuando no, se pone a besar una a una todas las medallas que lleva colgando del cuello.

No es Belmonte beato, y, sin embargo, es un fanático de los santos que lleva con él. Yo, cuando le contemplo en estas devociones, evoco sin querer al jefe de los republicanos de Arenas de San Pedro, un señor Lozano, todo virtud democrática, espejo de honradez y de convicciones, que, no sabemos por qué manías, le dió por llevar un farolón en todas las procesiones de repi-

que, y en todas iba nuestro hombre haciendo el paso.

Tenía el señor Lozano confianza en que sus cosas le salían mejor con esta ceremonia. Y no era, sin embargo, un aferrado creyente.

¿Es que Belmonte, por sus preocupaciones, practica también esas teorías? Acaso sea el sistema de grandes y de sabios. Respetémoslo.

Una hora antes de la corrida empieza a vestirse, haciéndolo generalmente en silencio, hasta que llega el momento postrero de mirarse en el espejo del armario de la fonda la postura de su traje de luces, no sin despedirse siempre con la socorrida frase, dejada caer nerviosamente:

—¡Qué bien vivimos los toreros!

Ya en la plaza, cuando suenan los clarines para hacer el despejo, Belmonte avanza hasta la puerta de cuadrillas y, con el capotillo ceñido, empieza a bostezar desesperadamente y a golpearse cariñosamente una mano sobre otra. Es que está sacudiendo el miedo; así lo dice en sus confesiones.

Y cuando sale el toro, Belmonte, por todos los medios, pone su voluntad —que es amor propio, conciencia y dignidad de torero— en que no se le conozca el miedo.

Los críticos que más serena y honradamente le han juzgado, y el público, que siempre va a verle con enorme interés, reconocen que ni por

casualidad ha dejado de hacer faena en el toro que se haya prestado.

Belmonte es torero comprensivo; quiero decir, que todo lo que realiza en el toreo tiene una razón de ser. Si el toro es difícil, él le saca partido. Si el toro es suave y embiste, él goza más que el público, porque se sale con la suya de realizar su afición a torear.

Pero, en fin, yo no soy el llamado a hacer consideraciones técnicas sobre el primer torero que hubo, que hay y que habrá en muchos años, porque mi misión en este libro es únicamente señalar la ruta de su vida, desde que se inició al momento que vivimos.

Mucho más cuando el lector ha de ver en el libro, y con la firma de los más prestigiosos profesionales en el ramo de torear y doctos en el arte de escribir de toros, lo que yo por mi cuenta nunca podría decir.

Quedamos en que Calderón —reanudemos el hilo de la anécdota—, después de interrogar convenientemente a Belmonte en aquella mañana memorable en que por fin se iba a decidir la ruta del gran torero, se puso a dar consejos a Juan para la buena administración de su vida, ofreciéndose de paso —si de la prueba a que iba a exponerle salía triunfante— a acompañarle y ayudarle en el intento hasta llegar a la consagración, si ese momento llegaba.

Y vino la prueba. Fué en la venta de *Cara-*

*Ancha*. Una venta famosa, en Sevilla, donde en otros tiempos, además de comerse muy bien y beberse mejor, se encerraban en la placita que había inmediata toros bravos para que los lidiaran los aficionados que frecuentaban el establecimiento.

La prueba de Juan Belmonte la presencié Emilio Bomba, que disfrutaba aquel año del primero de su retirada; el difunto torero *Pepete*, *Algabeño* y todos los amigos de Calderón, que en Sevilla eran incontables.

La polvareda que armó el muchacho en esta salida fué tan grande, que en todos aquellos días, en las tertulias y corrillos donde se hablaba de toros, el tema único era el de Juan Belmonte.

Algunos días después de esto llegaba a Madrid el empresario de la plaza de toros de Barcelona, Luis Castillo, que había ido a Sevilla a comprar el ganado que tenía dispuesto para lidiar en la temporada, y en la *peña* que en el Café Suizo frecuentaban los bombistas José García Becerra, Manuel Eulate, Curro *el Cochero* y el propio *Don Modesto* —que en las columnas de *El Liberal* llevaba la voz cantante—, dió la noticia, echando las campanas a vuelo:

—En Sevilla se ha probado un muchacho —dijo Castillo— que va a traer de cabeza a toda la torería. Hace con el capote y con la muleta unas cosas que da espanto. Yo no he visto torear ni más cerca ni mejor en toda mi vida de

aficionado. El tal muchacho se llama Juan Belmonte.

*Don Modesto*, que era indiferente a todo lo que no fuera bombismo, sonrió con un gesto de duda y llevó la conversación por otros derroteros.

Tres años después, por la misma fecha —allá por el mes de marzo—, en la plaza de Madrid se anunciaba el debut de Juan Belmonte, y *Don Modesto*, que nunca había creído en las ponderaciones, sobre todo si esas ponderaciones vienen de fuera, se quedó aquella misma tarde jugando al tresillo en el *Lyon D'Or* con Joaquín Dicenta, el aficionado granadino don Alfonso Ruiz y el veterano ex diestro *Minuto*, que en aquellos tiempos sentía pujos de autor teatral y estaba empeñado en que *Don Modesto* le sirviera de valedero cerca de su amigo don Enrique Chicote para estrenar una obra.

Acabada la corrida, llegó al *Lyon D'Or* con la lengua fuera y loco de entusiasmo el buen periodista Eduardo Rosón, que hacía en *El Liberal* las revistas de las novilladas con el seudónimo de *Modestito*.

—¡Maestro!— dijo Rosón—. Acabo de ver a Belmonte. ¡Con razón le llaman fenómeno! Es un monstruo ese muchacho.

—Para monstruo —cortó rápido Loma—, este pelmazo de Dicenta. Figúrese usted que nos lleva

jugados cuatro solos y ahora nos acaba de largar una bola.

No puso ningún entusiasmo *Don Modesto* en saber del debut de Belmonte, porque el enorme revistero de *El Liberal*, uno de los periodistas más ágiles y más seguro conocedor de los gustos del lector, era revistero de toros de la misma manera que hubiera sido cronista parlamentario. Quiero decir, que en el periódico José de la Loma no era otra cosa que un servidor del suceso, que él sabía relatar, adobar y comentar como contadísimos compañeros. Y si por exigencias del propio don Miguel Moya hubo de orientarse por las reseñas taurinas, jamás puso más interés que el de llevar con decoro la firma y tocar el corazón sensible de los que le leían.

Porque *Don Modesto*, como ningún otro revistero, ni el propio *Sobaquillo*, armó tal estrépito con sus juicios, que *El Liberal*, según propia confesión de su director, don Alfredo Vicenti, los lunes —día inmediato al de la solemnidad taurina—, sólo en Andalucía, tenía una subida el periódico que pasaba de los ocho millares. Y únicamente por leer las crónicas de *Don Modesto*.

José de la Loma, como él decía, no le remordía la conciencia de haber asistido a reseñar ninguna novillada. Pero a la segunda en que se exhibió Belmonte en Madrid, el mismo acicate profesional no le dejó tranquilo, y desafiando todas

las inclemencias—era muy friolero y muy aprensivo—, se presentó en su famosa delantera de grada.

Y *Don Modesto*, con ocasión de este acontecimiento —uno de los más grandes y legítimos que se han registrado en los fastos taurinos—, escribió la famosa crónica *Los fenómenos*, que es indudablemente lo mejor que ha salido de su pluma.

Pero vamos por partes...

## CAPÍTULO VI

### DEL EXITO AL FRACASO

Paseando por las afueras. — ¡Hay que hacer piernas, muchacho! — La nueva vida de Juan. — El bastón que debía perderse, pero que no se perdió nunca. — En el tentadero. — El ganadero Urcola anuncia que Belmonte será una de las más grandes figuras del toreo. — El primer contrato. — La ropa de torear. — La alegría de Calderón. — El puesto del melonero. — Todo es júbilo en Sevilla. — Al sonar el clarín. — La corrida. — Un triunfo como no se registró nunca otro. — Belmonte, en hombros por las calles. — Lo que se decía y lo que se hablaba. — La segunda corrida.

Después de la prueba a que fué sometido Belmonte por el experimentado Calderón, el sol volvió a lucir en las ilusiones de Juan.

¿Sería posible que se hiciera torero?

Todas las mañanas iba el preceptor a la casa

del discípulo, y, quieras o no, le sacaba de la cama para pasear con él por las afueras.

—Hay que hacer piernas, muchacho —decía el banderillero—. Sin facultades no vamos a ir a ninguna parte. Enséñate a correr. Procura hacer unas poleas todos los días, aun cuando sea con una piedra en cada mano.

Belmonte parecía escuchar con mucha atención los consejos que se le daban; pero de la buena voluntad de realizarlos no pasaba el intento. ¿Correr él? ¿Hacer flexiones de brazos? ¿Disciplinar su vida a sus afanes diarios?

“Yo no puedo hacer esas cosas —se repetía a sí mismo Juan—. Si consiste hacerse torero en estas maniobras, más vale que me oriente por otros caminos.”

Calderón, con una gran filosofía, no hacía ningún caso de los monólogos de Juan, y poco a poco le iba inculcando el realizar algún esfuerzo más.

Ya daba Belmonte paseos que duraban tres y cuatro kilómetros. Había dejado las tertulias al sol con los amigos vagos. Frecuentaba menos el trato de algunas damas, de noche, que le entretenían y le quitaban las intenciones de madrugar. Le había corregido en el fumar desatentado. Se ensayaba a torear de salón en su casa algunos ratos...

Un día, el bueno de Calderón se presentó muy de mañana en busca de Juan con un regalito:

—Aquí te traigo una cosa que te estaba haciendo mucha falta.

Y le enseñó un bastón de hierro, con su buena porra por remate.

—Con esto —decía el preceptor— te acostumbrarás a tener ágil la mano y el brazo, que además ganará en resistencia y fortaleza para cuando tengas que empujar con la espada.

Juan no puso mucha emoción en el regalito; pero se allanó a la pretensión de su amigo, cargando por primera vez con el bastón aquella mañana.

Y un paso tras otro buscaron rumbo por las afueras, más que nada por hacer piernas.

En un ribazo de la carretera estuvieron Belmonte y Calderón conversando largo rato. Llegó el momento del regreso, y por el mismo camino lo hicieron.

Al atravesar el puente hacia la calle de la Feria, se fijó de pronto Calderón y cayó en la cuenta:

—¡Pero oye, Juan! ¿Y el bastón?

—Es verdad. ¿Y el bastón? Pues me lo he *quedado* en el sitio que hemos estado descansando.

—Hay que volver por él.

—¡Déjelo usted, señor José! Yo iré ahora mismo, en cuanto coma. Así como así, el bastón está entre la hierba, y es muy difícil que nadie que no esté enterado dé con él.

Allanóse Calderón, y Juan respiró tranquilo:

porque el plan de Belmonte era dejar enterrado para siempre en el campo el regalito, toda vez que llevarlo colgado del brazo era una broma demasiado pesada.

Pero las cosas que no están de perderse no se pierden, y el asombro del principiante no tuvo límites cuando empujó la cancela de su casa y de manos a boca le dijo su hermana Conchita, que estaba trajinando en el zaguán :

—Juan, el señor Bartolo ha traído este bastón, que se lo ha *encontrao* al lado de la caseta de camineros. Dice que debe ser tuyo.

El pobre Belmonte creyó que era aquello un aviso —¡Juan es fatalista!—, y decidió resignarse.

Así y todo, a los tres días el señor Calderón llevó a su amigo a tomar unos chatitos al mismísimo Kursaal. Ya estaba Juan en circulación, y hacía falta ir tanteando para ver si era posible un hueco en cualquier cartel de las novilladas sin picadores que se daban en la Maestranza desde que comenzaba el mes de julio.

Juan con la ropita de domingos y su bastón de hierro en la mano, salió muy espigado, camino de la cita.

Y al volverse a su casa, se dejó, sin darse cuenta, el bastoncito en la localidad donde estuvo sentado.

Pero no hizo más que entrar por la puerta, y ya se presentó un botones del Kursaal con el

bastón y un atento recado del dueño, el señor López Domínguez, más conocido por el *Cebollero*, que le recomendaba al futuro torero que otra vez que fuese no se dejara allí aquel armatoste.

¡A lo mejor —dijo Juan convencido—, este bastón tiene la buena! Y desde aquel momento no lo soltó ni a tres tirones.

Hasta que hace un año, un hijo de Calderón, que se ha empeñado a toda costa eclipsar las glorias de Belmonte, ha solicitado del jefe de su padre le ceda el bastoncito, que por cierto anda otra vez caracoleando por Sevilla, como en los primeros tiempos del bendito Juan.

Aquel año el futuro “fenómeno” pudo asistir a los tentaderos en que Calderón tenía mano.

Uno de los primeros en que actuaron fué en el de Urcola.

Calderón ofició de recomendante, obligándose a que Juan no bajara a torear más que en aquellas vacas en que el ganadero lo dispusiera.

A la tienta asistía la flor de la torería y un centenar de aficionados, que aspiraban también a echar su correspondiente capotazo.

Llegado el turno de Juan, hubo de alternar con él el notable deportista y rico industrial de Huelva Pepe Tejero, por entonces diputado a Cortes y afiliado a la política de Maura.

¿Qué hizo Belmonte?

Pues cosas enormes, trascendentales, definitivas, con el capote y la muleta; porque el propio

Urcola dispuso que Juan toreade todas las vacas que estaban dispuestas para tentar en aquel día, en vista de los resultados.

Y Belmonte se sentó aquella misma noche a la mesa con todos los señores; y de labios del propio Urcola tuvo que oír la apreciación de su toreo:

—Hay mucho que aprender todavía, amigo —dijo Urcola—; pero lo principal ya lo llevas dentro, que es valor y buen estilo. Si eso que haces con el capote lo repites en una plaza de toros y delante del público, pronto tendrás cortijos como éste y vacas tuyas que tentar. Con la muleta pisas el terreno que el más valiente pise; ahora que hace falta estirar más los brazos. Ese defecto de *codillear* cuesta muchas y serias cornadas.

Aquella noche, cuando regresaban a Sevilla Juan y Calderón, el neófito ya parecía más engallado y hasta su conversación más familiar que en otras ocasiones.

—¿Te has *enterao* de eso del *codilleo*? —decía Calderón.

—Ya veremos de evitarlo, señor José. Todo es proponerse.

—La primera vez que vuelvas a torear, te voy a poner unas tablillas en las articulaciones. De esta manera vas a llevar los brazos como si fueran aspas de molino.

—No hará falta nada de eso; ya verá us-

ted cómo tengo voluntad para quitarme este defecto.

Y no tardó mucho tiempo en demostrarlo. Algunos tentaderos más, unas cuantas salidas a Tablada por la noche, y de pronto su nombre en el cartel para despachar dos toros de media sangre en una corrida sin picadores en que alternaba Juanito con otros dos buenos muchachos que hubieron de ver fracasados sus propósitos de gloria: *Pilín* y el actual enorme peón y banderillero *Bombita IV*.

Eran aquellos unos malos días para la familia de los Belmonte. El padre se había visto obligado a cerrar la tiendecilla de quincalla, comido por los acreedores; en la casa, la miseria parecía haberse adueñado.

La mañana de la corrida se presentó en el domicilio de Juan, muy alborozado, Calderón:

—Hemos hecho el sorteo con todas las de la ley. Te ha tocado un lote precioso. Hoy es el día grande, Juan. Si te arrimas, ya verás entrar dinero por estas puertas.

Y Calderón, que llevaba un envoltorio, empezó a desliarlo encima de la cama del presunto torerillo.

Eran las medias de seda, unos calzones de hilo y la camisa de torear —las dos prendas propiedad de Calderón, en la que cabían tres Belmonte—, las zapatillas, la faja, la corbata y la montera.

—Con esto —siguió hablando Calderón— y la ropa que te está buscando Antonio, vas a salir vestido mejor que el niño *Gordito*, que es el que más presume de elegante.

¡Pobre Juan! ¡Cómo se exhibió aquella tarde en la plaza!

Yo me acuerdo un día que estábamos en Valencia viendo en un circo la parodia de una corrida de toros que hacía el graciosísimo *Beby*, cómo Juan me dijo:

—¡Fíjate! Ese cuello de la camisa tan exagerado que luce *Beby* es igual que el que yo llevaba en la primera novillada que toreé en Sevilla. Con decirte que podía meter la cabeza dentro de él...

Salió Juan hecho un solemnísimo mamarracho la tarde de su primera presentación en Sevilla. Pero aquí sí que cabe el dicho: “el vestido no hace a la cosa”.

A la hora en que el cochecillo de los toreros entró en Triana a buscar a Juan, pegado a la puerta de su casa —era por los albores del mes de septiembre— estaba un vendedor de melones con un montón muy crecido.

—¡Oiga, amigo! —dijo riendo Calderón—, va a ser menester correr el puesto unos cuantos metros. Porque esta tarde va a ver manifestación de regocijo en esta puerta, y la van a pagar los melones.

En la plaza, que estuvo llena hasta los topes

—se había divulgado mucho entre la afición las hazañas de Juan en los tentaderos—, hubo fiesta y de las grandes.

Ya en el paseillo —cosa que no se acostumbra nunca en Sevilla—, los trianeros que llenaban las localidades de sol palmotearon al vecino con mucho entusiasmo.

—¡Juan, saluda! ¡Juan, saca la cabeza del cuello! ¡Estírate, Juan! —decía Calderón, atento a que el torero se mostrara un poco desenvuelto.

Pero Juan, que desde muchacho ha sido más que comprensivo y se hace cargo mejor que nadie de las situaciones, se puso a esperar la salida del toro, comprendiendo que si no lo hacía con el *morito* era inútil tanta reverencia.

Y no lo hizo con el *morito*: fué con los dos *galápagos* que le tocaron en suerte. En *El Noticiero*, *La Unión* y *El Liberal*, de Sevilla, se relata con sinceridad —siempre la hay en el periodista para el pobre principiante— la enorme hazaña realizada por Belmonte.

Los bichos no embestían; pero era igual: embestía Belmonte, metiéndoles el capote o la muleta en la cara y sacándoles fina, lenta y graciosamente, después de paseárselos por toda la delantera de su cuerpo.

Los aficionados de cepa decían:

—Como torea este muchacho no se puede humanamente torear. Pisa con el capote un terre-

no inverosímil, y su toreo, que es de cintura y de brazos, tiene tal precisión, que parece que va medido con un compás. Un milímetro que falte en la suerte como está concebida, y la cornada tiene que ser irremediable y además de muerte.

No faltaban otros que comentaban :

—Este muchacho, que por su contextura no es ni puede ser torero, apunta un modo de torear, que como cuaje será la verdadera revolución del toreo. No se ha visto ni más suavidad, ni más lentitud, ni más valor consciente que el que esta tarde ha desplegado ese muchacho de Triana.

Para todos debió ser una revelación portentosa el toreo de Juan Belmonte, porque lo que no había ocurrido hacía muchos años ocurrió aquella tarde en Sevilla.

Y fué que a la salida de la plaza, como el muchacho, humildemente, pretendiera escabullirse por el callejón en busca de la puerta de salida, se le echaron encima los más entusiastas, y a hombros le dieron una vuelta completa por el ruedo, siguiendo luego camino del puente y por fin de Triana, llevando detrás un cortejo que no bajaría de cinco mil personas.

Era la hora de paseo de coches, y la gente, que ya había perdido la brújula en esto de las manifestaciones toreras, se quedó sorprendida.

Y muchos coches, en vez de seguir el paseo natural, echaron tras el bullicio, y cuando el des-

file se hizo ante la pobre casa de Juan Belmonte, fué algo portentoso.

En Triana, donde después ha habido muchas procesiones para honrar a su torero —dos grandes corridas toreadas en feria por Juan; la vuelta de su viaje a México; el día que se despidió como novillero, etc.—, no se recuerda nada tan espontáneo, tan unánime y tan alegre como este primer triunfo del ya famoso hijo del señor José.

Es claro que los melones rodaron calle abajo hasta llegar al río. Que el melonero fué el primero que se *soltó el pelo* dando vivas a Juan y a los santos... riñones de Belmonte. Que las mujeres del barrio se lo comieron a besos y mordiscos. Que el noble *Cachucha* salió a dar la bienvenida con sus mejores aullidos. Que los amigos se quedaron roncós de tanto viva y tanto entusiasmo.

Y no hay que decir los aspavientos, morisqueas y gestos del gran Calderón, descubridor del héroe y mantenedor con más fe que nadie de todos sus fueros y prestigios.

—¡Ya, ya puedo morirme! ¡Después de lo que he visto hoy, no quiero ver más! Triana ya tiene un torero. El torero más grande que nunca ha tenido. San Juan Belmonte, el guardador de la llave de todas las esencias taurinas—decía jipando Calderón.

Y aquella noche, apenas se quitó la taleguilla

el ex banderillo de Montes, se echó a la calle hecho una tromba, y “aquí me meto a tomar una copa” y “aquí voy a decir las cosas que bordó Belmonte en la corrida”, el caso es que cuando comenzó a romper el alba todavía estaba en la mismísima entrada de la calle de Castilla, allá en Triana, pegado a un puesto de *calentitos* y dándole recortes y verónicas al propio buñolero.

Al día siguiente de la corrida salió para Madrid el veterano banderillero *Alvaradito*, que había sido testigo de la corrida.

El hombre venía muy alborotado con las faenas que le había visto hacer a Juan Belmonte, y en la puerta del Café Inglés —el que se hallaba entonces establecido en la esquina del callejón de Arlabán— puso cátedra de homenaje al toreo rondeño del trianero, jurando y perjurando que en cincuenta años atrás no se había visto nada por el estilo.

En la tertulia estaba el conocido aficionado *Curro el Cochero*, el picador Mangas, el apoderado Rodríguez Vázquez, más conocido por *El hombre del puro*, y otros cuantos aficionados, que inmediatamente empezaron a repartir por los mentideros y corrillos donde se cotiza el alta y baja de la torería la aparición en Sevilla de un nuevo astro que se llamaba Juan Belmonte.

*La Correspondencia de España*, publicó aquella misma noche un telegrama con un comentario del revistero Bonnat. El comentario decía:

“En Sevilla se vuelven a echar las campanas a vuelo, anunciando la aparición de un nuevo “as” de la torería. En Sevilla nos tienen muy acostumbrados a los madrileños a esas fáciles exaltaciones. ¿Un nuevo “as” es el que nos anuncian? Vamos a esperar un poco, por si en vez de saltar el “as” se nos presenta en puertas la sota.”

Unos cuantos días después, Belmonte fué repetido en otra novillada económica, y aun cuando estuvo muy valiente, toreó con mucho sabor y muy decidido, fuese porque el ganado resultara mucho más manso o que las cosas no salieran tan a gusto del público, el caso es que el espectáculo no mereció el honor de un comentario inmediatamente que acabó la corrida.

Y entonces empezaron de verdad para Belmonte los días negros.

## CAPÍTULO VII

### LA ODISEA

**Dos corridas cobradas en calderilla. — La trágica miseria. — Consejo de familia. — Belmonte busca trabajo. — El padre de los pobres. — En la corta de Tablada. — Un jornal que no llega para nada. — Los hermanos de Juan ingresan en un asilo. — Desesperación. — Belmonte vuelve a probarse. — Una excursión por Portugal y otra por Francia. — La corrida de Fregenal. — Lo que va de ayer a hoy.**

El resultado financiero de las dos corridas en que había tomado parte Juan en la Maestranza había dado por resultado económico veinte duros cada una. Y con eso tenía que pagarse todos los avíos de torear, el gasto del coche que había de llevarle y traerle con la cuadrilla de la plaza y los estipendios de un banderillero.

Total, que cuando nuestro hombre echó sus cuentas, se encontró con que no se había sacado ni para remendar las botas.

Después de la segunda corrida, y ante el fracaso espiritual —del artístico podía estar envanecido—, el padre volvió a celebrar con el hijo consejo de familia.

El señor José Belmonte presentó la cuestión de confianza. El muchacho caminaba ya por los dieciocho años. A los dieciocho años, el que como Juan se veía rodeado de una familia desvalida y un padre que se iba ya dando por vencido, tenía que decidir más que pensar en soluciones inmediatas.

—No se puede esperar más, Juan. Si en estos días no se encuentra dinero, tus hermanos irán al asilo, tu tía —era la madrastra de Juan— la buscaré cobijo con mi hermano y yo me echaré por el mundo en busca de caminos. Estamos de verdad en las últimas.

Juan no echó en saco roto la advertencia. Salió de su casa con una idea, y en demanda de su amigo Antoñito —el mozote espigado de color cetrino— y de sus camaradas de afición, acudió para procurarse soluciones.

No se resignaba ya a abandonar la profesión que intentaba. Era por el tiempo de los tentaderos, y en los tentaderos —en los que su humildad y buen trato le habían abierto las puertas— confiaba en que volvieran a fijarse los influyentes y le echaran una mano al alborear la temporada de 1911.

El señor Calderón, azuzado por la necesidad,

se había marchado a hacer el invierno, a traficar por Algeciras y Gibraltar con sus negocios de venta y reventa.

—No he de tardar en volver, Juanito —decía el veterano torero—. Cosa de un mes, para asegurar un poco la pitanza.

La pitanza es lo que tenía que asegurar Juan, y la pitanza de sus hermanitos, que era la que más le preocupaba.

Y al habla con Antofñito y sus compañeros, se decidió el *ultimátum*: Juan buscaría acomodo donde fuera y en lo que fuera. Pero sin dejar nunca de la mano la afición, probándose allí donde fuese menester y conociendo de sus compañeros las altas y bajas de todo el negociado tau-rino.

Francisco Gómez Hidalgo, gran amigo también de Belmonte desde el preciso momento en que se inició como novillero en Madrid el gran torero, cuenta con detalle estos últimos pasos hacia el disfrute de la fama.

Yo, que he tenido muy buenas noticias de la segunda corrida que Juan toreó sin picadores —por Daniel Herrera, Emilio Torres, José Carmona y el propio Calderón—, ya he dicho en el anterior capítulo que si Belmonte aquella tarde no gustó en Sevilla, por lo menos hizo un papel decoroso.

Pero Gómez Hidalgo, con su autoridad y poniendo en su boca los dichos del propio Juan

Belmonte, dice, refiriéndose a esta misma corrida, causa del primer descalabro, lo que sigue:

“En la primera fiesta estuvo el joven fenómeno de verdad magnífico. En la segunda, en cambio, estuvo detestable.

”—Me debieron matar —exclama el torero al referirlo—. Los toros eran demasiado mansurrones, y yo estuve muy desgraciado. Me dejé coger veinticinco o treinta veces, llegué a desesperarme y no pude dar un solo golpe de acierto. El público me gritaba, insultándome... ¡Aquel mismo público que días antes me aclamaba, como si yo fuera la primera figura del *toreo*! El presidente me dió en cada uno de los toros tres avisos, porque el reglamento no le permitía más.

“La tarde fué fatal, y todo parece que se ponía contra mí —dice Belmonte—. El público me acompañó esta vez a mi casa, pero no como el día de mi presentación, sino insultándome, silbándome y gritándome.

“Cuando Juan se quedó solo en su casa, se puso a reflexionar. Pero no le dió tiempo. Un chicuelo de la calle llegó preguntando por él; y cuando estuvo en su presencia, le dijo al oído:

”—Abajo está la Fulana (aquí el nombre de una mujer muy conocida en Triana). Me ha dicho que si no bajas tú, subirá ella por ti.

“Juan no contestó al muchacho; pero hizo el propósito de no bajar. Mas, ¡ay!, que ante los requerimientos femeninos la voluntad de Bel-

monte es débil. Unos minutos después estaba con la dama, y con ella se alejaba camino del prado de San Sebastián.

"A la mañana siguiente, cuando en Triana vieron aparecer al héroe en un "goma" —nombre con que entonces se conocían en Sevilla los coches de punto— con aspecto de haber pasado una mala noche, todas las lenguas se movieron para hablar mal de él.

"—Vaya un perdido.

"—Así d'esta manera mirará por los suyos.

"—¡Maleta!

"—¡Orgazanote!

"Fué voz unánime que Juan era una malísima persona y un desgraciado que no servía para cosa buena.

"Y como con aquellas voces coincidía la miseria de su casa, Juan, abatido, convencido de que sus aficiones taurinas habían sido una ilusión, tan frecuente entre los muchachos sevillanos, y que no pasaba de deseos lo que él había tomado por buenas aptitudes, decidió resueltamente ponerse a trabajar. Pero ¿en qué?... ¿Cómo?... ¿Cuándo?... En lo que fuera y como fuera, pero pronto. Para ello, una mañana se levantó temprano y se marchó a la calle. Vió a varios amigos suyos y de su padre; pero todas cuantas gestiones hizo resultaron inútiles. Nadie tenía ocupación que darle.

"Se echó entonces a procurar por las tiendas,

por los colmados, en las cocheras, en las oficinas de los tranvías, y en todas partes le decían lo mismo: que había exceso de personal, que dejara su nombre y que ya verían más adelante.

”Entonces, sin más vacilaciones, se echó a buscar al que entonces y en mucho tiempo llamaron en Sevilla “el padre de los pobres”, al famoso político don Pedro de la Borbolla, cuyas puertas estaban de continuo abiertas a todo el que llamaba en su casa.

”Don Pedro escuchó la demanda del joven Belmonte, y como le pareciera muy puesta en razón aquella demanda de trabajo, sin vacilar, y con una carta de su puño y letra, recomendó al torero al capataz de la corta del río Guadalquivir, en Tablada.

”Belmonte se presentó en el tajo aquella misma tarde. El capataz leyó detenidamente la carta de don Pedro, y se quedó mirando al solicitante.

”—Pero si estás muy *esmirriao* y tienes tipo de señorito. ¿Qué quieres hacer tú?

”—Pues lo mismo que hagan todos; ya lo verá usted —afirmó con resolución Belmonte.

”—Bueno, pues a destajo vas a quedarte.

”Con una espincha que no había visto nunca el gran torero, comenzó a trabajar en la construcción de un pozo.

”Al principio la labor hacíasele muy pesada, abrumadora; pero su voluntad triunfante llevó-

bale a conseguir en su destajo de la madrugada al anochechar diez, doce y catorce reales, que solía ser el jornal mínimo.

"Cuanto ganaba, como lo cogía, pasaba íntegro de sus manos a las de su tía, con destino a las necesidades de la casa. Juan, que tenía antes costumbre de fumar, no lo hacía ya en absoluto. Otros gastos, ni pensaba en ellos.

"Pero el enorme sacrificio de Belmonte, unido a lo que podía ganar su padre con sus pequeños negocios comerciales, no bastaba para sostener a su familia, que se componía ya de once personas, gente menuda casi toda.

"La vivienda a que la miseria había hecho descender a la familia en el barrio de Triana era un caserón viejo y destartado, con un patio muy sucio y grande, en el que se guarecían treinta familias. Las ropas y los muebles (los que se habían salvado de la casa de préstamos más que nada porque allí no los querían) no podían ser más escasos para tanto servicio. Apenas ya si quedaba lo preciso. Un par de camas con jergones y tres o cuatro sillas desvencijadas.

"Una mañana, al levantarse Juanito para ir al trabajo, su tía (en Sevilla llamaban generalmente tías, en el más cariñoso sentido, a las madrastras), acongojadísima, le dijo que no había en la casa con qué desayunarse, y que el padre de Belmonte había decidido aquella misma tarde llevar a los hermanitos a la Misericordia.

"Belmonte, según él mismo cuenta, bajó la cabeza y dejó a su tía sin una contestación, porque mientras bajaba las escaleras le cegaban por completo los ojos de lágrimas.

"Camino de Tablada, meditando sobre su horrible situación, resolvió que aquello no podía prolongarse más, y que era necesario volver a los toros, aunque uno le matase. Había que hacer el último esfuerzo, si era verdad lo que todo el mundo le decía: que tenía excelentes condiciones para la profesión.

"Cómo pasó para Juan aquel día trabajando sin haber comido, es fácil suponerlo. Cuando al anoecer dejó el trabajo, como en otro tiempo, pero solo y triste —muy solo y muy triste, porque ya sus hermanos estaban todos recogidos en el asilo—, decidió por su cuenta y sin que le viera nadie llevarse el capotillo que tenía guardado en su casa y volverse a probar en el cerrado donde tenía el ganado don Antonio Miura.

"Había en el cerrado unas vacas muy gordas y muy viejas, con las que él mismo había hecho pruebas otras veces, y con él sus compañeros de aprendizaje.

"Pero aquella noche era Juan Belmonte el que iba solo. Juan Belmonte con su corazón que le latía con más furia que nunca y el gesto siniestro, como si fuera a realizar algún crimen.

"Belmonte, como otras veces hizo, se echó a nadar por el Guadalquivir, llevando sobre la ca-

beza y atado a la barbilla con un pañuelo el capotillo que tenía para sus pruebas.

"Y completamente desnudo, aquel tipo espectral que más parecía un retoño del nunca mentido caballero Don Quijote, a la luz de la luna, Juan Belmonte se puso a torear una a una todas las vacas que le cayeron a mano y él pudo apartar a fuerza de paciencia de sus compañeras.

"Cuadro admirable de fuerte color, que bien merecía el pincel del enorme maestro Zuloaga.

"Y Belmonte, metiéndose más y más, sin miedo al frío ni a los peligros naturales —seguía completamente en cueros—, realizó toda clase de suertes con las vacas, jaleándose a sí mismo entre llantos de dolor y risas hijas de los nervios, y diciendo de cuando en cuando: "¡Pero si yo me arrimo! ¡Si a mí esto no me ha dado nunca miedo!"...

"Cuando empezó a romper el día, Belmonte se fué derecho al trabajo, sin acordarse que no había probado apenas bocado el día anterior y, lo que era todavía más fatigoso, se pasó la noche en vela.

"Y aquel día trabajó más contento que nunca, y cuando volvió a su casa, al entregarla a su madrastra el producto de su jornal —catorce reales, uno de los mejores días—, dijo, dándola un beso muy fuerte:

"—No se apure usted, madre. Yo estoy muy

contento, muy contento. Si mis hermanos están en el asilo, allí, por lo menos, comerán seguido todos los días y tendrán donde dormir. Yo le juro a usted por lo más sagrado que los sacaré a todos muy pronto. Y en nuestra casa no volveremos a pasar más hambre.”

Aquí acaba el relato de Gómez Hidalgo, y continúa el mío.

Belmonte, ese día, debió hacer nuevo examen de conciencia, porque inmediatamente que terminó el coloquio familiar fue en busca de Antofito Conde, el amigo abnegado, bueno y juicioso, que un día intentó nada menos que ser matador de toros, y de los más caros, y que en el momento que nos referimos se contentaba sólo con ser el mejor panegirista de las glorias de Juan Belmonte y en acompañarle a todas partes con una fidelidad rayana en el fanatismo, fidelidad que hoy, después de quince años, le guarda casi con más fervor que el primer día.

Juan estaba decidido a echarse a torear por los pueblos o por donde fuera. Ya estaba convencido de que con el jornal que ganaba en Tablada no había más que para vivir en perpetua agonía, sin la esperanza, ni siquiera remota, de volverse a reunir con sus hermanos, cosa por lo que Juan suspiraba constantemente.

—Ahora se va a ver un hombre —decía Juan—. Ya me he *quitao* de fumar, de andar con los amigos y con las amigas, de leer, de ir un

rato a la tertulia del café. Y si de todo eso me he curao, vamos a ver cómo me las arreglo ahora para arrimarme al toro. Precisamente anoche, yo solo, me he estado probando en Tablada, y me encuentro mejor y más fuerte que nunca.

Antoñito dió sus consejos. Estaba bien que se fueran, pero no había que hacerlo a lo loco. Y pulsaron la opinión de otros amigos, más expertos en las correrías, y como ya el invierno estaba vencido, la cosa era orientarse por la mejor ruta.

¿Y cuál era la mejor ruta? Juan se lanzó primero por el camino de Francia, y en una pequeña población francesa toreó, figurando nada menos como primer espada el propio Antoñito Conde.

Luego hubo una excursión a Portugal, toreando la primera con embolados en Elvas, lugar que está a pocos kilómetros de Badajoz. Juan iba de banderillero, y la cosa se dió tan mal, que por poco dan sus compañeros y él con los huesos en la cárcel. Más tarde toreó en Castello de Vide, Villafranca de Xira y otros pueblecillos.

Belmonte y sus compañeros habían querido seguir la ruta que *Joselito* y Limeño habían llevado la temporada anterior. Pero los niños sevillanos habían llevado a *Blanquito* como mentor y embajador cerca de las empresas lusitanas, y Juan y sus compañeros no llevaban más influencia ni más embajada que la de ellos mismos.

En aquel mismo tiempo, Belmonte toreó en algunas capeas de Barcarrota, Alburquerque y Guareña, en este último sitio como matador de toros y alternando con Paco Madrid.

A esta corrida ya le acompañó como peón de confianza Calderón, que cuenta y no acaba con lo sucedido en aquel "*Guaterló*"—así dice el popular torero evocando la rota de Napoleón—de la torería.

Se lidiaban albarranes, toros de que era propietario un ganadero, don Manuel Albarrán, senador y jefe de la política maurista de toda la provincia. El señor Albarrán, que inundaba con sus toros todas las fiestas de los pueblos de la provincia, apenas podía conseguir que su ganado se diera a conocer en Madrid.

Andando los años el propio Juan Belmonte los impuso, obligándose él a torearlos, y hasta creo que en alguna corrida una de sus mejores suertes la brindó al nieto del simpático político extremeño, ya desaparecido.

Pero en Guareña, los toros que les soltaron a Paco Madrid y a Juan Belmonte sabían latín y algo más de latín. Eran unos toracos que habían padreado; pasaban todos de las treinta arrobas; broncos, mansos y con dos pitones cada uno de esos que tiran una puñalada en el aire.

Calderón, que vió los enemigos en los corrales, se negó resueltamente a que torearán los muchachos. Pero el empresario, que tenía muy bue-

nas aldabas, echó la Guardia civil encima, y obligó a que los torerillos se vistieran de luces y salieran a entendérselas con aquellos criminales.

El pobre Juan anduvo toda la tarde más veces por los aires que por los suelos. El recuerda siempre esta corrida con cara de espanto. Y si a Calderón se le quiere ver sin sosiego, no hay más que hablarle de los albarranes de Fregenal.

—En toda la temporada—dice el bueno de José—acabé de curarme los cardenales y contusiones que me hicieron.

Naturalmente que a la dehesa, vivitos y coleando, se fueron tres de aquellos animalitos que estaban preparados para bien morir a manos: uno de Paco Madrid y otros de Belmonte. Pero es que sucedió que llegó un momento en que no había lidiadores en la plaza, porque todos estábamos en la enfermería. Y si Juan mató estupidamente el primero, un elefante gordo, tuerco y difícil, el segundo, de Paco Madrid, cogió a Juan, y detrás de Juan todos nos metimos en la enfermería. Hubo idas y venidas para conseguir que saliéramos, y como la noche se echó encima, el alcalde, por medio de un pregonero, dió ordenes para que se despejara, porque se había acabado la corrida.

Y esta fiesta de Fregenal desacreditó a Belmonte y a Paco Madrid —¡qué culpa tenía Belmonte!— de tal manera en la provincia, que en

cualquier sitio, cuando se hablaba de lances de valor o de hombres resueltos, para motejar al de la fanfarronería, se decía siempre:

—¡Ha *estao* usted más valiente que el torero de Guareña!

Y lo que son las cosas: tres años después, cuando el famoso diestro Belmonte ya había armado el escándalo grande como torero en Sevilla, en Barcelona y en Madrid, y en España entera no se hablaba más que de él, su apoderado, el notable periodista de *El Liberal*, tuvo que publicar un artículo en su periódico diciendo que una provincia entera, la de Badajoz, se había puesto en pie y hasta amenazaba con una sublevación si no conseguía llevar a Belmonte a una corrida que tenía contratada por aquellos días en Badajoz.

Sucedió que Belmonte, por un reciente y grave percance, guardaba cama en Sevilla, con orden expresa de los médicos que no se moviera del lecho por lo menos en un mes.

Era esto el 14 de marzo de 1913. *El Liberal*, con el título "Belmonte y el orden público", hace este curioso relato:

"No es el caso que vamos a relatar producto de la fantasía. Es un hecho verídico que consigamos con curiosidad porque demuestra más que nada la exaltación que existe en nuestro pueblo por la fiesta de los toros y la popularidad que de Norte a Sur y de Este a Oeste de la Pen-

ínsula ibérica ha adquirido en poco tiempo el ya más que famoso Juan Belmonte.

"El caso de ahora empequeñece al caso de *fièvres* taurinas conocidas.

"La Empresa de Badajoz, formada en su gran mayoría por accionistas pertenecientes al comercio de dicha plaza, había contratado a Belmonte para que torease hoy allí.

"El espada susodicho, que viene actuando desde hace algún tiempo visiblemente enfermo, resintióse de la cogida que tuvo en Madrid cuando toreaba en Osuna, y, en vista de que los médicos de aquella población le imponían un inmediato reposo si quería salvar su vida, se telegrafió a Badajoz, diciendo que no podía tomar parte Belmonte en la corrida que para hoy tenía contratada.

"¡Y aquí fué Troya!

"Millares de portugueses y millares de españoles que en Badajoz esperaban la presentación del fenómeno, al saber la noticia, se indignaron, protestando del hecho, como si Belmonte tuviese la obligación de no sufrir ningún percance y de no enfermar nunca.

"La Empresa de Badajoz, viéndose venir encima la *tormenta*, telegrafió al apoderado del diestro, Antonio Soto, diciéndole, sobre poco más o menos:

"Ha surgido en Badajoz y en toda la provincia grave conflicto de orden público, al conocer

noticia habitantes y multitud de forasteros llegados, cuyo conflicto tomará caracteres mucho más alarmantes con motivo de la llegada mañana de aficionados portugueses y españoles, que vienen a la corrida. Para evitar suceso que puede ser sangriento, en nombre de todas las fuerzas vivas de Badajoz, reunidas ahora mismo en el despacho de la Alcaldía, dígoles es preciso de todo punto tomen Belmonte y su cuadrilla automóviles necesarios, por nuestra cuenta, y lleguen a la hora conveniente de dar la corrida."

"El representante de Belmonte, después de consultar con los médicos y no con Juan, que se empeñaba en ir, fuera como fuera, contestó diciendo que sentía de verdad el hecho, pero que su representado no se hallaba en condiciones de torear. Ofrecía, desde luego, que la primera corrida que torearía Belmonte en Badajoz, una vez repuesto, lo que se comprometía por aquel contrato telegráfico, sería aquella, con los mismos toros de Albarrán—¡acaso hermanos de los lidiados en Fregenal, de infeliz memoria!— que ahora estaban anunciados.

"Así las cosas, el Sr. Soto se retiró a descansar, y en la madrugada, cuando se hallaba en lo más profundo del sueño, se encontró con que a su puerta llegaba y llamaba el comisario jefe de Policía de Sevilla con un aviso especial del propio gobernador de Sevilla, que, como saben

los lectores, es D. Francisco Cabrerizo. El funcionario policiaco requería al Sr. Soto para que inmediatamente se personara en el despacho del indicado Sr. Cabrerizo.

"No había otro remedio que obedecer, y Antonio Soto se tiró a regañadientes de la cama y se personó en el despacho del gobernador civil.

"Allí se encontró el Sr. Soto con un telegrama cifrado del propio ministro de la Gobernación, diciendo que en Badajoz y ante la noticia de la corrida en que iba a tomar parte Belmonte, se habían presentado más de veinte mil forasteros, procedentes de Portugal y de toda Extremadura; que las gentes dormían en los quicios de las puertas y en los bancos del paseo de San Juan y de la glorieta de Menacho, por ser insuficientes las fondas y posadas, y que todas las autoridades, ante el enorme conflicto, se habían dirigido al ministro de la Gobernación para que exhortara a Belmonte y viese por todos los medios de arreglar el conflicto. El ministro se dirigía al gobernador de Sevilla y pedíale que fueran interrogados de nuevo los médicos de cabecera de Belmonte, y que a él mismo se le rogase—en el caso que humanamente pudiera ir—que marchase en un automóvil a calmar con su presencia los ánimos a Badajoz.

"De esta entrevista ha salido el acuerdo de que Juan Belmonte vaya hoy mismo a Badajoz, sólo *para ser visto* por los que amenazaban con

alterar el orden público. Y que lleve otros espadas encargados de substituirle en la lidia de los novillos anunciados.

"Cuando aparezca la edición de la mañana de *El Liberal* no sabemos si Belmonte habrá toreado o no en Badajoz. Sólo sabemos que *para evitar una alteración de orden público marchó ayer en el correo para Mérida con su cuadrilla y los espadas Angelillo y Riverito hasta la estación de Zafra, donde tomarán los automóviles preparados para llevarlos rápidamente a Badajoz.*"

Y he aquí por dónde un torero provoca un conflicto de orden público por el solo hecho de no poder torear a causa de haber enfermado.

Ahora siga el escritor Sr. Noel predicando contra las corridas de toros. Pero que se asome antes a ver lo que ocurre en Badajoz en tal día como hoy.

## CAPÍTULO VIII

### PRIMEROS AMIGOS

**Los de la iniciación. — De 1909 a 1913. — Juan quiere silenciar los primeros capítulos de su vida. La labor de sus amigos. — El público es insaciable. — Lo que quiere saberse. — Los grandes hombres y los pequeños hombres. — Un periodista preguntón. — ¡Si Juan hubiera contado todo!... — Por orden alfabético. — Se cierra el paréntesis. — Continúa el relato de la vida de Juan Belmonte.**

Este capítulo está dedicado por entero a los amigos de la iniciación de Belmonte. Los amigos que conserva todavía y que son los comprendidos desde el año 1909—en que se empezó a columbrar su afición taurina—hasta que se presentó en Madrid como novillero de máxima categoría. Luego vendrán los amigos de la segunda época de Belmonte, entre los que tengo el honor de encontrarme.

A unos y a otros amigos yo debo especialmente la formación de este libro. Escribirlo sin acudir a ellos, conociendo la obstinación del protagonista de silenciar en absoluto sus orígenes, era obra absolutamente imposible.

Ya he dicho en alguno de los capítulos anteriores que Juan no ha querido ni quiere evocar aquellos días negros por no atormentarse. ¿Es que lo tiene a deshonra? No, ni mucho menos. Tan pronto como llega a Sevilla con un amigo lo primero que hace es llevarle en coche al lugar de la corta del Guadalquivir, donde estuvo trabajando de peón a destajo; luego le enseña el sitio del río por donde vadeaba en busca de las vacas de Miura que había de lidiar a la luz de la luna; más tarde le lleva a la casa de vecinos que habitó en los días de miseria, y, por último, acaba presentándole a sus amigos de entonces.

Pero Belmonte no habla nunca de los días malos, porque, como él mismo dice, *ni quiere amargarse ni quiere amargar a los que le acompañan a la hora del triunfo, la mejor hora.*

—Lo que yo he pasado sólo debo saberlo yo únicamente—ha dicho Juan—. Además, recordar aquellos episodios es tener que barajar el nombre y la persona de mis hermanos; el recuerdo de mi padre y mi madre, ya desaparecidos; los días en que no había pan para contentar los estómagos. Ya está bien lo que se ha

dicho; ¿para qué quiere la gente enterarse de más?

No sabe Juan que la gente es insaciable para esta clase de conocimientos. ¡Y pobre del periodista o del escritor que no abunde en esas minucias!

Belmonte anónimo, la más grande hazaña no tiene ninguna importancia; Belmonte primera figura del toreo, cualquier detalle insignificante resulta definitivo.

A propósito de esto de los grandes hombres, yo recuerdo siempre una información muy entretenida que un periodista barcelonés hizo al político D. Francisco Cambó unos meses después del famoso atentado de que fué víctima en Cataluña.

Convalecía Cambó en las posesiones de un gran amigo suyo. Y el periodista, acompañado del fotógrafo, hizo varios aspectos gráficos muy curiosos: Cambó leyendo en el jardín; Cambó descansando en una hamaca india; Cambó jugando con el perro guardador de la finca; Cambó despachando su correspondencia, etc., etc.

Llegó el momento del interrogatorio, y don Francisco se aprestó con toda paciencia a ser preguntado.

El periodista se dejó caer con unas preguntas verdaderamente inocentes:

—¿Le gusta a usted en la merienda más el café que el té?—preguntaba el compañero—.

¿Tiene usted aficiones a jugar al billar? ¿Ha visto usted alguna vez caer la bola en el reloj de la Puerta del Sol de Madrid.

Cambó debía mostrarse un poco aburrido con la tabarra del curioso informador. Y pretextando no sé qué urgencia pidió permiso al periodista para visitar él solo un determinado servicio que tenía en el cuarto de baño.

—Ah vamos, sí—dijo el periodista dándoselas de enterado—. ¿Va usted a hacer *pipí*?

—En efecto, sí, señor periodista, voy a hacer *pipí*.

—Y oiga usted, el líquido ¿es claro o espeso?

—Generalmente claro; pero después de esta entrevista yo creo que va a tener color de sangre.

Pues bien; como este periodista somos muchos los periodistas que queremos curiosear en la vida y milagros de las gentes populares para trasladar, a guisa de intimidad, detalles absurdos a las columnas de los periódicos o a las planas del libro.

Yo no sé si Juan Belmonte hubiese abierto la espita de las confidencias hasta donde hubiera llegado yo. Pero él, con una prudencia admirable, me ha señalado el camino, reduciéndose a contestar algunas veces—muy pocas—a las cosas discretas que le preguntaba.

Y el libro se ha ido amasando con lo que Belmonte—en momentos que ni remotamente sospechaba que yo podía abusar de esta confian-

za—me ha ido diciendo en los viajes, en las sobremesas de los hoteles, en los entreactos de los espectáculos que hemos frecuentado, en los paseos que dimos y en los buenos paréntesis vividos después del éxito.

Y el complemento me lo ha dado la investigación por Triana unas veces; ante los amigos de los años infantiles o del aprendizaje; allá en Valencia, cuando yo me separaba de Juan con pretexto de alguna visita a amigos míos; mano a mano hablando con Calderón, con Antoñito, con el *Mangas*, con Daniel Herrera, con *Pilín*, con *Riverito*, con el mismo Manolo Belmonte.

A ellos les debo lo mejor y más sabroso de la vida de Juan Belmonte, y en este capítulo, a modo de diccionario y por orden alfabético, para que no se me enfade ninguno, voy a fijar algunas impresiones de los primeros amigos de Juan Belmonte:

*Calderón* ha sido, es y será mientras Juan Belmonte vista el traje de luces la primera personalidad en la cuadrilla. Su entusiasmo por Juan arranca desde muy pocos días después de su regreso de México acompañando los restos de Antonio Montes. Los mejores detalles de Calderón se registran en los capítulos anteriores.

*Calvo*, protector, admirador y divulgador de las glorias de Belmonte en Valencia durante aquella corta temporada de 1912. Su actuación

está bien definida en el capítulo más inmediato.

*Conde*, amigo entonces, servidor después. Para Belmonte, siempre en la máxima categoría. En este libro, y por derecho propio, Antonio Conde lleva las citas más interesantes.

*Herrera* fué uno de los primeros aficionados que en Sevilla descubrió las excelentes condiciones de Juan para el *toreo*. Con todo entusiasmo le ayudó, y su lealtad, honradez y buena mano en los negocios ha hecho de Herrera el hombre imprescindible para Belmonte, llevándole hoy todos sus asuntos y sirviéndole de guía en aquellos menesteres en que Juan todavía no está iniciado.

*Mangas*, gracioso tipo, dueño de todas las picardías, que acompañó a Belmonte en sus correrías toreras. El *Mangas* era en los primeros tiempos como una avanzada de Juan Belmonte para librarse del importuno o procurar la persona que era necesaria para sus intentos. Orgulloso como un rey, un poco a lo *Crispín*, el tipo creado por el glorioso Benavente, cuando el *Mangas* se dió cuenta de que Belmonte había llegado donde tenía que llegar, se echó por su cuenta a correr mundo, haciéndolo con tan buena fortuna, que hoy se halla en los Estados Unidos, dedicado a negocios de Empresas artísticas, en los que consigue muy buen dinero.

*Pilín* se malogró como matador de toros; no

pasó de ser un mediano banderillero de la cuadrilla primera de Belmonte. Pero se distinguió siempre por la adhesión inquebrantable a Juan. En la actualidad vive retirado, explotando una venta en Sevilla.

*Riverito* compartió con Belmonte todo el aprendizaje taurino. Empezó de novillero, pero hoy se conforma con un puesto en la cuadrilla de su amigo cuando hay que substituir y siempre en las corridas en que toma parte como matador Pepito Belmonte, hermano de Juan.

*Soto (Antonio)*, excelentísimo periodista, sevillano de sólida cultura, y uno de los pocos buenos aficionados que en los malos días del comienzo apoderó a Juan por amistad y cariño, siendo siempre uno de sus mejores panegiristas. El primer libro fundamental del arte de Juan Belmonte se le debe a Antonio Soto.

*Vázquez (Carlos)*, ganadero de toros bravos, que vió en una tienta a Belmonte y columbró que llegaría a ser una de las primeras figuras contemporáneas. La primera corrida en que Juan vistió el traje de luces, toreando con *Pilín* y *Bombita IV*, se lidiaron precisamente toros de D. Carlos Vázquez.

Estos y no otros—salvo alguna omisión lamentable—eran los amigos de Belmonte en aquella fecha memorable de 1912, la más cierta de la iniciación taurina del que después iba a asombrar con la maravilla de su arte.

## CAPÍTULO IX

### LA REDENCION

Otra vez el invierno de 1911. — La corrida mala y la corrida buena de Belmonte. — El famoso capotillo. — El dinero que guardaba Belmonte. Negrón o el acicate. — Historia de un traje nuevo. — ¡Treinta y siete pesetas es mucho dinero! Los chicos de la calle. — Otra vez al cerrado. “¡Zi eze ganao es mú noble!” — Toreando por los pueblos. — El faro de Valencia.

Hemos de volver forzosamente al invierno de 1911 a 1912 porque de esta fecha arranca la verdadera iniciación del torero Juan Belmonte.

Ya había hecho su presentación el *fenómeno* en Sevilla con aquella corrida que le puso en los cuernos de la luna y con aquella otra que le arrastró por los mismísimos suelos.

Contaba Belmonte en el invierno de 1911 diecinueve años. Trabajaba en las obras de Tablada. Se hablaba entre la afición de su persona

como apuntador de un *toreo* nuevo. Pero en su casa ya faltaban sus hermanos, repartidos por conventos y asilos. Estaba cerrada la tienda de su padre y trasladado el humilde ajuar a un viejo caserón de vecinos en Triana. Y el aspirante a matador de toros cada vez veía sus sueños más lejanos.

¿Qué hacía entonces Belmonte?

Francisco Gómez Hidalgo, en su libro *Juan Belmonte, su vida y su arte*, 1913, dice a este propósito:

“Juan Belmonte en aquel triste invierno, concluida su faena en las obras de Tablada, cogía todas las tardes un capotillo que guardaba a prevención, y aprovechando las pocas horas que quedaban de luz, solo unas veces y con sus amigos de siempre otras, se dirigía a algún cerrado y pasábase todo el tiempo que le permitían los vaqueros—cuyos descuidos aprovechaba—bregando con los toros. Regresaba generalmente al amanecer, encargando al guarda de las obras que le despertase dos horas más tarde, echándose en el suelo a descansar.

”Logrando, a fuerza de tanto y tan continuado sacrificio, hacer compatible la vida de trabajo, que le proporcionaba diariamente un jornal de diez reales, con sus visitas nocturnas a los cerrados; transcurrieron hasta dos meses.

”La situación económica de la familia Belmonte no había cambiado en este tiempo; pero,

recluidos los hermanos pequeños en un asilo y habiendo logrado el padre defenderse con las ventas a comisión y los pequeños ingresos que le proporcionaban sus habilidades de jugador de billar, el presupuesto parecía más aliviado. Por ello, la madrastra de Belmonte, en los días futuros, solía entregar para sus gastos algunas perras al bravo torero.

"Era dinero que el muchacho guardaba como lo cogía. Alternando con algunos camaradas de toreo, una vez, en sus días más negros, había sentido necesidad de juntar unos duros.

"Fué una tarde de domingo. Reunidos los siete camaradas que solían alternar en sus ensayos de toreo, decidieron irse a un cerrado "a trabajar".

"—*Vamo ar der Negrón*—propuso uno—. Ha dicho que nos dejará.

"Aceptada la idea, allá se dirigieron. Mas el *Negrón*, un chulo bruto, que medía a las personas por su ropa, se opuso a que Belmonte pasase al cerrado.

"—*Ere un probetón; con eza ropa no ze può arternar*—le dijo, rechazándole.

"La ropa que vestía Juan Belmonte contrastaba, efectivamente, con la de sus amigos. Modestos todos ellos, iban, sin embargo, en trajes de domingo, e iban bien. Mas el pobre Belmonte, que en horas de miseria había visto cómo se empeñaban y se perdían, al fin, sus

trajecillos baratos pero majos, pertenecientes a una época de desahogo económico de su padre, iba ahora con una blusa gastada y recosida, la misma que llevaba a las obras de Tablada y se quitaba para no romperla durante las horas interminables del trabajo.

"La negativa agresiva del *Negrón* le llegó a nuestro héroe a lo vivo, pero bajó la cabeza y nada dijo.

"Contempló al *Negrón* unos instantes, y mientras sus amigos pasaban al cerrado se alejó con las lágrimas en los ojos.

"Durante todo el día siguiente la idea de tener un trajecito bien cortado y un sombrero ancho obsesionó a Belmonte por completo. Pero pensar en adquirirlo pagándolo en seguida era imposible y obtenerlo a plazos sin ofrecer alguna garantía, mayor quimera todavía. Había, pues, que esperar a mejor tiempo.

"Al domingo siguiente, cuando su tía fué a entregarle unas perras, Juan tuvo una idea luminosa de financiero:

"—Guárdelas usted—la dijo—. Y si no, voy a comprar con ellas una hucha y las iremos echando allí hasta reunir para hacerme un traje.

"A la tía la conmovió la idea, y a medida que las necesidades de la casa se lo permitían, aumentaba las dádivas. Juanito, por su parte, también se esforzaba para engrosar la suma.

Como trabajaba a destajo, en aquellos días procuraba excederse a lo hecho en otros, y todo lo que el jornal pasaba de diez reales iba a la hucha.

"Cuando, transcurridos muchos días, una tarde, calculando por el peso, parecióle a Belmonte que tendría reunido lo preciso para el fin a que lo destinaba, consultó con su tía, y lograda su venia decidióse a romper la hucha.

"En contar y recontar el contenido invirtieron tía y sobrino largo rato.

"—¡Pero si sale una peseta más!

"—¡Si eso estaba contado; si lo cuentas dos veces!

"Al cabo se acordó que estaba bien la suma: eran treinta y siete pesetas y ochenta y cinco céntimos.

"¡Treinta y siete pesetas! Para el gran torero, por quien había pasado tanto tiempo y tanta cosa desde la última vez en que las viera juntas, aquello era un tesoro. ¡Treinta y siete pesetas! La tarde entera se la llevó Belmonte haciendo preguntas pueriles a su tía. Que cómo sería el traje, que dónde podría hallarlo más duradero y más barato...

"Al día siguiente, por la mañana, el traje se adquirió. Obscurito, sencillo: que hiciese decente y no llamase mucho la atención. Luego, el sombrero. También negro, sin nada que le hiciera charro.

"Con una camisa, arreglo de su tía, y unas botas recompuestas con el dinero que había sobrado de la hucha, Juan Belmonte salió de su casa la tarde del Domingo de Ramos hecho un elegantón.

"Su primer recuerdo, al verse en la calle, fué para el *Negrón*. Pensó en irse a buscarle y hasta decirle cuatro cosas, cara a cara, y en estas cavilaciones iba cuando oyó claramente repetir su nombre a pocos pasos suyos.

"Eran sus camaradas de toreo, que le iban a buscar. Aquellos mismos camaradas, que ya divulgaban las hazañas de Juan Belmonte, con su toreo valeroso, que en el mismo Sevilla y aun cuando fuera en una sola ocasión habían puesto al público de pie.

"Entre aquellos camaradas estaba Antofito Conde, su actual mozo de estoques, entonces con Calderón, el más fraterno amigo de Juan, que por seguirle en sus andanzas había dejado su ocupación habitual.

"Sabían los amigos que en un cerrado en el que había ganado bravo de verdad, procedente nada menos que de Miura, no estaba aquella noche el guarda, y se iban a ir a él "para ver si había medio de torear".

"A Juan Belmonte le entusiasmó la idea, pero recordó que llevaba el traje nuevo y se contuvo.

"—Ir andando vosotros, que os alcanzo en

seguida. Voy a quitarme el traje—advirtió Juan a sus amigos.

"Pero ellos, que tenían que llegase el guarda y perder aquella ocasión, realmente excepcional, que se les presentaba, opusieron con estas o parecidas razones:

"—*Zi no te paza na; zi eze ganao ez mu noble.*

"A Juan Belmonte le atemorizaba que un cuerno le destrozase el traje como no había previsto nunca que pudiera destrozarle el corazón; mas ante la idea de verse frente a frente ante aquellos toros, con los que podría ensayar suertes nuevas, de las suyas, reforzada por la insistencia de sus camaradas, decidióse al fin.

"—*Vamo p'allá, hombre, vamo.*

"Fueron, y todo lo hallaron favorable. Los toros eran pocos para poder hacer la lidia con facilidad; el guarda no estaba ni había dejado siquiera un perro... La noche, espléndida, de luna, estimulaba.

"Belmonte fué el primero que salió y el que primero hizo algo que elogiar y elogiaron en justicia sus amigos. Elogios que hubiérale valido más no recibir, porque el muchacho, más entusiasmado por ellos cada vez, empezó a arriarse y a volverse, y...

"Uno de los toros le enganchó, le subió al alto, le bajó, le volvió a subir, le dejó en el suelo nuevamente, y cuando le abandonó había-

le destrozado el traje por entero: pantalón, chaleco, americana...

"Como era de noche, y ya muy tarde, fácilmente pudo llegar a su casa sin llamar la atención, y meterse en la cama.

"Al día siguiente, cuando su tía le recriminaba, él decía filosóficamente:

"—¿Qué le vamos a hacer? Son gajes del oficio.

"A los dos días era Semana Santa, y el Jueves y Viernes Santos los pasó en la cama, por no tener traje con que echarse a la calle."

Vienen después los meses de abril y mayo.

En abril son las corridas serias de Sevilla. Puede decirse que en la ríente capital andaluza las únicas corridas de prestigio en aquella etapa de 1910 a 1913 eran aquellas cuatro, a base de *Bombita*, *Machaquito* y lo más saliente de los diestros contratados en el abono de Madrid.

Después se daban otras dos corridas allá en el mes de septiembre, por San Miguel, y eran los diestros contratados siempre los que mejor actuación habían hecho en las corridas del Norte.

En aquellos primeros días de abril de 1912 caminamos ya más rápidamente hacia la revelación definitiva de Juan Belmonte. Nuestro héroe, convencido de que no podría asistir a las corridas que se anunciaban, se dispuso a lan-

zarse de una manera definitiva a torear allí donde le saliera.

Ya tenía amigos que le acompañaban en sus aventuras. Aquellas aventuras por las mismas tierras de Andalucía o por aquellas otras del Norte.

Y el dejar de comer seguido, y el caminar por las carreteras, y el vivir a salto de mata.

Hasta que por fin en el firmamento belmontino comenzó a lucir la estrella de la redención.

Y surgieron las famosas novilladas de Valencia.

## CAPÍTULO X

### EN VALENCIA

**Vicente Calvo. — Nuevos oficios de Calderón. — El contrato de Castellón. — La venta del borri-co. — Un rasgo de Antoñito Conde. — Camino de Valencia. — En la Peña Bombita. — El sustituto. — Una opinión de “Redondillo”. — Belmonte triunfa en Valencia. — Corrida grande y cogida grande. — En el hospital. — Ochenta pesetas por matar dos toros. — Dos corridas más, y dos triunfos resonantes. — La seriedad de Belmonte. — El contrato de Sevilla. — La despedida.**

Siendo empresario de la plaza de toros de Castellón el popular industrial valenciano don Vicente Calvo, uno de los más grandes amigos en la actualidad de Belmonte, tuvo ocasión de encontrarse, allá por el mes de abril de 1912, en la ciudad del Turia al banderillero Calderón que, fanático por las proezas de Juan Belmon-

te en los pueblos de Andalucía y Extremadura, creyó interesante recomendarlo a Calvo, para que procurara por él en Valencia y en el mismo Castellón.

Don Vicente Calvo, a quien he demandado en una carta para que me detalle con la extensión debida la revelación de Juan Belmonte en Valencia, me dice a este propósito lo que sigue:

“Hablé, en efecto con Calderón, y en los primeros días del mes de marzo de 1912 hube de organizar una novillada de las llamadas económicas en la plaza que yo tenía en arrendamiento. El cartel estaba compuesto de seis toros salmantinos—creo que de Raso del Portillo—, para *Mestizo* y *Vaquerito*. Pero habiendo resultado herido en Manella *Mestizo*, me decidí a atender la recomendación de Calderón, y puse un telegrama a Sevilla al propio banderillero, pidiendo que me fuera enviado Juan Belmonte para que él llenase el puesto de *Mestizo*.

”Yo era en aquel entonces presidente de la Peña Bombita, de Valencia, y en las últimas horas de la tarde, que me dejaba libres las atenciones de mi almacén, me reunía en el local del Club con todos mis amigos. En el Club había yo citado a Belmonte; pero Belmonte no comparecía. Y entonces, viendo que no llegaba a tiempo, contraté al novillero *Torerito de Valencia*—hoy fallecido—, que a Castellón marchó en unión de *Vaquerito*.

"El mismo día que preparaba yo mi viaje para Castellón, se presentó en la Peña Juan Belmonte. Confieso que no me hizo ninguna gracia ver al hoy enorme torero—yo creo que el más grande que ha habido y que habrá en muchos años—con aquel tipo enclenque y aquellos aires místicos. Pero yo no sé qué pude encontrar en sus ojos de resolución, que me decidí en el acto a darle cabida en el cartel, invitándole a que tomara el tren conmigo.

"En aquella corrida, el cartel quedó constituido con seis novillos de la ganadería a que antes me refiero, para *Torerito de Valencia, Vaquerito* y como sobresaliente, Juan Belmonte.

"Hice con Belmonte, camino de Castellón, muy buenas migas. Advertí que era un muchacho educado, modoso, humilde y muy despierto. Pude darme cuenta de que sabía leer y escribir lo mismo que yo, porque tuve que someterle a una involuntaria prueba en el camino: descifrar una carta que me había escrito Calderón y redactar un telefonema apenas pusimos pie en el andén de llegada. Y en el modo de expresarse, llano y sincero, también me di cuenta de que era un muchacho de buenas intenciones.

"El me decía la odisea que pasó en Sevilla hasta verse en el tren. Calderón no tenía dinero para el billete; en la casa de Belmonte apenas si había para lo más preciso, y de crédito, como

era muy poco conocido, no estaba sobrado ni mucho menos.

"Sin embargo, Belmonte gozaba de la amistad de un buen muchacho, *Antoñito Conde*, su actual mozo de estoques, que en Sevilla y fuera de Sevilla no había para él ni más Dios ni más torero que el propio Juan. Enterado de que su amigo no disponía del dinero suficiente para hacer el viaje a Valencia, Antoñito Conde se fué al mercado de ganados y vendió un borrico propiedad de su padre, naturalmente, con el consentimiento familiar, y sin reparar en que Juan pudiera algún día compensarle tan hermosa acción. Desde este momento, puede decirse que la vida de Juan Belmonte ha quedado unida a la de Antoñito Conde de tal manera que en los quince años que lleva Belmonte de profesión taurina ni en una sola corrida han faltado los servicios de Antoñito, que puede considerarse como el más ferviente admirador y el más leal de todos sus viejos amigos.

"En Castellón se celebró la novillada, dando la coincidencia de caer herido *Torerito de Valencia*, quedando solos en la plaza *Vaquerito* y Belmonte, el cual alternó en los quites con tal valentía y tan personalísimo estilo que el público, que no había visto a ningún otro diestro de su categoría de la forma que lo hizo Belmonte, le prodigó ovaciones sin cuento. Pero no fué todo el público, que ya hubo una parte que le

tomó por un loco, o más bien, como se dice en términos taurinos, por un “*chalao*”. Tanto, que cuando el diestro pidió permiso para matar el último novillo de la tarde, ya todo el público coaccionó a la presidencia, impidiendo que Juan realizara lo que se proponía.

”Los banderilleros que alternaban aquella tarde en la corrida de Castellón eran *Redondillo*, *Pescaero* y *Saro*, los que, al terminar la corrida, me dijeron que mi protegido, si tenía suerte, haría muy buena carrera. Y al preguntar yo mismo al propio *Redondillo*, que era el de más crédito, su opinión concreta, me dijo que todo lo que había hecho Belmonte aquella tarde era de torero muy grande, no extrañándole que el público le hubiera tomado por loco, ya que en Belmonte no casaba lo desmedrado de su figura ni la pobreza de su traje con las faenas que había realizado. En visto de ello, yo me llevé a Belmonte a Valencia, y como sostuviera yo muy buenas relaciones de amistad con doña Julia Fernández, dueña de una pensión que se halla establecida frente a la plaza de toros desde hace más de veinte años, y en la que se aposentan todas las cuadrillas de algún fuste, desde las de Bombita y Machaquito a esta más reciente de *Gitanillo de Triana*, pues que recomendé a Belmonte, diciéndole a Julia: “Ahí le envío a usted ese torero que ahora no es nada, pero que yo creo que si no se malogra, va a ser de los me-

jores. Atiéndalo usted, que estoy seguro que usted cobrará hasta el último céntimo; pero si no fuera así, esté usted segura de que no faltará quien responda por él.

"Julia aceptó el nuevo huésped, y Belmonte ni usó ni abusó del beneficio. Por el contrario, me consta que sin perder nunca su condición de hombre, llegó hasta a ayudar en la casa en algunas oficios domésticos. Hizo recados; pintó en los ratos de ocio algunas habitaciones, y acompañó a los forasteros que allí se hospedaban y no conocían bien Valencia.

"A Juan se le consideró también en la casa como uno de la familia; cumplió larga y penosamente con la dueña de la pensión, y en el día de hoy la cuadrilla suya y la de su hermano Pepe siempre que vienen a torear a esta ciudad se hospedan, por orden expresa suya, en la casa de huéspedes donde Juan tuvo honroso cobijo en la época en que hacía su iniciación en Valencia.

"Por entonces era empresario de Valencia el hijo de D. Indalecio Mosquera, el gran empresario, que por aquel mismo tiempo lo era de la plaza de Madrid. Con el Sr. Mosquera y con su representante D. Evelio, conversé yo, solicitándoles que pusieran a Juan en la primera novillada que de carácter económico dieran en Valencia.

"Presenté yo a Juan al Sr. Mosquera y a don

Evelio, y los dos se quedaron asombrados al ver la escasa figura del muchacho, ofreciéndome, desde luego, una novillada, pero no la primera, que había de ser en domingo, 26 de mayo de 1912, en razón a que los toros, que se decían procedentes de la Viuda de Soler, eran unos toracos que pasaban de las 30 arrobas y posiblemente estarían chaqueteados.

”Pero Juan se enteró de la negativa, y pidió y suplicó con lágrimas en los ojos que le hicieran hueco en el cartel, como matador, porque estaba seguro de dejar contenta a la afición. Y D. Evelio y el Sr. Mosquera accedieron, anunciándose el cartel en esta forma: “Empresa de la Plaza de Toros de Valencia. El domingo 26 de mayo de 1912, a las cuatro y media de la tarde, si el tiempo no lo impide y con permiso de la autoridad, gran novillada económica, en la que se lidiarán, banderillearán y serán muertos a estoque seis novillos de la ganadería de la señora Viuda de Soler, con divisa azul turquí, por los espadas Francisco Hernández, *España*; Francisco Yeras, *Barquerito de Córdoba*, y Juan Belmonte, este último de Sevilla y nuevo en esta Plaza. Banderilleros: Manuel Boluda, *Presumido*; Vicente Pintas, *Pintero*; Miguel Zaragoza, Juan Vicent, *Mascana*; Francisco Alfonso, *Redondillo*; Manuel Belda, *Beldita*, y Miguel Ginés, *Sonrisa*.”

”Las localidades para esta corrida costaban:



EMPRESA DE LA  
**PLAZA DE TOROS DE VALENCIA**



El Domingo 26 de Mayo de 1912  
 A LAS CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE  
 al tiempo de lo impide con permiso de la A. S. D. T.



**GRAN NOVILLADA ECONOMICA**

en la que se lidiarán banderilleros y serán muertos a estoque

**6-NOVILLOS SALAMANQUINOS-6**

de la ganadería de la Sra. Viuda de Soler, de Salamanca. divisa aruz turquí

**ESPADAS**

**Francisco Hernández, ESPAÑA**

**Francisco Yeras**

**BARQUERITO de CÓRDOBA**

**JUAN BELMONTE**



ESTE ÚLTIMO DE SEVILLA Y NUEVO EN ESTA PLAZA

**BANDERILLEROS**

Manuel Beluda, PRESUMIDO  
 Vicente Pinter, PINTERO

Miguel ZARAGOZA  
 Juan Vicent, NASCONA

Franco Alfonso REDONCILLO  
 Manuel Beluda, BELDITA  
 Miguel Giner SORRISA

PUNTILLERO Miguel ZARAGOZA

**PRECIOS**

LOCALIDADES Y ENTRADAS	Ptas.
Palco sin entradas.	1'65
Barreras y rellanos con entrada.	1'05
Contrabarrera con entrada.	0'80
Entrada General.	0'70
Media entrada para señoras, niños menores de ocho años y militares sin graduación.	0'45

En estos precios están incluidos los impuestos.  
**IMPORTANTE** - Cada espectador deberá presentar dos billetes al billeteo y no se permitirá que uno entregue su billete a otro persona.

El sábado, de cuatro a seis de la tarde, se permitirá la entrada en la Plaza para ver el ganado tanto se inscribirse a las mismas horas estará abierta la venta en la plaza de localidades y entradas.

**ADVERTENCIAS** - La suerte se celebrará como se celebró desde el momento en que principie, y por consiguiente el público no podrá ser reintegrado en nada si en parte o con sus empresas se suspendiere por lluvia o otro incidente cualquiera que haya - El público no podrá salir antes de haberse acabado los novillos y los capones, en su consecuencia, si se prolonga alguno de estos novillos, desde su principio hasta haberse acabado los novillos, no tendrá derecho a que sea sustituido por otro - Sólo permanecerá entre barreras los primeros aparatos y apuestos de la Asociación - Se creará vigía en las demás novillos de noviembre - Las puertas de la Plaza se abrirán a las diez en punto de la noche.

Queda prohibida la introducción en la Plaza de toda clase de alambardas para los señores.  
 Para repartir prospectos, anuncios etc. y venta de periódicos en el interior de la Plaza se necesita permiso de la Empresa.  
 En el interior de la Plaza habrá excelente servicio de café y refrescos

IMP. Y LIT. J. GUTIERA

**El primer cartel de novillero en Valencia**

la más cara una peseta y la más barata, cuarenta céntimos.

"Catorce años después, y en una corrida, se ha cobrado por ver a Belmonte en la misma Plaza la localidad más barata ocho pesetas y la más cara ocho duros.

"El resultado de esta corrida fué tan extraordinario que el público se salió, como se dice vulgarmente, de madre, ovacionando constantemente a Belmonte y publicando los periódicos al día siguiente artículos como muy pocas veces se ha visto en Valencia.

"Puede decirse que aquella tarde fué la verdadera iniciación del toreo revolucionario de Juan Belmonte.

"Al dar un pase de rodillas a su último novillo, grande, gordo y con las peores intenciones, fué cogido Belmonte, sufriendo una cornada en la pantorrilla, no sin dar muerte al toro de manera excelente.

"Se trasladó a Juan al Hospital Provincial, ocupando la cama número 12 de la sala de cirugía, y allí fué admirablemente atendido por la propia dueña de la pensión, que no queriendo que le faltara nada, le llevaba diariamente la comida, así como también yo mismo, con sus amigos de entonces, Cantillana, Page, *Pescaero*, *Saro* y José Torres, no dejábamos un solo día de acompañarle y procurar por él.

"La empresa de Valencia pagó a Juan Bel-

monte por aquella novillada 80 pesetas; la última corrida que ha toreado Juan en Valencia, alternando con Vicente Barrera, el día 23 de octubre de 1927, ha cobrado 35.000 pesetas, pago que se ha hecho en un cheque contra la casa Urquijo, de Madrid, del que se incautó su representante y apoderado D. Eduardo Pagés.

"En vista del éxito obtenido en aquella novillada económica, el Sr. Mosquera ofreció otra novillada a Belmonte, aumentándole diez pesetas más en sus honorarios.

"Hay un detalle que merece toda clase de honores: el mismo día que Juan recibió las ochenta pesetas, importe de su trabajo en la primera corrida, me las entregó íntegras, encargándose que por sobre monedero las enviara a Sevilla, a nombre de su madre y para que las empleara en sus hermanos.

"Belmonte estuvo luchando con la herida en el hospital cerca de un mes, y el sábado 22 de junio del mismo año y con un lleno rebosante, se presentó por segunda vez en Valencia, toreando seis novillos de Amalio Martín, y siendo los espadas Enrique Pérez, *Ferrando*, y Vicente Aznar, *Almendro*, con Juan Belmonte.

"Si cabe, esta corrida—en que ya se cobró la localidad más barata a peseta—resultó de más emoción e interés que la anterior, porque los toros fueron más manejables.

"Y la misma noche, la Empresa volvió a ha-

cer nuevo contrato con Belmonte, que, mostrando siempre su seriedad y hombría de bien, rechazó un contrato que le ofrecía para Barcelona D. Salvador Alcalá, entonces empresario de la plaza de las Arenas, y firmó con el señor Mosquera otra en Valencia, para el sábado 29 de junio, lidiando toros del mismo ganadero las cuadrillas de Antonio Rosales, natural de Sevilla, Juan Belmonte y Bernardo Gallardo, *Gaona II*, natural de Madrid y nuevo en Valencia. En esta corrida, Belmonte cortó las dos orejas y los rabos de los toros que le correspondieron en suerte.

"A raíz de este día, Belmonte recibió proposiciones para torear en novilladas económicas en Utiel, Alicante, Barcelona y Gerona, pero el escándalo del éxito obtenido y divulgado por los periódicos, llegó a Sevilla (yo mismo enviaba de cada corrida cien ejemplares a Antoñito Conde) y la Empresa le hizo proposiciones para torear la primera corrida con picadores, alternando con *Larita*, que era entonces el novillero de más fama de España, y Currito Posada, que también gozaba de sólido prestigio.

"No puedo ocultar que la noche en que acompañé a Belmonte a la estación para que tomara el tren que había de llevarle a Alcázar y después a Sevilla, iba yo muy emocionado, porque había cogido un gran afecto a este muchacho tan serio, tan respetuoso y tan modesto.

"Subió al tren Juan, y me dijo: "Esté usted tranquilo, Calvo; yo voy para volver pronto a Valencia, pero convertido en un novillero de 1.000 pesetas para arriba."

Y, en efecto, cuando Juan, tan buen amigo, tan caballeroso y tan modesto siempre, volvió a Valencia, ya había puesto en pie a todo el público de España, cotizándose su nombre como una de las primeras figuras del toreo.

## CAPÍTULO XI

### EL TRIUNFO

**La llegada a Sevilla. — Los que esperaban a Belmonte. — Una época de marasmo. — De Antonio Montes a Juan Belmonte. — Otra vez la afición en pie. — Las corridas de Sevilla. — Habla la crítica. — Un pronóstico de "Don Criterio". — Belmonte paseado por Triana. — Los hermanos de Belmonte son sacados del asilo. — Corridas y más corridas. — Echando las cuentas. — Preparativos. — Una racha feliz.**

Juan Belmonte llegó a Sevilla en el correo de Madrid al anochecer del día 20 de julio del mismo año 1912. Iba en un departamento de tercera, y al sonar el pito de la locomotora y entrar el tren en agujas, el presunto vencedor volvió a ver desde la ventanilla la ciudad de sus sueños con la quimera de una nueva aventura.

En la estación le aguardaban su padre, el señor José Belmonte, con su *tito* Juan; sus ami-

gos, D. Carlos Vázquez y D. Daniel Herrera, amén de Antoñito, el pintoresco *Mangas*, el banderillero Calderón y unas cuantas curiosas vecinas de Triana, que ya acudían al olor del torero.

Este fué el primer cortejo de Belmonte, que él señala muy ufano, porque recuerda sus primeros pasos camino de la gloria.

Como dice muy bien el que fué inteligente y dignísimo apoderado de Belmonte, Antonio Soto, corría en España una época de marasmo, de verdadero aplanamiento en la afición taurina: destellos de *Bombita*, rasgos valerosos de *Machaquito*; algún relumbrón de Rafael Gómez, *el Gallo*, tal cual espadazo de Vicente Pastor. Y nada más.

Era verdad que desde la trágica muerte en México de Antonio Montes, el torero templado cuyo valor y decisión nadie había podido superar, estaba huérfana de toreros Sevilla, y lo mismo ocurría en el resto de España.

La mejor prueba de lo que digo son las fotografías que tengo a la vista de las corridas que entonces se celebraban, fotografías que por los años 9 al 12 se publicaron en las revistas gráficas *Nuevo Mundo* y *Blanco y Negro*, en cuyas revistas se ve que con carteles en las que aparecen las primeras figuras del toreo de entonces, cuando más, se veían mediadas las plazas de público, siendo tan mal negocio esto de

los toros que apenas si había empresarios que quisieran explotarlas. Y ahí está el detalle de Mosquera y su sucesor Echevarría, el primero arrendatario de la plaza de Madrid por un plato de lentejas. A los toros, pues, iban los aficionados sin vehemencias, sin el calor que prestan los apasionamientos. Sólo camarillas aisladas, con periodiquitos pagados, daban la nota de la discusión; pero era una nota fría e insincera. De aquello nadie hacía caso.

Al público, verdadero amo y señor del éxito, no le interesaba la comedia y bostezaba, completamente aburrido.

Con bulliciosa algarabía de fiesta infantil surgió la cuadrilla de mozalbetes, a cuyo frente figuraban *Limeño y Gallito*. Este es el comienzo de una época.

La cuadrilla fué acogida con entusiasta beneplácito; se llenaron las plazas para ver realizar a los *niños* aquellas proezas con becerros escogidos o de las mejores castas.

*Gallito* destacábase como figura gigantesca, como un futuro matador de toros, como un excelente torero. Hizo partido; se creó apasionados.

La fiesta parecía resurgir de nuevo; el hielo de la indiferencia se deshacía al calor de los entusiasmos. Otra vez las plazas de toros, y, por ende, las corridas, iban a ser teatro de apasionamientos, de gallardías, de notas pasionales.

En medio de esta atmósfera de entusiasmos por aquellos jovenzuelos, una combinación taurina en pleno verano, dió entrada en el cartel de la plaza sevillana a Juan Belmonte.

Era el 21 de julio de 1912. Veamos el cartel:

“Se lidiarán seis novillos-toros de la acreditada ganadería del Excmo. Sr. Duque de Tovar, que serán estoqueados por los aplaudidos diestros Matías Lara, *Larita*, Francisco Posada y Juan Belmonte (los dos últimos nuevos en esta plaza).

Ya tenemos sobre el tapete a Belmonte.

Vamos a dejar hablar al testigo más autorizado, que es el propio Antonio Soto:

La fiesta había despertado enorme interés. Estaba organizada por la Hermandad de un barrio popular: San Bernardo.

*Larita* traía mucho ruido de sonados triunfos; Posada venía haciendo una temporada brillantísima; todos sabían que se había hecho pagar cara su presentación ante los sevillanos anhelosos de ver si seguía las huellas de su infortunado hermano Faustino, aquel excelente torero prematuramente muerto en la plaza de Sanlúcar de Barrameda por un toro de Miura. Belmonte era el desconocido. Para unos, una incógnita; para otros, un *parche* en el cartel...

Estaban llenos los tendidos. Presentaba la plaza sevillana ese aspecto *tan suyo*, tan propio de los días en que las corridas son esperadas con

entusiasmo. El público penetraba en el circo por todas sus puertas en interminable fila.

En la sala de descanso estaban ya los lidiadores.

*Larita*, flamenco y fastuoso, lucía rico traje de seda y oro; Posada, que también estrenaba precioso vestido, envolvía su cuerpo airosamente en el bordado capotillo. Le rodeaban varios amigos.

Aparte del grupo de los demás lidiadores, con el ya veterano banderillero Calderón, hallábase Belmonte, inmóvil la figura, mal ceñido su desmedrado cuerpo por un vestido de raída seda, sin brillo en las lentejuelas del bordado.

La pobreza de su aspecto contrastaba con el de los demás toreros que para esta corrida se habían puesto sus más caros adornos.

Hubo un *chiste* sobre la indumentaria de Belmonte, salido de labios de uno de aquellos toreros que pronto iba a *cegar* al público con el brillo de sus caireles, aunque no lo deslumbrase con su arte.

Juan no se dió por aludido; no levantó la cabeza; pero sus ojos, fijos en el suelo, como si escudriñaran allá en el fondo los arcanos del porvenir, se nublaron con lágrimas que no llegaron a rodar por el rostro moreno del gran artista...

Se oyó allá fuera el palmotear de la muchedumbre; sonaron los alegres ecos de un paso-

doble; abrióse el rojo portalón de la barrera y salieron los alguacilillos a pedir la llave. Las cuadrillas se colocaron en sus respectivos puestos, liados los diestros en sus bordados capotes para hacer el paseíllo. Iba a comenzar la corrida.

¿Para qué detallarla?

La muchedumbre loca, jubilosa de entusiasmo, como en más de veinte años no se había visto en Sevilla, había alzado en triunfo a Belmonte, apenas rodó a sus pies el último toro, y como un pelele—¡ como un pelele herido!—, como una cosa falta de voluntad, sin energías para oponerse, le paseó por el ruedo entre aclamaciones, le sacó por la puerta del Príncipe, y así le llevó hasta su modesta vivienda del barrio de Triana, y allí arrojó al ídolo como si fuese un guiñapo, pero un guiñapo glorioso, sobre el camastro que le servía de lecho.

¡Belmonte estaba herido! Belmonte se había sostenido en pie dentro de la plaza sin querer ir a la enfermería por un esfuerzo supremo de su voluntad. Salió a vencer y no volvió a su casa sin conseguir la victoria.

Aquella tarde del 21 de julio, a pleno sol y en plena gloria, Belmonte había pisado el primer escalón de la fama, y lo había pisado tiñéndolo con su propia sangre.

Comenzó a juzgarle la crítica. Todos los diarios de Sevilla echaron a volar las campanas.

Y *Don Criterio*, en *El Liberal*, con su prudencia y buen tino de siempre, dijo algo muy interesante:

“La impresión que ayer dejó este diestro entre los aficionados fué buenísima, por todos conceptos; tanto más porque se trata de un principiante.

”Hay madera, mucha madera. Es muy valiente y sabe torear...

”Ni que decir tiene que le tendremos pronto en esta plaza, seguro, por mi parte, de que confirme todo lo que ayer le vimos.

”Hoy por hoy, Triana está en las nubes.”

Belmonte hubo de guardar cama, porque el percance que sufrió toreando fué más grave de lo que se creía, hasta que el 25 de agosto del mismo año reanudó su actuación en Sevilla, toreando con Martín Vázquez y Posada, y al día siguiente fué el propio *Don Criterio* quien, en *El Liberal*, y con mucho entusiasmo, dijo a propósito de esta fiesta lo que sigue:

“Era la segunda vez que vestía el traje de luces en la plaza de Sevilla, y si hemos de decir las cosas tal y como son, ha armado el gran *jollín*, sobre todo toreando de capa y con la muleta.

”Tanto con el percal como con la flámula, confirmó lo que le vimos en la corrida del *debut*; esto es, que se trata de un toreo serio y verdad, el de la verdadera escuela rondeña, que consiste

en parar mucho, aguantar más y jugar los brazos admirablemente.

"Y ayer paró y aguantó Belmonte de una manera brutal, dando a los bichos tercero y sexto verónicas monumentales, marcando muy bien los tiempos y rozándole los pitones los alamares de la chaquetilla. Hubo momentos en que el público, como movido por un resorte, se levantó de sus asientos verdaderamente emocionado.

"Y no digo nada en los quites. Hizo varios a media verónica parando y aguantando de una manera asombrosa, quedándose al final materialmente en la cara. Pero tenga en cuenta el diestro que con todos los bichos no puede hacerse lo mismo, porque lo más seguro es que tenga un serio percance.

"Con la muleta rayó a gran altura en sus dos bichos, y a ambos, cosa rara y nada corriente, les llegó con la mano izquierda, dándole al primero los dos primeros pases naturales superiores, magníficos, aguantando mucho y girando sobre los talones. El resto de la faena fué practicada con tanta valentía como conocimiento.

"La del sexto fué también de las colosales, pues en ella hubo variedad de pases de todas marcas, a cual más superiores, parando y aguantando mucho, no cesando de tocar la música, en tanto el público aplaudía entusiasmado.

"Con el estoque claro está que se le notan defi-

ciencias propias de todo el que empieza, pero estuvo bien y valiente.

"Realmente el papel de Belmonte se cotiza hoy a elevadísimo precio. Mañana, ya veremos.

"¡Ahí es cualquier cosa lo que hizo ayer tarde el diestro de Triana!"

Como la pólvora se extendió por toda España la revelación de Juan Belmonte.

Antonio Soto refiere que en un mismo día recibió más de veinte despachos de las mejores provincias, ofreciéndole el oro y el moro, por que Belmonte toreará.

De aquellos mismos días es una crónica admirable, que lleva la firma de Francisco Gómez Hidalgo, y en la que se ve la condición de Belmonte y el amor que sentía por sus hermanos.

He aquí, entre otras cosas, lo que dice la crónica:

"Al siguiente día del triunfo y muy de mañana, se levantó Belmonte; su casa estaba llena de trianeros, que querían abrazarle.

"Ya los jóvenes no le hablaban en tono escéptico, ni los viejos le recordaban a los grandes toreros idos, sino para colocarle entre ellos.

"Todos, rendidos ante la evidencia, le miraban, y todos, según aseguraban, creían en él, y le pronosticaban como gran revolucionario en el toreo.

"Mas el arriesgado novillero, quitando importancia a su labor, que tampoco sorprendíale

mucho porque recordaba haber hecho tanto y aun más cientos de noches en los cerrados, sin que nadie le admirase entonces, no les hacía gran caso. Una idea que prendiera en él cuando terminaba la corrida, y que no había comunicado a nadie todavía, le absorbía.

"Por fin, en un momento en que estuvo solo con su padre, le anunció:

"—Tengo setenta duros; cincuenta que me ha valido la corrida y veinte que me dió D. Francisco Herrera por el brindis... Voy a sacar a mis hermanos del Asilo.

"José Belmonte, conteniendo sus deseos, que coincidían, es claro, con los del novillero, se le quedó mirando, conmovido. Luego, pasado un instante, contestó:

"—Mira tú que eza *luz* ez mu poca *luz*, y vamo a gorber a las andás...

"Juanillo le interrumpió diciendo:

"—Es que además de esa *luz* tengo esperanzas de ganar más. Pero de todos modos que la disfruten con nosotros, que para volverlos a encerrar hay siempre tiempo...

"Aquella misma tarde, apenas almorzaron, Belmonte y su tía, fueron a recoger a todos los pequeñuelos asilados.

"Fué un momento de alegría y de emoción en que el gran torero hubo de contenerse para no llorar.

"Una de sus hermanas, de diez a doce años,

Conchita, morena, pizpireta y bonita, que estaba reclusa en un convento desde los días negros, tenía ya noticia de su éxito.

"Cuando les vió llegar, supuso pronto que iban a por ella, y comenzó a palmotear, echándose en los brazos de su hermano, mientras le gritaba:

"Ya lo sabía yo, ya lo sabía!... Cuando esta mañana me dijeron, para hacerme llorar, que tú andabas en coche por ahí, y que a mí me tenían recogida de limosna, ya lo dije yo... Que vendrías a zacamme de aquí...

"Belmonte, conmovido, no sabía qué hablar. Su tía, sin poder dominarse, lloriqueaba...

"Apenas recogidos los chiquillos, fueron en busca del padre y los otros mayores. Y cuando, al fin, todos halláronse reunidos, Juanito tuvo "un gesto de los suyos":

"—Esta noche nos vamos al Pasaje a cenar toos.

Fué una comida íntima y hermosamente conmovedora. José Belmonte, el padre del torero, loco de contento, con su gracia de gaditano socarrón, sonreía y hacía chistes... La tía de Juanito, y madre de los pequeñuelos, sin darse cuenta todavía del cambio, estaba como sorprendida... Los hermanos, los nueve hermanos, en que habíalos de todas las edades, contemplaban al bravo torero como a un dios...

"Hiciéronse proyectos para el porvenir. Si

la suerte seguía, como era de esperar, ante todo, se cambiarían de casa. Una casa modesta, barata, pero decentita.

"La nena pizpireta del convento intervino en la conversación para decir:

"—Y le pondremo una arcoba mu maja a Juan, que ez er que gana el pan.

"El torero, conteniendo la risa, replicó:

"—Cállate tú, mocosa. Aquí no hay nadie más que nadie. Lo que yo tenga lo tenemos todos."

Pocos días después continuó la racha de los éxitos, pero el más resonante lo obtuvo aquel año lidiando bichos del duque de Tovar, con Vázquez II y *Limeño*.

No puede darse mayor entusiasmo por un torero; es imposible tampoco realizar mayores proezas.

Acababa de rodar sobre la arena el último novillo, herido en la misma cruz por una gran estocada, a la que había precedido una inenarrable faena de muleta con la izquierda, cuando millares de espectadores se arrojaron al ruedo, cogieron a Belmonte en brazos, y mientras el resto del público seguía palmoteando y gritando enardecido, el torero era paseado una, dos, tres veces, alrededor de la plaza, recogiendo emocionado tan imponentísima ovación.

El ruido de las aclamaciones se confundía con los ecos de dos bandas de música que tocaban en los tendidos.

Después el ídolo fué paseado por las calles de la famosa ciudad andaluza, y largo rato lo tuvieron en esta forma, sin quererlo llevar a la fonda donde se hospedaba.

Aquella tarde un periodista madrileño que accidentalmente se encontraba en Ecija presenciando la corrida, telegrafió al propio *Don Modesto*, diciéndole:

“He visto hoy torear a Belmonte; es algo excepcional.”

Y *El Liberal*, de Sevilla, en su número del día siguiente, decía lo que sigue, comentando la lidia de uno de los toros.

“Y vamos con la faena del sexto, que fué de las archivables. Empezó algo inseguro, pero poco a poco fué creciéndose, de tal forma y manera, que la faena fué tan monumental como emocionante, sobresaliendo de toda ella tres soberanos pases de pecho con la mano derecha, parando y aguantando de una manera asombrosa, y tres o cuatro de molinete magníficos y a una cuarta de los pitones. Hubo momentos en que el público, como movido por un resorte, se levantaba emocionado de sus asientos, en tanto que la música no cesaba de tocar.

“Aquel torero de feas *jechuras*, crecía como un gigante cuando en uno de aquellos soberbios pases llevaba al bruto embebido en los propios vuelos de la muleta. Parecía otro.

“Como estoqueador, lo he visto en esta corri-

da todo hecho un hombre, pues sus dos bichos murieron de otras tantas estocadas, atacando derecho y colocándose en el centro de la suerte. En el tercero salió limpió, siendo enganchado en el sexto por haberle entrado demasiado despacio.

"Cuando vió doblar al último se arrojaron al ruedo infinidad de criaturas, y cogiendo en brazos a Belmonte, le pasearon por la arena en tanto que tocaban las bandas del regimiento de Granada y la Municipal.

"Resumiendo: que el diestro de Triana tuvo ayer una gran tarde y un señalado triunfo."

Belmonte acabó aquella temporada, toreando una corrida, con *Rosalito*, el día 25 de septiembre, en Pilas, después de haber toreado treinta corridas, en las que no pudo ahorrar arriba de mil pesetas. Tal era el atraso y la pobreza en que vivía su familia.

## CAPÍTULO XII

1913

**La prueba más difícil. — Empieza la enemiga. — Las dos escuelas. — Belmonte y Joselito. — Una frase del “Guerra” para arreglar la cuestión. — “Quinito” precursor de José. — Un juicio de “Corinto” y un retrato de “Dulzuras”. — Empieza la guerra. — Camino de Madrid.**

Empieza la temporada de 1913.

Es el momento en que Belmonte tiene que consolidar su prestigio, porque las pasiones ya parecen desatadas, mucho más cuando el torero *Joselito*, caminando vertiginosamente hacia la cumbre, pretende esfumar las glorias de *Bomba* y *Machaquito*, y hasta con gesto indiferente parece negar la existencia del propio Belmonte.

Es en el momento en que José triunfa ruidosamente en Madrid, después de aquella famosa corrida celebrada el 13 de junio de 1912, con toros del duque de Veragua, y alternando con *Limeño*.

Trece meses antes en que Belmonte se presentara en Sevilla y ganara en el primer avance los entorchados de capitán general.

Empezaba a transformarse la afición.

Los tres diestros que representaban el prestigio de la fiesta, *Bombita*, *Machaquito* y *Vicente Pastor*, iniciaban el declive glorioso.

Juan Belmonte irradiaba ya sobre los públicos de toda la península. Y es claro que al tener ya frenéticos partidarios, había de encontrarse con sistemáticos e irreductibles enemigos.

Y mientras las cigarras cantaban las proezas, las hormigas laboraban en el silencio el descrédito de Belmonte. Para esas hormigas, en los lances de capa, impecables; en los pases de muleta, acabadísimos; realmente clásicos del joven lidiador, no había ningún arte; sólo le reconocían una temeridad inconsciente, con la que pronto acabarían los toros, *toda vez que como toreaba Belmonte no se podía torear.*

En esta apreciación, más firme que nadie, se encontraba el veterano ex lidiador Rafael Guerra Bejarano (a) *Guerrita*, torero grande de su época, pero que en punto a predicciones ha resultado siempre una gran calamidad.

Rafael Guerra, por sistema, fué un gran pagnegirista de su ex matador *el Gallo*; defendió luego con mucho tesón las *espantás* de su hijo Rafael, llamándole *menumento* y *solera pura*, y cuando apareció *Joselito*, el torero largo, cuyas

intenciones eran muy parecidas a las del propio *Guerra*, se creyó el ex torero cordobés en la suprema obligación de defender la escuela gallista contra todas las escuelas.

Y sin conocer a Belmonte, Rafael se creyó en el deber de opinar, negándole, desde luego, la sal y el agua. Y cuando alguien le invitaba a presenciar las faenas de Belmonte en Sevilla, se le oía decir siempre:

“Ese es torero barato; ya tendré ocasión de verle en Córdoba, con toda comodidad.”

Es posible que Juan Belmonte se enterara de estas profecías de *Guerrita*, y que por eso decidiera, sin recelo ni mucho menos para la simpática afición cordobesa, estar retraído de la capital de los califas los dos años en que actuó de novillero.

Y es sabido que *Guerrita* se vió obligado a ver a Belmonte en Sevilla, y que tuvo ocasión de verlo en aquella tarde famosa en que a Juan le fueron concedidos los rabos y orejas de los dos toros que lidió, siendo paseado por Triana, en verdadero triunfo, por más de tres mil espectadores entusiasmados.

—¡Así no se puede torear! Ya puede andar de prisa el que quiera verlo—dicen que dijo *Guerrita*.

Y la frase hizo fortuna, porque la repetían los mismos toreros, dándole tono sentencioso y profético. ¿Y cómo no iban a repetirla, si ve-

nían caminando tan a gusto en el machito, cobrando muchas pesetas sin exponer un alamar?

Belmonte había hecho ver a los públicos que torear no era saltar y brincar delante de la caraza de los toros, y adornándose a cabeza pasada, fuera de todo peligro, con pinturerías y efectismos de relumbrón. Belmonte había hecho ver, sin jactancia, con singular naturalidad, que torear era aguantar y mandar a las reses, llevándolas empapadas con el temple necesario en los vuelos del capote, o la muleta, dando la sensación que produce el arte y el valor unidos.

Belmonte había hecho ver que las gallardías y los adornos podían hacerse en el mismo momento del peligro, estirándose con admirable gentileza cuando las afiladas astas pasaban rozando con acometedor empuje los bordados del vestido.

Había hecho ver todo esto Belmonte, y con ello destruído y cuando menos puesto de relieve la falta de mérito que tenía la forma de torear que usaban los demás lidiadores, forma que el público, como no veía otra cosa mejor, iba aceptando como buena.

De esta escuela parecía el más sobresaliente y la fruta más en sazón el diestro *Joselito*, torero que en su iniciación y por los mismos sevillanos se equiparaba al diestro *Quinito*.

¿Quién era *Quinito*?

El gran revistero *Don Modesto*, con su peculiar gracejo, dijo que era el agua de seltz... en el toreo. ¡Y le quitó el tipo!

El ex revistero de *A B C*, *Dulzuras*, dijo que *Quinito* no ignoraba nada de lo que con los toros se relacionaba: que la capa, la muleta, las banderillas y el estoque eran trastos con los que él sabía entenderse y respecto a condiciones de los toros, pocos habría que los conocieran tan a la perfección, casi al primer golpe. ¿Y si esto era verdad—dirán algunos—, no es *Quinito* uno de los que más contratos tengan?

La explicación no es difícil y está al alcance de los menos avisados:

Para que un torero tenga cartel tiene que dejarse coger de los toros algunas veces al año; tiene que ver el público muy claro el peligro, porque si éste no existe, no hay por qué pagar esas exageradas sumas que se hacen pagar por torear.

En *Quinito* no se veía nunca exposición; con el capote y la muleta usaba de unas ventajas extraordinarias, y con el estoque, sólo cuando le correspondía un toro muy noble, muy claro, muy suave, y sin tirar una sola cornada, procuraba acabar con lucimiento.

En lo que más gustaba *Quinito* es en banderillas, y es por eso, porque se ven los pitones de los toros muy cerca de la ropa del diestro, y este peligro es el que produce la emoción, y esta

emoción es la que hace estallar la ovación, por no poderse contener el rebotante entusiasmo.

Y como con las banderillas solamente no puede sostenerse un matador, he aquí la causa de que de año en año haya ido disminuyendo la popularidad de un torero, como *Quinito*, que no me equivoque considerándole como uno entre los mejores—decía el malogrado *Dulzuras*.

Y un revistero de la talla de *Corinto y Oro* se dejaba caer por entonces con esta pregunta:

“¿Verdad, lector amado, que estos párrafos parecen dedicados al propio *Joselito*?”

Así era, en verdad.

Las dos tendencias taurinas estaban bien definidas:

De un lado, *Joselito*, representante del llamado toreo sobre las piernas, con todas las martingalas apetecibles.

Del otro, el toreo clásico, sobrio, concienzudo y valeroso, representado por Belmonte.

Bastante después de la época de que aquí se hace mención, se publicó en Sevilla el libro de Antonio Soto, del que copio el siguiente párrafo, que es una afirmación rotunda de lo que más arriba se cita:

“¿Qué ha de extrañarnos tenga Belmonte enemigos enconadísimos? ¿Acaso puede destruirse un *sistema* sin que los perjudicados por la destrucción no formulen su protesta y guarden odio inextinguible al que les echó por tierra su

productivo castillo de naipes? Pero el tiempo hará justicia, y cuando pasen algunos años, se tendrá que confesar por todos cuánto debió la fiesta de toros a la aparición en ella del torero que mayores apasionamientos ha despertado.”

Había estallado la guerra. Al final, ya se ha visto para quién ha sido el triunfo.

No hay otro remedio que reconocer, porque a la vista están los números, si esos no engañan, que Belmonte, en ese período de 1913, que media hasta su presentación en Madrid, siguió de triunfo en triunfo, llegando a escalar los últimos peldaños de su cimentada gloria de novillero.

Y llegó su presentación en Madrid.

## CAPÍTULO XIII

### ¡¡EL FENOMENO!!

**Historia de ese nombre. — Antecedentes que deben conocerse. — De Villalba a Madrid. — Lo que habla Belmonte. — Impresiones de un cronista. — Belmonte tartamudea. — Lances de chicos. — Los nueve hermanos del torero. — Una corrida suspendida. — ¡Por fin se presenta Belmonte! — Sentencias y dichos. — Un juicio lapidario de “Don Modesto”. — Belmonte es fenómeno por encima de todo y de todos.**

Y estamos en el momento culminante de esta narración. Vamos a reseñar ahora el día en que Juan Belmonte se presenta por primera vez en Madrid, donde se le espera ya con mucha ansiedad.

No hay otro remedio que revolver los textos si hemos de ser sinceros y queremos dar al lector toda la honrada verdad de lo que sucedió por aquella fecha.

Había y hay en Madrid un periódico de la noche, el más popular, el *Heraldo*, y había un reportero muy en moda, dedicado exclusivamente a cultivar las informaciones sensacionales; nos referimos a Abelardo Fernández Arias, más conocido por *El Duende de la Colegiata*.

Y Abelardo Fernández Arias, con su extraña manera de escribir, glosó en un artículo toda la vibrante emoción de la llegada de Belmonte y Posada a Madrid, los dos astros taurinos en quien tenía puestos los ojos la afición.

Con el título de *Los fenómenos*, se publicó el artículo, que decía entre otras cosas:

"He hablado con Belmonte y Posada, en el trayecto entre Villalba y Madrid. Los *fenómenos* vienen modestamente en un vagón de segunda clase del correo exprés de Irún. Ayer torearon en Bilbao, y para coger este tren, tuvieron que venir en automóvil hasta Miranda. Como buenos hermanos, vienen muy juntos, rodeados de la cuadrilla.

"Al primero que saludo es a Belmonte.

"Me alarga la mano con cierto desembarazo, diciéndome: —¿Qué hay, *Duende*?

"Su mano derecha, tiene un guante negro, al que se le han cortado los dediles.

"—¿Qué es eso?—pregunto.

"—Pues ayer, en Bilbao. Al tirarme a matar.

"Belmonte tartamudea en algunas ocasiones; es muy simpático, jovial; parece un chiquillo.

Posada es más serenito. Los dos se desviven por complacerme.

"—Vamos a ver esa historia. Los dos me la habéis de contar.

"—Nací en Sevilla, en el barrio de la Feria —comenzó a decir Belmonte.

"—Yo también nací en Sevilla. En uno de los cerrados que posee don Antonio Miura—dijo Posada.

"—Desde los doce años tenía yo afición a los toros, como todos los muchachos la tenemos —dijo Belmonte.

"Y Posada añadió:

"—Pues yo, figúrese usted. En la dehesa. Siempre bregando con reses bravas, cómo no iba a tener afición.

"—Procuraba ir a las capeas en los tentaderos; me escapaba a las fiestas de los pueblos —continuó Belmonte—, y muchas noches me iba a los cerrados, me desnudaba y atándome la ropa en la cabeza cruzaba a nado el Guadalquivir. Y de ese modo toreaba en la dehesa las noches que había luna, a la luz de sus resplandores. Luego nos pusieron guarda esas noches de luna, y entonces llevábamos lámparas de acetileno, que se colgaban de un árbol o de una estaca. Y a la luz de sus llamas, completamente en cueros, toreaba, mientras mis compañeros se encargaban de aproximarme el ganado. Una noche, una res me dió un puntacillo en el labio

inferior—mire usted la señal—y empezó a caerme un chorro de sangre que me cubrió todo el cuerpo desnudo. Y los amigos que me veían dar y dar capotazos, con los reflejos que hacía la sangre en mi cuerpo, daban unos gritos espantosos. Pero yo seguía, seguía toreando.

"Posada interrumpe febril:

"—Como mi padre era el guarda de la dehesa, pues yo, para que mi padre descansase, montaba a caballo, y para que creyesen que era él me ponía el sombrero grande de mi padre, que me tapaba la cara, y con la garrocha bajo el brazo corría y les asustaba... ¡Cuántas veces asusté a Belmonte!...

"—Y yo creía que era su padre—sigue Belmonte—, y cuando reconocía a Curro le tiraba *peñascazos*. ¡Eso la mar de veces! Después, en las capeas, en los tentaderos—continuó Belmonte—, hasta que toreé en novillada formal, y desde entonces ¡camino de ser fenómeno!

"Y Belmonte rió, continuando:

"—¿Se ha fijado usted en la palabrita? ¡Camará! Con esto de llamarnos *fenómenos* nos están fastidiando. ¡Claro; todos los días no se puede estar bien...: los toros..., el tiempo..., las cosas! ¡Que no se está siempre bien!

"—Y el público nos dice: ¡*Fenómenos!* ¡Y a ver! Ahora en Barcelona se nos indignaron un poco—sigue hablando Posada—, diciéndonos: ¡*Que vamos a haceros lo de Valencia!* Y es que

en Valencia maté un toro de una estocada. Ya había doblado, y yo iba a dejar el estoque cuando el toro se levantó de pronto. Pero el público se echó al redondel y le dió la puntilla. Como ayer en Bilbao, que salió un toro chico y el público se tiró al redondel y lo mató de una puñalada.

—¿Cuándo toreó usted la primera corrida formal?—pregunté a Belmonte.

—El día veinticinco de julio del año pasado. ¡Las que pasé hasta llegar a esa fecha! Fué la corrida con *Larita* y con éste—señala a Curro Posada—, lidiando ganado del duque de Tovar. Después he toreado en Ubeda, San Sebastián, Toulouse, Barcelona, qué sé yo, porque no llevo cuenta. Y he ganado algún dinero. Pero no tengo ni *gorda*. En casa somos catorce. Y hay que llevar el pan para todos.

—Y cogidas ¿cuántas tuvo usted?

—Y Belmonte me dijo:

—Una en Guareña, en el muslo; otra en Sevilla, en el muslo también; otra en el Arahál, en una ceja.

—¿Cuántas corridas tiene usted contratadas?

—Treinta novilladas y diez corridas de toros.

—¿La alternativa?

—Veremos a ver. Yo quisiera que fuera en septiembre, naturalmente, si hay un poco de suerte; me gustaría tomarla en Sevilla, el pue-

blo donde nació y que me ha hecho torero. Pero si no puede ser allí, querría que fuera en Madrid.

"—Y, Posada, ¿cuál fué la primera corrida formal?

"Posada dijo:

"—En Sanlúcar la Mayor, con *Pescadero*, hace tres años; pero el debut serio fué en Bilbao el catorce de abril del año pasado. Pero yo estuve en Montevideo de sobresaliente hace años con Pazos y *Relampaguito*.

"—¿Cuántas corridas contratadas?

"—Como Belmonte: treinta novilladas y diez corridas de toros, y la alternativa, si hay suerte, en septiembre.

"—¿Cogidas?

"—En San Sebastián, una grande en el muslo. ¡Ah! En Huelva, el Corpus de mil novecientos once, toreé con *Dominguín*—dijo Posada.

"—¿Cuántos años tiene usted?

"—Diecinueve—dijo Posada.

"—¿Cuántos toros ha matado?

"—Ciento tres reses.

"—¿Y Belmonte?

"—Tengo veinte años, y he matado ochenta y tres toros—dijo Belmonte.

"—Tenemos la contrata de San Miguel, en Sevilla, los dos—me dijo Posada.

"—¿Pensáis en casaros?—pregunté a los toreros de pronto.

"Y Belmonte dió un silbido típico.

"—¡Casarnos!... Yo tengo nueve chiquillos sin haberme casado—dijo Belmonte.

"—¿Cómo?

"—Sí; nueve hermanos y mi padre... ¿Le parece a usted poco?—me dijo Belmonte.

"—Pues a mí me sucede lo mismo... Tengo nueve hermanos también a quien cuidar.

"Y continuó:

"—Después de *Limeño*, yo he sido quien ha toreado más con *Gallito*—habló Posada.

"—Bueno—dije—. ¡Y ahora a Madrid!

"—¡Jesús, Dios mío!—exclamó Posada.

"—¿Qué es eso?

"—Que tengo un miedito horrible al público de Madrid!—dijo Posada.

"—Como que ya están con los bastones así, preparados—continuó Belmonte.

"Y después de una pausa exclamó Belmonte, dirigiéndose a Posada:

"—Oye, *fenómeno*, ¿qué harán mañana con nosotros?

"Y después de un silencio continuó Belmonte:

"—Cuando me despertaron en el vagón diciéndome que preguntaba por mí el *Duende* era en el preciso momento que soñaba que estaba en el patio de caballos de la plaza de Madrid preparándome para hacer el paseíllo.

"—*Osú, osú*—dijo Posada—. ¡Cómo saldremos de Madrid!

"—Pues corriendo—dijo Belmonte, jovial.

—¿Conoce usted la plaza de Madrid?

—Y Belmonte me responde:

—Yo, no. La primera vez que voy a ver la plaza de Madrid será cuando vaya mañana vestido con el traje de luces. ¡Ni tampoco conozco Madrid. Como no sea por un agujerito. Las pocas veces que he *pasao* de tren a tren para torear por las plazas del Norte.

—Yo, sí—dijo Posada—; estuve en la presentación como novillero de mi amigo *Joselito*.

—Entramos por fin en Madrid. Belmonte se puso sobre los hombros su abrigo, se caló la gorra, se anudó un pañuelo que llevaba al cuello y echó a andar agarrado de mi brazo.

—¿Vamos a tomar un tranvía?—pregunté yo.

—¡Quiá! Vamos mejor en el caballo de San Fernando: unas veces a pie y otras andando—volvió a replicar Belmonte. A mí, no sé si por la costumbre, es que me gusta andar mucho. La condición del torero es hacer piernas—las mías son de trapo—, y resulta más práctico ir andando. Así haremos nuestra entrada triunfal en Madrid. Y es un consuelo.

—Yo pienso en la salida—exclamó Posada.

—Ibamos un grupo de amigos con los dos *fenómenos* y sus apoderados: el simpático Soto, de Belmonte, y el no menos simpático Acedo, de Posada.

—Después de tomar café fuimos a Romea; en-

tramos al escenario, y llevé a los *fenómenos* al cuarto de *Pastora Imperio*.

"—*Pastora*—dije a la gentil bailarina—, aquí la presento a los dos *fenómenos*: Belmonte y Posada.

"Entre bastidores vieron los dos toreros a *Pastora* bailar y cantar; admiraron el arte de la bailarina de ojos verdes, y los *fenómenos* exclamaban:

"—¡Qué bien!... ¡Eso es bailar!

"Después de la función fueron los toreros a descansar.

"Nos despedimos. Los dos muchachos son afables, modestos, simpatiquísimos. Hoy España entera está pendiente de estos futuros ases del toreo. ¡Que así es la leyenda!—*El Duende de la Colegiata*."

Belmonte y Posada se hospedaron en Madrid en una modesta casa de huéspedes establecida en la calle de Echegaray, regentada por *El Niño del Buzo*, un mozo de estoques que había servido en sus buenos tiempos a muy buenos matadores y que se ayudaba en Madrid ahora con esta hospedería.

La entrada—seamos fieles a los cánones—la hicieron en la casa de huéspedes con Antonio Soto, Acedo, el periodista Paco Torres, *Alvaradito* y *El Duende de la Colegiata*.

Naturalmente que los buenos muchachos, en

aquella víspera de la corrida, pasaron en absoluto desapercibidos para las gentes.

Al día siguiente, que era el 25 de marzo, jueves, llovió torrencialmente todo el día; pero como todas las localidades estaban vendidas desde tres días antes, se intentó dar el festejo, resultando de todo punto imposible.

Y la corrida se dió al día siguiente. Yo quisiera en este capítulo, porque el momento lo merece, dar una a una y en toda su extensión las admirables críticas de aquella famosa corrida que firman los revisteros *Don Pío, Claridades, Corinto y Oro, Eduardo Muñoz, El Barquero, Mangue, Dulzuras, Bonnat y Puntilla*, pero con resultar demasiado extensa la apreciación quitaría importancia a los comentarios, que van en el lugar debido de este libro.

Baste saber de momento que el trabajo de Belmonte arrancó a *El Barquero* esta frase: "La guapeza, la frescura y el arte de Belmonte son inenarrables."

Y a *Claridades* en *El Mundo*: "Belmonte no hay más que uno. Este sí que es fenómeno."

Y a *Corinto y Oro* en *España Nueva*: "Y lo dicho, dicho está. ¡Belmonte es un torero enorme!"

Y a Eduardo Muñoz, tan poco belmontista desde su iniciación: "Lo que he visto en Belmonte me ha puesto el corazón en la boca. ¿Volverá a repetirlo?"



Cómo lo ve Sancho

En este mismo día en que se celebraba la corrida apoteosis de Belmonte yo pasaba por el trance más horrible y el que más grabado llevo en el corazón.

Precisamente frente a la plaza de toros y tan cerca de ella que se escuchaba bien claramente la algarabía del entusiasmo, se hallaba postrado, después de una cruel operación, en una cama del Sanatorio Inglés mi padre, que unas horas después había yo de perder para siempre.

Lo que yo maldije, lo que me indigné, los disparates que se me escaparon contra Belmonte y los exaltados entusiastas de Belmonte en aquellos momento no son para contados. ¡Y catorce años después!...

Pero vamos a lo que vamos: la segunda corrida de Juan fué el 11 de abril. Y aquí sí que no hay otro remedio que publicar íntegra la crónica maravillosa de *Don Modesto*, titulada *Los fenómenos*, que es una de las mejores que han salido de la pluma incopiable del enorme periodista.

Dice así *Don Modesto*:

“¿FENÓMENO? ¡Sí! Hablo de Juan Belmonte. Yo he cogido los mejores tiempos del toreo, cuando ocupaban la cabecera de todos los carteles *Lagartijo* y *Frascuelo*.

”Yo he visto torear y desarrollarse al *Guerra*, a *Espartero*, a *Fuentes*, a *Bomba*, a *Lagartijo Chico*, a *Machaco* a los *Gallos*.

"Yo creo haber presenciado cuanto malo y bueno se ha hecho en la candente arena de veinticinco años a la fecha.

"Y declaro y afirmo, con la mano puesta sobre el corazón y la mirada en las alturas, como demandando la divina gracia para que se me caiga la venda de los ojos, en el caso de estar equivocado, que como torea Juan Belmonte con capote y muleta, toreo fino, clásico, de oro puro, huérfano de tranquilas y martingalillas, toreo verdad, dando al enemigo todas las ventajas para dominarle a fuerza de inteligencia y de valor, no han toreado nunca ni *Lagartijo Chico*, ni *Lagartijo el Grande*, ni Fuentes, ni Bomba, ni *Espartero*, ni *Machaco*, ni nadie.

"¿Pero qué hace este hombre soberano, que no hayan hecho *Lagartijo*, *Guerrita*, *Bomba* y los *Gallos*? Pues hace todo lo bueno que éstos hacían, pero mucho mejor todavía. Apretándose más con el enemigo, paseándosele cien veces por el pecho; llevando la cabeza del toro materialmente empapada en los vuelillos de la bandera, con los pies clavados en tierra; jugando únicamente los brazos, pero sin dar a los toros excesiva salida al dejarlos en su terreno. Porque Belmonte ejecuta el pase natural girando el cuerpo sobre sus talones, mientras, recogido el bicho en la muleta, desdobra el brazo lenta y elegantemente, como si la fiera fuese amarrada con un hilo irrompible al pie del engaño. Y

todo ello con un dominio pleno, absoluto, de la suerte, practicado con tan singular frescura, que el corazón del espectador late con violencia y a impulsos del entusiasmo parece que quiere salirse por la boca.

"Belmonte es un torero que hace saltar las lágrimas.

"Es el toreo de *Lagartijo*, el toreo del *Guerra*, el toreo del *Bomba* y el del *Gallo*, con las cartas boca arriba, sin trampa ni cartón. El toreo bueno. A cada pase se va quedando con el toro, hasta que lo convierte en una bizcotela. Faena que siempre hemos aplaudido, porque se prueba que la inteligencia y el arte concluyen por vencer a la fuerza bruta. Pero necesariamente el final de esta faena no emociona en igual grado que el principio, porque el peligro va menguando a medida que se sobrepone a la fuerza el arte del lidiador.

"Con Belmonte no ocurre esto. El último pase es de tan gran efecto como el primero. Yo he dicho que no se aprovecha de ninguna ventaja en la lucha. Al concluir la faena le pasan los cuernos del toro a los mismos dos milímetros del pecho que al principio. Porque no usa las piernas para recobrar terreno, sino que manda con los brazos y coloca al bruto en el lugar justo que le conviene.

"El bicho bravo, duro de patas, que se revuelve, le atropellará muchas veces, y hasta puede

que le derribe; pero no le hará gran daño. A no ser que le recogiese y se hiciera con él, cosa que ni se puede prever ni evitar en todos los casos.

"Porque Belmonte, una vez rematado el pase o la verónica, al pararse ante la cara del animal, larga tela en firme, estirando el brazo por sí al cornúpeto se le ocurre cornear.

"Es decir, que el embroque no le puede coger nunca desprevenido.

"Creo que si este enorme torero da al fin con un tranquillo para matar, porque en esa suerte está aún en las primeras letras, será la figura más grande de la tauromaquia antes de dos años.

"Y creo también que encontrará pronto una manera de matar, porque quien logra dominar el formidable poder de un toro con la pasmosa facilidad de Belmonte, mano a mano, con la fiera siempre en pelea igual, astuta y emocionante, no le será difícil encontrar un modo de colocar la espada en el morrillo, si es cierto, como aseguran los grandes técnicos, que a los toros se les mata con la muleta.

"Y muleta como la de Belmonte no la habido ni hay, y es muy posible que no se vuelva a ver otra.

"SÓLO CON UN PIE.—Belmonte no necesita de las piernas para torear. Este gran recurso de Vicente Pastor y de *Bombita*, que les permite

mucho arrimarse al peligro porque cuentan con piernas de acero para salirse de él, si el caso apura, no lo necesita Belmonte. ¿Por qué? Porque le basta el poder mágico de sus brazos para librarse con ellos del peligro.

"Ayer lo demostró Belmonte. Resentido visiblemente de un pie, casi no podía dar un paso, y casi arrastrando abrió el capotillo frente a su primer toro.

"¡Qué tres verónicas tan estupendas, pasándose el bruto de testuz a rabo por la pechera de la camisa, a dos centímetros de ella! ¡Qué farol tan monumental con los dos pitones por bajo del capote, rozándole las rodillas! ¡Qué media verónica y qué remate, pegándose al costillar y quedándose de espaldas ante los dos pitones! A mí se me saltaban las lágrimas.

"Y luego, en la faena de muleta con este toro, cómo empapó, cómo cargó la suerte ligeramente, sólo lo preciso para dejar pasar el bruto; cómo recogió y cómo remató.

"Y lo más asombroso, lo que mayor impresión me produjo, fué que si el primer pase resultó artístico, lucido y peligroso, el último fué tan peligroso, tan lucido y tan artístico como aquél.

"Esta manera de torear me recuerda la del valeroso camorrista que anda a puñetazo limpio con un tremendo camarada. En cada encuentro le derriba en tierra; pero no se aprovecha de la ventaja para caer sobre él y rematarle, sino que

enfrena su furia, ayuda a su rival a levantarlo y, ya en pie, comienza de nuevo su pelea.

"Belmonte no se aprovecha del destroncamiento que causa a los toros el maravilloso juego de su muleta. Los desafía, siempre desde el mejor terreno para su enemigo. Y es que sabe que mientras él tenga en la mano aquel trapo rojo enrollado en un palito, el peligro que pueda correr su vida es más imaginario que real.

"Ayer, en sus tres toros, estuvo con capa y muleta a la misma altura, a una altura inconmensurable, a la que nunca alcanzaron los colosos de la tauromaquia.

"Con el estoque, muy mediano. No por falta de valor, porque ataca con fe y decidido, sino porque no ha encontrado la manera de matar.

"Dará muchas veces grandes estocadas, cuando los toros se le metan francos en la muleta, y otras muchas se eternizará pinchando, cuando los bichos se encojan, adelanten, desarmen o no dejen pasar. Pero para todo eso tiene recursos el brazo de la muleta, que es el que mata. Belmonte no tardará en enterarse de ello, y entonces matará mucho, más que la fiebre amarilla."

\* \* \*

"Sería yo un estúpido o un insensato si creyera que la revelación de Belmonte ha de ser catapulta que derribe de sus pedestales a *Bom-*

*bita*, *Machaquito*, *Pastor*, *Gallo*, *Joselito*, por no citar otros grandes astros de chupa y coleta.

"Belmonte aun no puede resistir la comparación con ninguno de ellos, porque carece de esa suma total de conocimientos que es indispensable para poder usar el título de maestro.

"Belmonte, hasta la fecha, no practica más que el toreo de verdad, el de buena fe, y lo practica a la perfección como ningún otro.

"Pero hay otro toreo, que generalmente se aprende antes que el bueno, que es el toreo de defensa, el de recursos, el efectista, para entusiasmar a las alondras cuando vienen mal dadas; toreo que adquiere distintas formas y que es el que generalmente usan las grandes estrellas. Un toreo que consiste en comprometer poco, impresionando con gran intensidad a la incauta muchedumbre.

"Por eso hoy, en singular contienda, Belmonte no resistirá el empuje de un *Joselito*, pongo por estrella, aunque seguramente los lances mejores de la corrida se apuntarían en el "carnet de Belmonte".

"Pero existen banderillas, existen pases efectistas agarrando el pitón al rematar, existen largas afaroladas y una multitud de recursos que, todos unidos, inclinarían la balanza del lado de *Joselito*.

"Y, sin embargo, *Joselito* no es un fenómeno del toreo, aunque sea un caso extraordinario de

precocidad, y Belmonte sí. Porque éste torea de capa y de muleta como nadie ha toreado, porque sí, por inspiración, porque “nació para eso”. Porque al nacer, como se había roto en el cielo el molde donde se vaciaban los buenos toreros, el Supremo Hacedor tomó barro entre sus dedos, modeló precipitadamente una escuálida figurilla de hombre, sopló con sus augustos labios en la divina masa y exclamó, arrojando al mundo la obra recién hecha: “¡Ahí va un torero!”

”Y aquel barro modelado por el Supremo Arquitecto cayó en Triana, y cuando se cristianó en la parroquia correspondiente se le puso el nombre de Juan Belmonte.

”El es feo, muy feo, cargado de espaldas, algo patizambo y de mentón largo y caído. ¡Pero, señores, está hecho por el mismo Dios, y cuando se abre de capa y despliega la muleta prodigiosa recuerda a su Divina Providencia.

”¡Belmonte es un fenómeno!—DON MODESTO.”

¿Vale la pena el publicar íntegramente esta memorable reseña? Nadie con más autoridad entonces que Pepe Loma para señalar el acontecimiento.

Pero si no era bastante, allí estaba el testimonio de otro testigo ocular, voto de enorme calidad, *Corinto y Oro*, que hoy mismo, soltándose el pelo, jura y perjura que en Madrid, como acontecimiento, no se ha registrado nada parecido.

“Desde las seis y cuarto de aquel día, hora en que terminó la fiesta de Belmonte, hasta el día de hoy, ya no se ha vuelto nunca a omitir el nombre de fenómeno, y cada día con más calor, cuando se discute en las tertulias taurinas.”

Y de entonces son estos juicios atinados:

“Un cuarto de hora antes de la corrida, en la mesa del café, me decía un torero grande, conocedor de los secretos más íntimos de la profesión:

”—¡ Va usted a ver una cosa extraordinaria, estupenda, inconcebible. Como le salga un toro que medio embista nada más, el público en pleno, como movido por un resorte, se pondrá de pie, loco de entusiasmo y levantado del asiento por la emoción al tiempo de dar un grito ensordecedor, pronunciando esta palabra con todas las fuerzas de sus pulmones: ¡OLE!

”Y lo vi como lo escuché, y el que me lo dijo no era sospechoso; las anteriores palabras las pronunciaba Bienvenida.

”Dichas por un torero de esta clase, ¿debía o no creer en ellas?

”Manolo Mejías conocía el “pañó”. Salió el toro—los toros que medio embistieron—, y el público, como Manolo me había pronosticado, se levantó una, dos, tres, cuatro, ¡catorce veces!, al tiempo de pronunciar un estentóreo ¡¡olé!!

”¿Qué haría ayer Juan Belmonte?

"¿Y mañana, pasado y al otro lo hará también?

"Hay quien dice que no, porque esa manera de torear es una oposición a la sepultura; pero hay quien dice... ¡que aun hará más! Que si los toros de ayer eran chicos ya saldrán los grandes, y que con el grande y con el chico, y con el que salga embistiendo...

"¡¡Que aun hará más!!

"(¡¡¡!!!).

"Con el alboroto que armó el gran torero de Triana, la Empresa de Madrid vió el cielo abierto. Tan abierto, que el Sr. Echevarría se tiraba de los pelos porque Juan y Currito no tenían fecha libre para que torearán en Madrid todos los días laborables. ¡Ya lo creo! Precios de corrida de toros y seis mil reales a Belmonte! ¡Un presupuesto en el que casi todo era ganancia!

"Cuando pasan rábanos se compran. ¡Y pasaban cientos de manojos de rábanos, cuyas hojas eran billetes de a cuatro mil reales! ¡Las arcas se hinchan!—decía Echevarría—. ¡Belmonte, Belmonte! ¡Alegrémonos de haber nacido!...

"El día 10 de abril torearón Posada y Belmonte su segunda corrida en la catedral del toreo. Volvió el trianero a emocionar a la gente y la cédula de Juanillo iba haciendo méritos para ser conservada en la Biblioteca Nacional."

## CAPÍTULO XIV

### LA POPULARIDAD

**Belmonte en las calles madrileñas. — Un caso como hay pocos. — Aparece el doctor Serrano. Un plan curativo, y aquella misma noche... — Otra vez en los cerrados. — Belmonte no descansa. — Otra vez camino de Madrid. — Una anécdota que debe conocerse.**

Al día siguiente de esta corrida memorable Juan Belmonte ya no podía materialmente caminar por Madrid. Pocas veces se ha registrado un caso en que todos los periódicos, a una, llamaran la atención sobre este detalle admirativo, que había despertado el torero de Triana.

¡Y lo extraño era que daba pena ver aquella criatura! Andaba por las calles cayéndose a pedazos. Era algo, en lo simbólico y aun en lo artístico, parecido a aquel malogrado genio Usandizaga, que arrastró su triste enfermedad por Madrid después del enorme triunfo con aquella excelsa partitura de *Las golondrinas*, colocándo-

se de un golpe sobre todos los compositores de aquella fecha.

Belmonte estaba seriamente enfermo. Su rostro amarilleaba más de la cuenta; las orejas se le traslucían; se observaba en él visiblemente la fatiga.

La misma noche de la segunda presentación en Madrid, el culto escritor Fernando Gillis, *Claridades*, se encontraba con el apoderado de Belmonte, el periodista sevillano Antonio Soto, interesándose por el estado de Juan.

Había visto cómo el gran torero, la segunda tarde de su actuación en Madrid había toreado, y dolíase que, falto en absoluto de facultades, pudiese algún día, en flor, cortar un toro una carrera que prometía ser brillantísima.

“Precisa que ese muchacho se cure radicalmente antes de volver a torear. Es una pena que salga así a lidiar toros (decía *Claridades* a Antonio Soto); ¿por qué no le aconseja usted que vea a D. Miguel Serrano? Este es un médico notable, enamorado del arte de Juan, y seguramente se interesará mucho por curarle. Aconsejele que vaya a verle, que le reconozca, que le cure. ¡Sí, que le cure! Sería una pena, que tan gran torero se malograra.”

Y decía esto Fernando Gillis con vehemencia, poniendo empeño por la salud de Belmonte, como por la de un ser con el que tuviese antigua y cariñosa amistad.

Belmonte necesitó regresar al día siguiente a Sevilla, porque tenía pendiente una corrida con Posada, en la que había mucho comprometido; pero al final de esta fiesta, ya no pudo más y se vió obligado a someterse a un plan curativo.

El eminente doctor Serrano, llamado urgentemente, marchó a Sevilla, y después de observar a Belmonte, dispuso que en absoluto abandonara la profesión temporalmente, marchándose al campo; pero sin acto ni contacto con los toros, y sí únicamente para gozar de los beneficios del aire, del sol y de los alimentos.

Y hay un caso muy curioso que revela el temperamento extraño de Belmonte, y que Francisco Gómez Hidalgo cuenta de manera donosa en uno de los episodios de su libro, episodio que aquí extracto yo:

"Parece ser que, al regresar Juan Belmonte, aquella misma noche, de la visita de Serrano a acompañar al médico a la estación, se encontró —al disponerse a atravesar el Puente— a varios chiquillos de catorce a dieciséis años, el mayor de ellos, que le saludaron con respetuosa admiración.

"—¡Buena suerte Juan, y que haya salud!

"Belmonte les detuvo cariñoso, y les preguntó que a dónde iban.

"—Vamos a Tablada. Hoy es una buena noche, porque los vaqueros están en Sevilla.

”—¿Quieres venir con nosotros?—preguntó uno de los más decididos.

”Juan quedó pensativo unos momentos, y al fin dijo:

”—Hombre, sí; me vais a esperar aquí mismo, a la salida del Puente. Voy a casa a cambiarme de ropa, para no llamar la atención.

”Y Belmonte llegó a su casa, se puso a cenar con sus hermanos y con sus padres, y muy pronto se retiró a su habitación, pretextando un fuerte dolor de cabeza, y con las mismas zapatillas de torear, un pañolillo de seda, un traje viejo, la gorra y el capote de las primeras bregas, que todavía guardaba como reliquia en el armario de luna de su cuarto, echó para la calle, de puntillas, corriendo hasta ahogarse, en busca de sus nuevos amigos, que ya le aguardaban impacientes en el sitio que les había indicado. Y Juan cuenta de esta manera la anécdota:

”Llegamos al primer cerrado, y en contra de lo que esperábamos, en vez de saltar el toro, saltó el guarda, y hubo que huir a uña de caballo, sin caballo. Y nos tuvimos que echar a la busca de otro cerrado. Y la operación de conseguir reunir el ganado y desplazar alguna vaca codiciosa fué obra más que difícil. Pero materialmente nos hinchamos de torear, y eso que la luna abrileña—era el día 14 y hacía un frío tremendo—parecía materialmente escondida entre las nubes.

"Belmonte se entusiasmó toreando a un toro, padre, que parecía celoso de las vacas. El cornúpeto arremetió con furia y el torero valiente, creciéndose cada vez más, le dió a la verónica un sin fin de lances, llegando un momento en que sus amigos, entusiasmados, prorrumpieron en gritos y aplausos, dando lugar a que los vaqueros acudieran al tumulto, y otra vez público y actuante, tuvieron que apelar a la huída.

"Cuando, ya amaneciendo, volvían los arrapiezos con Belmonte a Triana, al llegar al Puente, les dijo con cariño:

"—Ahí van esos cinco duros para todos. No digáis *ná*, hacerme el favor. Porque luego se comenta por ahí, y la gente me va a tomar a broma."

Vivió Belmonte separado de los ruedos veintitantos días. No fué Juan al campo, ni tampoco tuvo un minuto de sosiego, porque ya convertido en fenómeno, en su casa el desfile de amigos era continuo, llevándose a los colmados y a las fiestas íntimas, en las que no faltaban las mujeres.

Juan no se sabía defender entonces de ellas, y comprendiendo el propio diestro que era peor el remedio que la enfermedad, volvió a vestir el traje de luces en Alicante, alternando con Navarro y Posada en la lidia de seis novillos de Carrero.

Y desde este día hasta el 12 de junio, que se

presentó en Madrid, con ganado de Esteban Hernández, en una corrida, mano a mano con Posada, Belmonte toreó varias corridas, no sólo sin permiso del doctor Serrano, sino de todos los médicos que le veían en las plazas por donde pasaba y que juzgaban una locura criminal esta quimera del muchacho.

—Pero yo—dice Belmonte—seguía riéndome de todos los planes facultativos. A mí me pedía el cuerpo torear, y no había quien me pusiera coto en tal empeño.

—Y hay que ver—sigue diciendo Belmonte—la vida que yo llevaba; del tren al automóvil, del automóvil al coche, del coche a la plaza. Y me han pasado cosas muy graciosas. Cosas que yo te cuento a ti (dice hablando con el autor de este libro), y que no sabe nadie más que tú, los interesados y mi cuadrilla.

“Una vez íbamos camino de un pueblo de la provincia de Sevilla. Habíamos bajado del tren y llevábamos contadas las horas para torear y volver de nuevo a meternos en otro vagón del ferrocarril.

”Era en época de elecciones, y al atravesar por una aldea, nos salió a la carretera un individuo a quien acompañaban el sargento de la Guardia civil y dos números.

”—¿Es usted Juan Belmonte?

”—Soy yo—contesté.

”—Pues a la vuelta de la corrida que va us-

ted a torear esta tarde, es preciso que nos dé usted una sesión belmontista esta noche, en la plaza Constitucional. Yo, por si acaso, he convocado a todo el pueblo, porque está aquí el candidato del distrito, y no hay más remedio que celebrar su presencia de alguna manera.

"En vano (dice Belmonte) quise negarme a la demanda. La primera autoridad municipal de aquella aldea me dijo muy finamente que si no le complacía en cosa tan *fácil* me llevaría a la cárcel y me tendría incomunicado por lo menos un par de semanas, para que fuese haciendo boca.

"Y no había más regreso para el tren que por aquella carretera, y no tuve más remedio que resolverme para salir del atramco.

"Al cumplir mi compromiso en la corrida contratada, ordené a mis compañeros de cuadrilla, que eran Calderón, *Vito* y *Pilín*, con el picador *Chaves*, que no se despojaran de la ropa de torear. Y en el mismo automóvil me fuí derecho al feudo del alcalde. Y en la plaza del pueblo hicimos alto, cuando ya en los tablados aparecía colgada la gente y la rondalla atacaba el pasodoble de *Machaquito*.

"*Chaves* montó en una mula del alcalde; la cuadrilla se alineó y dispuestos a todo salimos a entendérnoslas con los seis mozos más brutos del pueblo, que encerrados actuaban de moruchos. Resultaron aquellos mozos unos infeli-

ces, que embestían muy derecho y siempre cara al engaño. Yo me harté de adornarme y siempre remataba con sus buenos guantazos a pleno rostro. Por fin, nos dejaron ir, no sin antes sacarme el mismo alcalde cuatro duros para una novena en que había que pagar a un predicador.”

Para esto y para otras cosas daba la vida de ajeteo de Juan Belmonte, hasta que llega el fenómeno a Madrid y torea el 12 de junio, presentándose tan lastimosamente, que se cayó media docena de veces en la cara del toro, dando la sensación de que a aquel pobre muñeco se le concluía la cuerda.

Fué entonces cuando *Don Modesto* hubo de decir:

“¿Resumen?”

“¡Cinco verónicas sin enmendarse!”

“Lo más suave, lo más templado, lo más emocionante que nunca se ha visto.

“¿Y quién ha sido?”

“¡Juan Belmonte! En la enfermería, en la cama de la derecha, darán razón a ustedes.

“Y que allí continúe, siquiera para descansar un par de meses, por lo menos.

“Y después..., mucho campo.

“Y luego muchos *bistecks*, a ser posible con muchas patatas.”

## CAPÍTULO XV

### LA ALTERNATIVA

**Un nuevo paréntesis. — Tres meses de descanso. Cómo conocí yo a Belmonte. — La política de este torero. — Belmonte, callejero. — Las diversiones de entonces. — Una representación del “Tenorio” malograda. — Los nuevos amigos. — Los pucheros de Antoñito. — Hacia la alternativa. — Nuevo juicio de “Don Modesto”. — Belmonte escribe. — Una pregunta de Gómez Carrillo. — Camino de París. — Juan se embarca.**

La imposición del doctor Serrano, el consejo que desde los periódicos lanzaron a Belmonte las plumas autorizadas de *Don Modesto*, Gillis y Maximiliano Clavo, le decidieron, por fin, a poner punto en la pelea.

Seguía viviendo Belmonte en un piso segundo de la modesta casa de huéspedes de la calle de Echegaray. En aquellos mismos días hizo estrecha amistad con Justo Larios de Medrano, con

Pedro de Répide, con Leopoldo Bejarano y con el que estas líneas escribe.

Yo voy a contar lisa y llanamente cómo hice mi amistad con Juan Belmonte.

Dirigía yo por entonces en Madrid un periódico diario de historia honrosa en un principio; de escasa divulgación en sus postrimerías. Como ya ha muerto, no le molesto a nadie si le nombro. Era un periódico republicano, credo en el que nació mi padre, he continuado yo, y quiero morir abrazado a él. El periódico se llamaba *España Libre*.

En Sevilla, donde yo había ido en una ocasión a presidir, en nombre de la Conjunción republicanosocialista, una manifestación de carácter anticlerical, y en otra a tomar parte en un mitin, en el que hablaron algunos exaltados republicanos de entonces y hoy redomados traidores a la causa democrática, tuve ocasión de conocer a algunos sevillanos, que a su condición política unían ya la de su profesión taurina en el credo de Juan Belmonte.

Era por los meses de otoño de 1912; Juan Belmonte había conseguido ya alborotar con su prestigio todo el cotarro taurino. Y resultaba que el diestro de Triana tenía un historial político de mucha consideración.

A los catorce años, Juan Belmonte pertenecía al orfeón de la Juventud Republicana de Sevilla, estando agrupado, además, a la Sección

del barrio de la Feria, que se distinguía por sus entusiasmos, disciplina y amor a la causa.

En la actualidad, Belmonte, sin ostentaciones ni alharacas, sigue fiel a sus principios, sin que le asusten los radicalismos, pero con un gran respeto a todas las opiniones, y haciendo la vida democrática y honesta en absoluto retraimiento de todas las fracciones y partidos que actúan.

Uno de estos amigos, que ahora vive poderoso ejerciendo su profesión de abogado en Buenos Aires, me escribió desde Sevilla el día que Belmonte vino a debutar a Madrid.

En la carta me decía que, conociendo el temperamento de Belmonte, estaba bien seguro que no había de procurar por recomendaciones de ninguna clase en los periódicos. Y como todo hacía falta, y mi amigo era un entusiasta del bueno de Juan, me pedía que yo hablara a mis compañeros los críticos de los mejores diarios, para que tuvieran en cuenta a nuestro correligionario.

Yo confieso que no hice una sola recomendación; pero al estrépito que armó el éxito, me despaché como pude en mi periódico con un artículo, que publiqué nada menos que de fondo, y con el título *¡Viva mi niña y viva mi niño!*, en cuyo artículo cantaba yo con el mismo fuego a la República que a Juan Belmonte.

Sostenía yo en aquella época lo mismo que

debe sostenerse en todas las épocas, y es: que para defender las causas cuando se defienden noblemente, hacen falta tanto la inteligencia como el corazón, entendiendo que Belmonte, bañado en las esencias democráticas, estaba capacitado para todo.

Por aquellos días vino a verme a casa Paco Gómez Hidalgo, y, sin saber cómo, me llevó a casa de Juan Belmonte para conocerle.

Ni él hizo alusión a mi artículo ni yo hice alusión a la carta que había recibido recomendándomele. Pero aquella misma noche nos echamos a la calle; juntos y puestos de acuerdo, burlamos la vigilancia del cortejo, que era bien numeroso y de lo más escogido, y nos dimos a rodar por los suburbios, seguro Belmonte de que no le conocerían y podría libremente caminar a sus anchas.

Estuvimos en un cafetín económico de Jacometrezo, nos abismamos por los laberintos del Horno de la Mata, ahondamos por la calle de Ceres. Y en una esquina famosa que comunica con la calle de la Flor, una *dama de noche*, muy digna, sujetó al torero por un brazo, invitándole a unas horas placenteras.

—¡Anda, vente conmigo! Me gustas precisamente por lo feo que eres, ni que fueras Belmonte.

Juan me hizo una seña de inteligencia, y se despidió con una reverencia de la inoportuna:

—¡No, déjame! Yo soy un hombre de muy buenas costumbres.

Y, en efecto, los días que Juan Belmonte pasó en Madrid, ya en la compañía amable de Ramón Pérez de Ayala, Enrique de Mesa, Valle-Inclán, Sebastián Miranda, Julio Antonio, Paco Sancha, etc., con los cuales entabló relaciones efusivas, que hoy le duran—sin contar con la del malogrado Julio Antonio, el glorioso escultor—, nuestro héroe se dedicó a hacer algunas excursiones camperas, como aquella del *Quemadello*, propiedad del ganadero D. Manuel Aleas, a la que asistió el ex torero Bernardo Hierro, con *Claridades*, Luis de Tapia, Pérez de Ayala, Miranda y Valle-Inclán.

En esta fiesta, en la que hubo derribo, acoso y lidia de becerras, el maestro Valle, con más denuedo y bizarría que nunca, montó a caballo y enseñó a los atónitos concurrentes cómo se echa el lazo en las tierras de México a los toros. Y cómo se puede comer una cucharada de arroz hirviente sin que se queme el paladar.

Por entonces iba Juan todas las noches en mi compañía a cenar al Retiro, visitando los teatros abiertos, cosa que le gustaba mucho o encerrándose a leer en el estudio que en Alfonso XII tenía Miranda, haciendo en ese estudio vida de bohemio, a base de macarrones y pescado frito, todo ello salpicado con la visita de algunas gitanas que posaban de modelo para no

sé qué fantástico monumento, y en las sesiones de cante y baile flamenco, en las que actuaban como protagonistas el propio Julio Antonio y el caballero aristócrata Julián Cañedo.

En aquel mismo estudio, un buen día, y no sé cómo, se convino en hacer una representación a puerta cerrada de *Don Juan Tenorio*. El reparto no dejaba de ser interesante:

El papel del protagonista se le confió a *El Duende de la Colegiata*; el de doña Inés, a la cancionista *Manón*; el de doña Brígida, a una actriz que luego figuró mucho en el teatro, al lado de la Fábregas, y que en las ausencias del ensayo era sustituida por el propio Valle-Inclán.

El papel de Mejía estaba encomendado al propio Juan Belmonte; el Ciutti lo representaba muy mal, por cierto, Sebastián Miranda; yo era un mediano Don Gonzalo; el escultor lo interpretaba Gómez Hidalgo.

Tomamos con mucho ahinco los ensayos y nos pasábamos tres y cuatro horas dándoles que les darás a los versos de Zorrilla.

Y ya, cuando estaba para la última mano, y repartidas las invitaciones, se nos fugó Don Juan, camino de Barcelona, y detrás de otra doña Inés del alma mía, pasando después a Italia, en busca de aventuras, y quedándonos a los demás con un palmo de narices y sin poder dar la representación.

En estos días, Belmonte yo creo que olvidó en

absoluto su condición de torero, hasta el punto de que rehuía el contacto de las tertulias de aficionados; no abría las cartas que desde Sevilla le dirigía su apoderado Antonio Soto; no contestaba los telegramas en que se le solicitaba para torear cuando estuviera bueno.

Y como su fiel mozo de estoques, Antofito, verdadera sombra pegada siempre al cuerpo de Juan, hiciera algunos puchereros, al ver a su ídolo en aquellos pasos, Belmonte tuvo que decirle:

—Lo más serio es vivir, Antonio. Déjame que la goce, que tiempo me queda de seguir penando.

Algo se fortaleció Belmonte en aquellos meses de julio, agosto y septiembre, pero con las glorias se fueron las memorias, y con las memorias el poco dinero que tenía ahorrado. Volvió, pues, la escasez en la familia, y el diestro tuvo que sacudir la melena y agarrarse otra vez a torear.

Coincidió esto con una tentadora oferta que le hicieron desde México, ofreciéndole buen número de corridas y un beneficio libre. Y como de todas partes de España llovieran peticiones, solicitando que aceptara contratos, Juan se decidió por las plazas de Jerez de la Frontera, Sevilla, Toledo, Orihuela, y últimamente en Madrid, donde tomó la alternativa de manos de *Machaquito*. En esta corrida se lidiaron hasta once toros: ocho de Bañuelos, uno de Olea y dos de Guadalest.

El propio Antonio Soto, representante bueno y leal amigo de Belmonte, refiere, a propósito de esto:

"Fué aquélla una corrida de emociones. Yo no sufrí más congojas en toda mi vida. ¡Puse tanta ilusión en esta alternativa!"

Y *Don Modesto* sintetiza el trabajo de Juan en la siguiente forma:

"Si ayer no se rompió la frente contra el suelo fué precisamente por ser un fenómeno.

"De esa manera de torear Juan de capa, haciendo de los toros mansos, bravos, y de los bravos, cumbres de sangre; esa manera de jugar la muleta, en lucha franca, y cara a cara con el bruto, que le lame cien veces los alamares de la chaquetilla, no tiene, ni ha tenido igual nunca en la lidia de los toros.

"Es un asombro; es un caso increíble si no se viera. Es un fenómeno.

"Yo confieso que no me acuerdo de Rafael *Lagartijo* ni de Salvador *Frascuero* cuando veo torear de capa a Belmonte.

"Cuando éste lo hace no puede uno acordarse de nadie, porque torea como nadie.

"Si *Guerrita*, *Frascuero* o *Lagartijo* ganaban seis mil pesetas cuando se retiraron, Belmonte, sólo por torear de capa, debía ganar sesenta mil.

"Ni *Guerrita* ni nadie torea de capa como ayer toreó Belmonte a su último toro.

"Habrá toreros que entretengan, que divier-

tan más, porque son más largos de conocimientos y pueden lucir en cualquier momento de la lidia. Eso es indudable. Pero torero que toreado de capa y de muleta llegue al fondo del espíritu del espectador y le emocione y le asombre y le estupefacte, eso sólo uno: Juan Belmonte.

"Si será grande el poder de este fenómeno, que ayer, después de una desesperante corrida de bueyes, con el ánimo echando lumbre al sentir la burla que de la afición se estaba haciendo, y cuando al público le faltaba poco para estallar como un triquitraque, Belmonte, en el sexto, hizo tales cosas toreando con la capa y otras tales toreando de muleta, tan estupendas, tan maravillosas y enormes que casi se olvidó el público de la tormenta que había pasado y rompió a aplaudir, y sus mejillas se enrojecieron de alegría y entusiasmo.

"El torete fué protestado al presentarse en el ruedo porque, realmente, no era digno de figurar en una corrida seria de tanto trapío; pero agotadas las fuerzas del público, y temiendo éste que el becerrete fuera substituído por otro de Bañuelos, tomó la determinación de callarse, deseando que la detestable fiesta tocara pronto a su fin.

"Belmonte tendió el capotillo ante el cornúpeto, y dejándolo llegar—aquí pongan ustedes todos los adjetivos rimbombantes que quieran,

que todos juntos, unos encima de otros, no darán idea exacta de la hermosísima realidad— dió cinco lances con los pies clavados en la arena, el busto erguido, jugando únicamente los brazos, únicamente.

Los cuernos del bruto rozaban a cada pase por la boca del estómago del lidiador, que cada vez se apretaba más. El cuerpo del toro y del torero disminuían de tamaño porque casi se abrazaban. ¡Un asombro!

"Dos pases naturales, corriendo la mano prendido el hocico del toro en los vuelos de la muleta y dando tripita, para demostrar que no había encorvamiento, y con la barbilla metida en el pecho, y con la mano del engaño baja, describiendo lentamente un semicírculo y enmendarse sobre los talones para buscar la cara del toro; y así, dando pases indescriptibles, continuó el trianero.

"¿Quién ha toreado nunca mejor?

"Es lo mismo que se haga con un toro, que se haga con un perro o un gato. Siempre será estupendamente admirable.

"Ya veremos si con toros de muchos pitones se puede hacer.

"Estoqueando, ¿quién es peor, *Enagüitas* o *Manteles*? ¿El *Enagüitas*? Bueno: Belmonte es peor que el *Enagüitas*.

"Resumen... ¡Ya es matador de toros Juanito Belmonte!

”¿Matador de toros, dije?

”Belmonte, con el capote y la muleta es un fenómeno.

”¿Durará mucho?

”Eso los toros lo dirán, si no le mata un toro; pero este toro habrá matado al mayor fenómeno que hasta la fecha ha tenido la tauromaquia.

”No lo duden ustedes.”

En aquellos días Juan estuvo en Madrid preparando su marcha a Cherburgo, y con sus íntimos amigos, los que después ya le acompañaron y acompañan en sus andanzas taurinas: Fernando Gillis, Miguel Serrano, Justo Martínez (ya fallecido), Manuel Elías, Luis de Tapia y Juan Corrales, paseó por Madrid, a la espera del momento de la partida.

Entonces un periodista solicitó de Belmonte una noticia sobre el primer dinero que ganó, y Belmonte contestó por carta, muy graciosamente, la demanda, diciendo lo que sigue:

“La verdad, yo antes de ser torero he sido ladrón. Y lo digo procurando que cuando estas líneas se publiquen me haya dado tiempo a pasar la frontera.

”Verán ustedes: todas las tardes, cuando tenía siete años, me gustaba ir con mis amigos a ver entrar en el puerto de Sevilla las embarcaciones. Un buen día—fué allá por el mes de diciembre—jugaba yo con otro amigo mío, que

es hoy matador de toros también, y muy apreciado de la afición, cerca del muelle.

"Divisamos en un sitio de descarga varias sacas apiladas, que contenían batatas, de Málaga. Una de ellas dejaba asomar entre sus rotos magníficos ejemplares de ese fruto, y para qué les voy a decir a ustedes que los dos nos consultamos con los ojos, y mano a mano, vacíamos en un santiamén todo el saco. Luego, en la puerta de la Carne, y por cinco reales, entregamos a un verdulero toda la mercancía.

"Aquel trabajo—un poco peligroso— me proporcionó el primer dinero que gané en mi vida.

"¿Quieren ustedes saber más?

"Pues que Manolito, mi segundo hermano, tomaba la leche en biberón, y aquella noche no había biberón ni leche en casa; y que yo junté mis sesenta céntimos con una peseta que me dió mi padre y adquirí aquellos menesteres.

"¿Está bien aplicado mi primer dinero? Pues ni una palabra más."

Al mismo tiempo de esta confidencia, Juan Belmonte era requerido por el ilustre escritor Enrique Gómez Carrillo para que le diera una impresión de cómo y por qué se hizo torero.

Y el ya triunfante fenómeno, con una gran llaneza, y sin dar importancia a lo que escribía, dió esta contestación, que bien merece el conocimiento:

"Ilustre Sr. Gómez Carrillo: Yo sé que le

pondría en grave apuro si se me ocurriera pedirle por escrito sus impresiones "de cómo y por qué se hizo usted literato". Y digo esto porque su contestación no tendría más importancia que la autoridad de su firma. ¿Por qué se hizo usted literato? Pues porque nació usted literato. ¿Por qué me hice yo torero? Pues porque lo llevaba dentro.

"Me explicaré. Yo he sido, antes de torero, una porción de cosas; estuve al frente de la tiendecilla de quincalla que mi padre poseía en Triana; fuí revendedor callejero de calcetines y tiras bordadas; estuve empleado en una Agencia de Transportes; actué como peón en las obras de Tablada, y hasta salí a correr mundos alguna vez, atraído por mis sueños de aventura, que andaban todavía muy distanciados de los toros.

"Total: que llegué a los diecisiete años mirando para todos los caminos y sin saber cuál era el mío. Hasta los quince, me gustó jugar en la calle con los chicos, y creo que una de mis grandes pasiones fué esta de torear. Entonces, como ahora, estaba poco ágil de las piernas y mis amigos preferían que yo les torear a torearme ellos a mí. Mi especialidad eran las banderillas al cambio y el matar recibiendo, precisamente lo que después no he practicado ni por casualidad. No tenía entonces público ni cartel, y es claro que tampoco existen biografiadores que



Cómo lo ve Tovar

puedan relatar aquellas hazañas. Pero a mí me consta que hacía con el capote y con la muleta todo lo que hago ahora y un poco más, quizá.

"Aquellas faenas resultaban emocionantes por lo tranquilas y reposadas. Como, además de ser un gran perezoso, había poca agilidad en las piernas, yo me contentaba con estirar mucho los brazos, quebrar la cintura y girar sobre los talones. En eso consistía todo mi toreo. Además, por entonces tenía yo grandes aficiones filarmónicas, y recuerdo que, al compás de los lances, intercalaba algunas canciones, con música y letra mía, que eran muy celebradas por mis mismos amigos.

"Esto lo saco a colación por una aventura muy graciosa que me ocurrió en Valencia la primera temporada de feria que yo actué como matador. Se me dió la cosa muy bien en todos los toros. El día de los miuras tuve una verdadera borrachera de suerte; todo lo que intenté lo realicé sin la menor dificultad; y de pronto, sin saber por qué, me olvidé que estaba en la Plaza y me puse a cantarle al toro como les cantaba a mis camaradas cuando jugábamos en Sevilla. La cosa debió ser un poco escandalosa, porque entre barreras se hallaba mi amigo Joaquín Gómez de Velasco, que, más aturdido que yo, empezó a decirme:

"—Juan, déjate de músicas y acaba de una vez, que no está la cosa para bromas!

"Aquella noche me dió la manía por cantar y por torear, pues me hice el enfermo, me quedé en el cuarto de la fonda y me pasé largo rato ensayando suertes nuevas con las sillas.

"Pero sigamos con lo nuestro: cumplidos los dieciséis años, se nos presentó un mal día por las puertas de casa el Hambre, con todas sus desagradables consecuencias. Fué necesario disolver la familia, muy numerosa—mi padre no ha sido manco—, y por Asilos y conventos se desparramaron mis hermanitos, mientras yo, que era el mayor, me puse a luchar a brazo partido con la Vida, renegando de mi perra suerte, que no me había "condenado" a opulencia perpetua.

"¡Pero no crea usted que el hambre me decidió a torear! Nada de eso, señor...; gracias a Dios, yo soñaba entonces con otras cosas más prácticas, incluso con la de ser dueño de algún colmado como el de Eritaña, o la de tropezar algún día con alguna "varita de virtudes" que me resolviera cómodamente eso del "pan nuestro de cada día".

"En este año de verdadera tragedia, que, sin ser hombre ni ser muchacho, hacía a las dos cosas, creo que pasé por todo. Tuve novia, me emborraché alguna vez, fumé los primeros cigarrillos, aprendí todas las picardías, practiqué algunas y conquisté en buena lid el campeonato del *gilley*, juego de cartas que, como dice

el amigo Prudencio Iglesias Hermida, debe jugarse con el revólver entre las manos.

"A los diecisiete años ya cumplidos, comencé a torear toros. Los más grandes que he toreado nunca. Entonces, para poder avanzar una piedad mía le tenía que pedir permiso a la otra. Tan flaco y desmedrado estaba, que mi actual banderillero Calderón me sacaba todas las mañanas al sol y me obligaba a llevar en la mano derecha un enorme bastón de hierro, que yo me dejaba voluntariamente olvidado en todos los sitios donde parábamos a descansar.

"Creo que el placer más grande que he experimentado ha sido toreado. Y, como todo hombre vicioso o pecador, por algo rehuyo de hablar con las gentes de mis vicios y de mis pecados. Por eso se meten conmigo, diciendo que no soy aficionado, porque no discuto ni hablo de toros en las tertulias donde se cultivan estas aficiones, y hasta tal punto me gusta esto de los toros, que no constituye en mí una profesión ni un arte de vivir, y voy a decirle a usted una cosa, como prueba que no he dicho nunca a nadie, ni a mí mismo; no pienso retirarme jamás de ser torero. Cuando los públicos me arrinconen por viejo o por inútil, yo seguiré metiendo el capotillo allí donde me dejen, en los beneficios, en las fiestas patrióticas, en las mismas encerronas. Como cuando empezaba de muchacho.

"Porque es lo que yo me digo:

"Si mi amigo Luis de Tapia tiene la manía de hacer versos, ¿cuándo dejará de hacerlos? Si usted, Sr. Gómez Carrillo, tiene la costumbre de escribir esas cosas que todo el mundo admira y todo el mundo lee, cuando llegue usted a viejo, ¿dejará usted la pluma?

"De modo que torero soy y torero quiero seguir siendo. Y no le cuento a usted más cosas por no "repetirme", ya que mis lances en Tablada, en la venta de Cara-Ancha, en la Plaza de Sevilla y en la de Valencia, los han contado mucho mejor que yo lo haría escritores y periodistas, a los que ni puedo ni debo enmendar la plana.

"Sepa usted que soy torero por vocación, y que me hubiera gustado ser torero... a mi estilo.

"¿Puedo ser más honrado y más sincero en estas impresiones?

"Le saluda con mucho afecto y estrecha su mano

JUAN BELMONTE."

Y en la segunda quincena de octubre Juan Belmonte, en unión de un hijo de Natalio Rivas, y de D. Daniel Herrera, salió en el expreso de París, camino del puerto, donde había de embarcar para México.

## CAPÍTULO XVI

### MEXICO

**El 9 de noviembre. — Cómo fué la presentación en México. — La dichosa competencia. — Una carta de Gaona que lo explica todo. — Tirios y troyanos. — La cogida de Belmonte. — A sangre y fuego. — Cómo se escribe la historia. — El triunfador. — El canto de la baturra. — Belmonte y el general Huerta. — Otra vez camino de España.**

El 9 de noviembre de 1913 había de debutar Juan Belmonte en México, alternando con Vicente Pastor.

Como ya se dice en el capítulo anterior, Belmonte embarcó en un puerto francés, con dirección a Nueva York. Hizo la travesía en un barco rapidísimo, de los que hacen el trayecto en cuatro días y medio. Desde allí, por ferrocarril, se trasladó hasta la capital, haciendo el recorrido en otros cuatro días.

Juan llegó a México unas horas antes de su presentación en la plaza de toros.

La cuadrilla de Belmonte, compuesta del picador *Céntimo* y de los banderilleros Calderón, *Pinturas*, *Vito* y *Pilín*, embarcaron en unión del mozo de estoques, Antoñito, en un barco de la Compañía Transatlántica, que hacía entonces el viaje entre Cádiz y Nueva York.

Al llegar los subalternos de Juan a la gran urbe americana, fueron, como los demás expedicionarios, sometidos a esa rigurosa investigación de sanidad que se ejerce en Norteamérica, quedando allí detenido el desdichado Antoñito Conde.

Parece ser que el fiel amigo y buen servidor del torero sufrió, ya en alta mar, un catarro que le atacó a la vista. Los médicos, al reconocerle en Nueva York, se empeñaron en creer que se trataba de algo infeccioso, y a rajatabla dispusieron el ingreso de Antoñito en un sanatorio, establecido como lazareto, en un lugar inmediato a la ciudad.

No hay que decir el sufrimiento del desdichado Conde, y la angustia al verse sin sus compañeros, y en un sitio donde nadie le entendía, ya que Nueva York, digan lo que digan los termómetros, es uno de los pueblos más refractarios a hablar nuestra lengua.

Cuando Juan se enteró por su cuadrilla de la situación en que se hallaba su amigo Antonio,

cablegrafió a nuestro ministro en los Estados Unidos, pero éste le contestó que su mozo de estoques, obligado por el Gobierno yanqui, había vuelto otra vez a España.

Y en efecto, en Madrid apareció los últimos días de diciembre el devoto admirador de Belmonte, flaco, macilento y con una afección a los ojos, pero no del catarro, sino de lo mucho que lloró en aquellos días de cautiverio.

Juan estuvo en México desde el 9 de noviembre de 1913 hasta el 20 de febrero del año siguiente.

El diestro de Triana llevaba a la capital de la República una gran aureola, y no hay que decir que su presentación era allí esperada con enorme ansiedad.

La crítica se aprestó a juzgar su trabajo, y la afición, que ya conocía a lidiadores de tanto fuste y legítimos prestigios como Mazzantini, *Reverte*, Fuentes, Antonio Montes, *Bombita*, *Machaquito*, Gaona y otros, procuró con anhelo enterarse de la psicología de este lidiador extraño.

Y es claro que Belmonte, que iba rabioso de palmas y con la fuerza de su triunfal carrera en los cosos españoles, no defraudó ni mucho menos el entusiasmo y las esperanzas que en él habían puesto los mexicanos.

La crítica taurina de los grandes diarios de la capital mexicana reflejó aquellos entusiasmos

y pocas veces se han leído mayores elogios que los aplicados al arte del fenómeno. De recogerlos todos habría necesidad de dedicarle toda la atención y extensión a este libro. Tanto fué lo que allí se escribió en honor del torero sevillano.

Veamos algo.

*El Imparcial* decía:

“El perfil de Belmonte se ha puesto ayer de mayor relieve que cuando tuvimos noticia de su grato arribo a esta hospitalaria ciudad de México.

”Belmonte, en la calle, sin ningún adorno flamenco en su vestimenta; tipo de cansado; ojos que parecen haber visto mucho en la vida; aire místico y humilde; trato admirable, no parece ni de cerca ni de lejos la asombrosa figura taurina que muchas veces nos ha pintado el incomparable revistero *Don Modesto*.

”¡Y luego es preciso ver torear a este coloso! Es preciso verle para darse cuenta perfecta de que en él todo está en armonía; que se abandona de tal suerte a ese su juego terrible y mortal, que seguramente en aquellos momentos el mundo entero está encerrado para él en la estrecha *cuna* de sus adversarios y en las miradas enloquecidas de esas 20.000 pupilas que, clavadas en su persona, siguen, conmovidas por el espanto, toda la gracia audaz, toda la agilidad sorprendente que hay en sus movimientos.”

A su primer bicho lo toreó de capa colosal-

mente, y al reseñar la faena de muleta, escribe el revistero:

“Su hazaña con la muleta en este toro merece los honores del mármol y quedar esculpida en el más alto frontis del templo de ese arte fascinador del toreo.

”¡Qué cuatro pases naturales! Muchas maravillas se cuentan y muy raras hazañas se comentan de toreros de gigantesca talla; pero seguramente (y apelo para ello a los que de toros saben) para que conmigo levanten un clamor inmenso de hosanna hacia este Belmonte que con sólo esa faena tiene derecho para colocarse en el alto sitio de los maestros, ninguna más grandiosa, porque esos pases, ¡oh, afición!, quizá no vuelvas a verlos nunca, eslabonados en forma tan perfecta, con perfiles tan clásicos, con ademanes tan artísticos.

”No; es difícil que Belmonte mismo pueda engranar, en forma tan perfecta, una deslumbradora cadena de grandezas con la muleta, ni que vuelva a correr la mano con tan encantadora suavidad. ¡Y en qué terreno! En los mismos medios, y, a poder, yo habría de marcar con una piedra blanca, con una lápida votiva, el sitio mismo en que consumó la hazaña, como valiosa reliquia en el recuerdo de los aficionados.

”Podía no haber hecho más Belmonte en la tarde de ayer, y hubiera bastado con esa faena, fugaz como el relámpago y fascinadora como la

maravilla, para que las gargantas enronquecieran gritando ¡olés! a este diestro excepcional, que lleva en el rojo trapo el imán donde se prenden los júbilos, los triunfos y los entusiasmos. Pero no quiso; pródigo como un verdadero Nabat, siguió derrochando las riquísimas pedrerías de su arte, y, tras esos pases, consumó uno colosal y esforzadísimo de pecho, en el que la ensangrentada cornamenta rozó, con caricia mortal, la chorrera de la camisa, en el sitio preciso en que palpita, siempre tranquilo, siempre normal, seguramente, el corazón de este torero enloquecedor.”

Y *El Independiente*, periódico de mucha autoridad, añadía a este propósito:

“Se dice que Belmonte recuerda a Montes; se asegura que la efigie del nuevo astro es una remembranza de aquel lidiador que ya nos parecía algo nuestro. Error, inmenso error. Belmonte no se parece a nadie. Ya le vimos, ya no nos guía el criterio de ese fárrago de crónicas que hablaban de Belmonte como de algo sobrenatural. Ya le vimos, y nos parece que todos los elogios que se han dicho del fenómeno son tibios, incoloros; ¡Belmonte es más grande que su fama!”

Hubo otro revistero mexicano que describió la faena de Belmonte, en el toro primero que lidió en México, de la siguiente forma:

“Aquel primer toro de Belmonte era el de más

respeto de la corrida, bien puesto de agujas; hondo, grande y poderoso, que propinó monumentales costaladas a los picadores, dando lugar a que Belmonte hiciera un quite doble, el mejor, el más maravilloso que hemos visto hacer. Aquello no se describe, se ve. El que no haya contemplado a Juan Belmonte haciendo esa suerte no puede formarse una idea de ella. El torero empezó con una media verónica, de esas que le han dado fama mundial, y siguió con otra, tan pegada a los costillares, tan metida entre los pitones, que en toda la plaza estalló un grito de enorme entusiasmo; parecía que aquella multitud sólo tenía una boca, y que esa boca sólo sabía un nombre: el de Juan Belmonte.

"Suenan los clarines. Belmonte se arma, y primero se queda en mitad de la plaza solo, inmóvil, como perdido en un sueño de gloria, y allí, en mitad del ruedo, parece llenarlo por completo. Con la muleta en la cerrada mano y el estoque empuñado nerviosamente en la otra, con los negros cabellos alborotados sobre la frente, el labio inferior en un rictus de desafío y de desprecio, avanza. Lleva en los ojos como una llama; es la llama del triunfo. Avanza más aún, tiende el rojo trapo, parte la fiera y el lidiador la engaña con los maravillosos revuelos de su muleta, que pasa, en triunfador desafío, ante los abiertos ojos de la res, que en vano se

vuelve sobre el osado torero sin encontrar dónde clavar la punzante encornadura. ¡Bello espectáculo! ¡Bello hasta en sus menores detalles!

"Aquel fenómeno que antes parecía contrahecho, que antes parecía feo, se tornó hermoso; su cuerpo se agigantó y por sus labios corrió una sonrisa de desprecio a la muerte y por sus ojos pasaron relámpagos de triunfo.

"Un revistero de fantasía rica en imágenes, *Latiguillo*, dice que la muleta de Pastor es una garra, y es cierta la imagen; pero si la muleta del madrileño es una garra que sujeta sin piedad, la del trianero es fina mano enguantada que acaricia con nobleza.

"Vicente se apodera de los toros y los obliga y los destroza en unos cuantos pases de su poderosa muleta; Belmonte también se apodera de ellos, pero con una suavidad que no tiene igual.

"Vicente es un potente gladiador de las épocas nerorianas; Belmonte es un delicado justador de la corte del rey Sol.

"Lo que hizo con este quinto toro se recordará por muchos años, cuando se hable de una faena monumental; se traerá a la memoria la ejecutada por el fenómeno con el de Piedras Negras.

"En un palmo de terreno dió Juan ocho pases únicamente, pero a cual más maravillosos. Uno de pecho inconmensurable, al que siguió, en una arrancada, un molinete espeluznante. Y la fae-

na, coronada con un volapié acostándose en el morrillo y dejando el acero en todo lo alto. La ovación fué indescriptible.”

La presentación de Juan en México enardeció a los aficionados de tal manera, que muy pronto se crearon dos partidos irreconciliables, que en muchas ocasiones hubieron de llegar a las manos: el de gaonistas y belmontistas.

Rodolfo Gaona, para gloria de la afición mexicana, y es de justicia decirlo, ha sido uno de los toreros más completos y de más conciencia profesional que en España figuró y contendió siempre con los mejores lidiadores de su época.

En el libro *Otra época del toreo*, del que es autor *Corinto y Oro*, se presenta al torero de México tal cual es.

Buen torero, sin discusión. El clasicismo tiene en Gaona un muy decoroso representante. Su figura le ayuda mucho, pues le predispone muy favorablemente con el público; conoce bien el toreo y lo ejecuta erguido, parado, sobrio, inteligente. Además, sabe matar, y como banderillero, con decir que puede formar digna pareja con Joselito, estamos del otro lado.

Tuvo Gaona una gran acogida en España, especialmente en la iniciación. Pero luego, la política que algún torero adversario suyo desenvolvió, perjudicó de tal manera a Rodolfo que éste, desilusionado, volvióse a México, y allí vive vegetando y sin perder de vista a sus bienes,

que alcanzan a la friolera suma de doce millones de pesetas.

El año primero que Belmonte estuvo en México, con Gaona alternó los días 7, 12, 14 y 21 de diciembre de 1913, y el 25 de enero, 1 de febrero y 15 del mismo mes, correspondientes al año 14.

Aquellas primeras corridas en que Belmonte toreó mano a mano con Gaona fueron las que desataron las pasiones.

Don Pedro Nau, gran amigo de Rodolfo Gaona, que en México ha vivido más de veinte años y que en la época a que nos referimos ya se encontraba en España dueño de grandes y productivos negocios, acostumbraba a comunicarse con el torero mexicano en sus estancias por aquella República.

Y de Gaona es una carta, escrita a Nau, después de la primera corrida en que contendió con Belmonte. Fué el 7 de diciembre, y se corrió ganado de Atezco.

Y la carta, vuelvo a repetir, es todo un poema:

“Ya estamos, querido don Pedro, frente a frente. Belmonte y yo. Lo mismo los españoles aficionados que mis paisanos de México, no saben vivir sin sembrar odios taurinos. Por gusto de todos, nos encerrarían a los dos juntos en una jaula para que acabáramos el uno al otro a mordiscos y puñetazos. Pero resulta que Bel-

monte es azúcar pura, en punto a bondad e intenciones. No tira una ventaja ni sabe hacer una mala faena al compañero. Torea en su toro y no estorba en el que no le corresponde. Y no es de mí, es del propio *Patas Largas*. Y tampoco nunca dice esta boca es mía. *Maera*, que va mucho con Calderón y con *Pinturas*, me ha dicho que Belmonte tiene muchas ganas de verse en Madrid conmigo. Y de acompañarse con mi amistad. Yo se lo agradezco mucho.”

En efecto, el dicho de Gaona no carecía de fundamento, porque al año siguiente y por las malas artes de los que le cerraban el paso al torero de México, Juan tuvo que imponerse y pedir muchas corridas en la compañía del indicado diestro.

Así y todo, en México estalló la competencia, y el cronista taurino de *La Nación* hubo de decir:

“En mi última crónica ya hube de advertir que en la plaza de toros había estallado con todas sus terribles consecuencias una guerra sin cuartel entre gaonistas y belmontistas.

”Y los que formamos uno y otro bando, si podemos ver, nos declaramos ciegos; si podemos hablar, nos sentimos mudos. No vamos a estar satisfechos hasta que veamos a uno de los ídolos hecho polvo. Hasta entonces no podremos refrenar nuestros odios y nuestros rencores.”

Refiriéndose al trabajo ejecutado por Belmonte, escribe el mismo cronista:

"Juan Belmonte es un hombre fakir. Los pitones de las fieras lo respetan. Y aunque no fuera así, es insensible.

"Este asunto se presta para escribir varias impresiones sobre el fenomenal torero de Triana. Está comprobada la insensibilidad de Belmonte, porque es un individuo que siempre está sonriente ante el peligro, que suele silbar cuando se dirige a brindar, que jamás se lleva las manos a los sitios en que los toros le han pegado, que le causa una herida y no le da un tanto así de importancia, y porque se estrella el automóvil en que viaja y antes de ver si tiene alguna lesión se apresura a buscar la máquina fotográfica para grabar en su placa los desperfectos del coche.

"Un hombre así, naturalmente hablando, es también un fenómeno.

"En ese terreno que Belmonte solo pisa propinó al primer toro siete verónicas apretadísimas y terminó con un recorte en la misma cabeza.

"Una faena con el refajo rojo en la que puso todo su corazón y vergüenza, terminando algunos pases arrodillado, le valió una ovación estruendosa, que se repitió cuando el espada, entrando con rapidez, pero sin apartarse de la recta, dejó una estocada honda y otra hasta las guarniciones que tiró al bruto sin puntilla.

”En el sexto nos dió un susto Belmonte tan atroz, que todavía no nos sale del cuerpo. Al hacer un quite se estrechó tanto, que el toro le acogió, zarandeándole horribilmente. Al quite, Gaona. Y cuando todos nos creíamos que Juan estaría resentido, al menos de la *golpiza* morrocotuda que le infirió su enemigo, se encaró con el bicho más valiente que antes, y vimos un trasteo de muleta que olía a sepultura.

”Belmonte, sonriendo siempre ante el peligro, hizo una faena colosal, que remató con una estocada en todo lo alto.”

Hay otra crónica que, a fuer de detallistas, no tenemos otro remedio que transcribir, por tratarse de algo memorable, ser la firma de un escritor de la talla de Pedro Marroquín y tratarse del momento más agudo de la competencia entre Gaona y Belmonte:

”Bien quisiera—dice Marroquín—saber emplear con donaire y gentileza todas las exageraciones andaluzas que han dado fama en todas las edades a la tierra de María Santísima para volcarlas con entusiasmo sobre el papel en que escribo, y dar con ellas una idea, que aun sería vaga y confusa, de lo que el domingo vimos, trémulos de emoción y recogidos de asombro por ese mozo que se llama Juan Belmonte en una corrida que ha de ser memorable por los siglos de los siglos en México. ¿En qué lenguaje encontraré palabras que traduzcan la impresión

brutal de admiración, de entusiasmo, de delirio que el toreo de Belmonte causó, y con qué epítetos y adjetivos colmaré esas faenas, que dan derecho al lidiador que las llevó a cabo a ser considerado como el más maravilloso y genial que han visto los tiempos?

"Una bronca formidable hacía retumbar el espacioso circo, originada por la poca bravura de los toros lidiados, haciendo pedir a la multitud, indignada y con ademanes descompuestos, la devolución de los dineros con que a crecidos precios se pagaron los billetes. Por la arena habían rodado poco antes almohadillas, botellas y naranjas, lanzadas sin miramientos a la vida del primer espada, sobre el que caían, como si fuera el ganadero, cuando el clarín dió salida a un toro negro de Piedras Negras.

"Recia, fuerte, imponente era la tempestad de insultos y denuestos contra la Empresa, que debieron ser para el ganadero y para el funcionario que autorizó la lidia de los toretes; ya no se fijaba la gente en que el toro que acababa de salir tenía hechuras y acometía con voluntad; pero allá se fué a él Juan Belmonte; arreciaron los silbidos; al segundo lance, ceñido y valiente, a ellos se mezclaron los aplausos; al tercero, más apretado, más bravo, se acalló la grita, y por fin, al cuarto, un farol monumental en que el toro, que embistió codicioso, giró, magnetizado, en torno del lidiador admirable, otra tem-

pestad más fuerte, ensordecedora, de palmas y de gritos de enhorabuena, premió la hazaña de Belmonte, que solo, en un palmo de terreno, haciendo prodigios con su capote, burlaba, atrevido y sereno, las embestidas del toro negro de Piedras Negras.

"Y con ser tan grande aquéllo, aun hizo durante el último tercio no sé si lo más grandioso que se ha visto en la plaza mexicana, donde admirables lidiadores han dejado recuerdos imborrables; pero sin duda lo que eclipsó y desvaneció cuanto hasta entonces allí vieron asombrados ojos humanos.

"¿Para qué describir aquella faena, si no hay en el idioma palabras bastantes con que elogiarla? Pases en que el toro, obedeciendo ciego al movimiento del capote y pasando a unos milímetros de la faja del torero, sin herirle, gracias a la maestría de aquellos brazos prodigiosos que iban de acá para allá en raudo acompasado vaivén y a la vista poderosa del diestro, que es el secreto de su toreo, iba y venía dominado, magnetizado e hipnotizado el toro.

"A Belmonte no es posible que se le huyan sus enemigos: los consiente tanto, se pega a ellos de tal manera, que se engolosinan con el bulto, y cuando se creen que lo tienen a su alcance y de él se van a apoderar, son ellos los rendidos a ese brutal castigo del capote o de la muleta, que es, en definitiva, toda la personalidad de

Belmonte. Y la faena tuvo dos partes: la segunda, después de un pinchazo, acaso si cabe más grandiosa que la primera, más apretada, de más emoción, y realizada con pasmosa serenidad. De largo, pero derecho y con decisión, metió Belmonte el estoque en todo lo alto, y a poco quedaba sin vida el bicho de Piedras Negras.

"Llegó el toro sexto, feo de construcción y escurrido de carnes; con codicia se arrancó a los caballos, y Belmonte derrochó toda su insuperable maestría y su temple magnífico en quites maravillosos de todas las marcas.

"Ocasión tenían ya los bárbaros que a la plaza fueron, de vengarse; de vengarse ¿de qué? De la soberana maestría del torero prodigioso; de desquitarse del enojo que les causó su enorme triunfo; más imponente aun porque contra él fueron preparados los bárbaros, que aprovecharon, ¡vive Dios!, admirablemente esa ocasión.

"A cada lance de Belmonte, en que desarrollaba las excelencias de su estilo de torear, único, incopiable, para el que se necesita un corazón enorme, que no todos tienen, y una ciencia torera más enorme aun, enormísima, aullaban en son de burla aquellos imbéciles que en sus aullidos bien claro demostraban su anterior encarnación de trogloditas y su descendencia evidente de los apaches que aun pueblan, vestidos con plumas de colores vivos, algunas comarcas de la

tierra. Y Belmonte, tranquilo, resignado, movía la cabeza de arriba a abajo, y toreaba, toreaba portentosamente, y en aquella faena, que fué prodigio de arte y de belleza, engarzó *ocho pases naturales seguidos, ocho pases naturales*, lo oís bien, imbéciles, que nunca, nunca jamás veréis en ningún otro torero, y que, acogidos por vosotros con burlas y con aullidos, fueron la mejor y más abrumadora prueba de vuestra ignorancia y de vuestra mentecatez, que os incapacitan de hoy más para exponer vuestros juicios en asuntos de toros. ¡Desdichado lidiador al que otorguéis vuestra preferencia! Si es sensato, ¿le halagarán vuestros aplausos? ¿Qué entendéis de belleza y de arte, si, como el cerdo de la fábula, os dieron perlas y preferisteis cieno?

"Mientras más se engrandecía el torero con aquellos pases que hubiera aplaudido con regocijo José Redondo, y más se estrechaba, más y más sonaban los aullidos, y más brutales, más cínicos se mostraban los cafres; no, mejor dicho, no eran cafres, que éstos se hubieran avergonzado de tal proceder, los zapatistas (y quizá resulte todavía dulce esta palabra, que es el borrón más negro de la barbarie moderna), cuando el matador pinchó una vez en lo alto, arrancando derecho y valiente. Ciego de furia, el espada se tiró luego a matar. ¿Cómo? Dejándose coger, entregándose, sin pensar en salvarse, sin más anhelos que dejar una prueba de su bra-

vura, de su pundonor, de su vergüenza, para probar cómo era su condición. Y así probó Belmonte ante una parte, no por cierto la mejor y la más numerosa, cómo se ganan en buena lid las competencias.

"La hora del crepúsculo sería cuando concluyó la fiesta. El torero de Triana, pisoteado, magullado por el sexto toro, salió en hombros de la multitud después de darle tres vueltas por el ruedo y vitorearle hasta enronquecer los espectadores.

"No lograron consumir su hazaña los bárbaros. ¿Querían que el novel lidiador, chiquitín de cuerpo e inmenso de alma y de saber torero, por el enorme delito de torear como nadie, con más exposición, con más peligro, pero desde luego con más sabiduría, saliera de la plaza ensangrentado y en hombros de los camilleros?

"Pues en hombros salió, pero en hombros triunfales, aclamado, celebrado y ensangrentado por herida leve, pero no sin vida, como hubieran querido para aplacar su salvaje y feroz ansia de sangre trianera.

"Allá, en una ventana, bajo la cual pasó raudo y veloz el automóvil que conducía a Belmonte, una baturra, representativa de las glorias de España, echaba al aire melancólicamente su canto, levantando sus ojos muy arriba :

¿Cómo quíes contimparar  
un charco con una *juente*?"

En la competencia entablada entre los gaonistas y belmontistas en la plaza de El Toreo triunfó indudablemente el bando del trianero.

La prueba irrefutable de nuestra afirmación la dió en una crónica escrita al *Heraldo de Madrid* su corresponsal en México, Sr. Torres Beleña:

"La Empresa había confeccionado para un domingo un cartel en que había puesto "toda la carne en el asador". Seis toros de Piedras Negras para Vicente Pastor, Rodolfo Gaona y Juan Belmonte.

"Tal entusiasmo despertó la combinación entre los mexicanos, que el viernes tenía vendida la Empresa más de veinte mil billetes para la corrida.

"Belmonte, que había marchado a una hacienda de campo, invitado por varios amigos, para entrenarse toreando en los días de aquella semana, tuvo la desgracia de que le cogiese una de las reses y le causase una herida en el escroto que le impidió torear.

"Cuando la Empresa fijó en los carteles—escribía el Sr. Torres Beleña—los preventivos anunciando que Belmonte no podía tomar parte en la fiesta por estar lesionado, y que la corrida la despacharían solos Pastor y Gaona, 17.000 espectadores se apresuraron a devolver las entradas, y lo que parecía iba a ser un lleno formidable, se convirtió en una entrada mala."

¿Quién, pues, era el torero de las simpatías y del cartel en la temporada mexicana de 1913-1914?

¿Para qué insistir más pregonando que Belmonte en muy pocas corridas se había hecho el amo de la situación, y que su nombre, como ocurría en España, era necesario en todo cartel para que el público respondiese llenando la plaza?

Además de esta lesión, sufrió otra Belmonte en una pierna, toreando en la plaza de México, que le tuvo imposibilitado de ejercer su profesión durante veinte días. Se la infirió un toro de Toluca en la quinta corrida que toreaba.

Fué, en suma, la temporada de México brillante y provechosa.

Toreó su última corrida en la plaza de El Toreo en el mes de febrero, embarcando inmediatamente para España en el vapor *Reina Cristina*.

Como ya hemos dicho más arriba, Belmonte, toreando el 6 de febrero en el pueblo de Nogales y alternando con *Chanito*, fué cogido al torear de capa, recibiendo una cornada que le hizo perder seis corridas, reapareciendo diez días después en México, en un concurso de ganaderías del país, alternando con Gaona y Vicente Pastor.

Los periódicos madrileños, en su gran mayoría, publicaron noticias alarmantes, diciendo

que Belmonte sufría una grave cogida en la pierna izquierda que le retenía en cama, hallándose en peligro de una operación dolorosa y acaso de fatales consecuencias.

Pero el periódico *Hoy*, en el número correspondiente al 6 de enero, publicó un suelto que decía:

"Algunos diarios, que se dicen bien informados, han publicado ayer y hoy noticias alarmantes sobre la salud de Belmonte en México.

"Tal hecho no es cierto; Belmonte ha estado en cama y ha vuelto a reaparecer algunos días después, toreando con el riesgo en él característico, y sin volver a sufrir ningún percance.

"El único instante, en su paso por México, en que Belmonte ha estado a punto de perder la vida, no ha sido lidiando un toro, sino guiando un automóvil.

"El simpático trianero, que tiene el propósito de adquirir *auto* al regresar a España, aprovechando la ocasión que le brindaba un amigo de aquel país, quiso adiestrarse en las prácticas de *chauffeur*, y durante varios días corrió con fortuna por aquellas carreteras.

"Pero una vez, hace aproximadamente quince días, porque hizo un viraje violento o porque el freno no obedeció, el caso es que el *auto* fué a chocar contra un guardacantón de la carretera, primero, y contra un árbol, después.

"El encontronazo fué tremendo, y los viaje-

ros, que eran tres, fueron despedidos a gran distancia, no sufriendo, por fortuna, más daño que el natural magullamiento.

"Este es el único verdadero peligro que Belmonte ha corrido allí. Los cuernos de los toros le siguen respetando."

Y en otra carta, con fecha 8 de febrero, dirigida a su amigo Gómez Hidalgo, Belmonte decía:

"... Entre las cosas curiosas que me han pasado, una ha sido la amistad que he hecho con el presidente de esta República, general Huerta.

"Vas a ver. Una mañana, al día siguiente de haber toreado y haber estado viéndome el general, estaba yo todavía en la cama, leyendo periódicos de España, cuando se me presentó un señor muy elegante, de chistera y "toda la pesca", diciendo que tenía que hablar conmigo.

"Mi mozo lo pasó a mi alcoba, y el señor, que era muy fino, se sentó junto a mi cama y me dijo que venía de parte del general Huerta a invitarme a comer, por la noche. Yo, es claro, acepté; él me rogó que no dijera nada, y quedamos en que vendría a buscarme.

"Así fué. Vino y me llevó a casa del señor Huerta, que me recibió muy cariñoso, diciéndome que me quería oír hablar. ¡Se conoce que había oído lo de "fenómeno" y creía que no sabía ni hablar!

"Comimos en un comedor muy lujoso los

tres, y luego en la terraza tomamos café. A mí me pasó lo mismo que al general conmigo, que me encontré con que era distinto de como yo me lo figuraba, por lo que había oído decir de él.

"Me estuvo haciendo muchas preguntas, y, por fin, me dijo que me iba a hacer un obsequio consistente en un estoque hecho de la espada con que venció en la Revolución y se proclamó presidente. Así ha sido, y ya me ha mandado el estoque, que estrenaré el primer día que toree en Madrid."

## CAPÍTULO XVII

### LAS CIEN CORRIDAS

**En La Coruña. — Los regalos que traía Belmonte. — Habla “Parmeno”. — La estancia en Madrid. — Entrada en Sevilla. — Por el puente de Triana. — Lo que dicen las mujeres. — Las cien corridas. — Juicios contradictorios. — Una narración que pone los pelos de punta.**

Juan Belmonte desembarcó en La Coruña en los primeros días de marzo. A esperarle fueron con su padre, el señor José Belmonte, Juan Manuel Rodríguez, nuevo apoderado del fenómeno y Antoñito Conde, que creyó morir de emoción al verse entre los brazos de su amigo.

En el mismo barco *María Cristina*, venía la cuadrilla de Juan, el madrileño Vicente Pastor y otros muchos toreros que regresaban de la expedición americana.

Belmonte, apenas puso el pie en tierra, abrazó con efusión a su padre, haciéndole el regalo que para él traía: un brillante, verdadero pe-

drusco, tamaño de un garbanzo, que como de ocasión adquirió el trianero en Veracruz, y que le costó algo más de veinticinco mil pesetas.

Además, Juanito traía los siguientes regalos: dos perros chihuahua, raros y frioleros ejemplares, tan frioleros que sucumbieron a los dos meses de estar en España. Estaban destinados a sus hermanas.

Un loro, para el escultor Miranda. Un traje de charro, para Fernando Gillis. Una colección de postales taurinas, para *Don Modesto*.

Tabaco en abundancia para Pérez de Ayala.

Y otros pequeños presentes para los amigos pedigüños, como boquillas, corbatas, leontinas, etc.

Belmonte estuvo en Madrid. Hizo una interviú con *Parmeno*, que se publicó en todos los periódicos; fué objeto de un homenaje, que se organizó en "La Huerta", y al que asistieron los más amigos del torero. Y una noche marchó a Sevilla para descansar, en espera de reanudar la temporada taurina en España.

Llenos de público estaban los amplios andenes de la estación de Sevilla; llena la plaza de Armas, y todos los alrededores de ésta.

Cuando el diestro, que no pisaba tierra sevillana desde el día en que toreó la última corrida de novillos y marchó a Madrid para tomar la alternativa, descendió del vagón en que viajaba, millares de manos se juntaron para tribu-

tarle una entusiasta ovación de bienvenida. No pudo andar un paso; la masa humana, que se apretujaba para verle y felicitarle, lo impedía.

Un grupo numerosísimo de entusiastas le alzó en brazos, como ya lo había hecho mucho antes en aquellas tardes afortunadas de la iniciación, y en triunfo sacó a Juan de los andenes a la calle, y en triunfo lo paseó por Triana, dejándole al fin en su propia casa.

Sugestivo espectáculo el del puente de Isabel II en aquella mañana en que lucía el sol y había repique de campanas de las parroquias inmediatas a la calle de Castilla, como si ellas saludaran también con alborozo la entrada en la tierra de promisión del nuevo mesías del toreo.

Y las vecinas, al ver pasar el cortejo, y a Juan, rodando por las cabezas de unos y otros, decían llorosas:

—¡Pobre chico! ¡Dios le dé mucha suerte; es muy buen hijo y muy buen hermano.

Por la mente de Belmonte quizá pasase en aquellos instantes el recuerdo de su mocedad agitada, de sus miserias de ayer, de aquellas odiseas con los *chavales* del barrio, cuando cruzaba el río en noches oscuras para torear reses bravas en los enfangados terrenos de la dehesa de Tablada.

Para él aquella entrada triunfal en su barrio era uno de sus sueños de fantásticas grandezas, que se trocaban en viviente realidad; era la

consecución de un objetivo por él, que había luchado en franca contienda hasta vencer con esfuerzo supremo.

En esta forma recibieron los sevillanos a Belmonte, a su torero predilecto, al único *revolucionario* del toreo contemporáneo.

Pero aun no había llegado, aunque le acarienciasen las auras de la popularidad más extraordinaria que torero alguno ha tenido desde que la fiesta existe. Comenzaba para él otra lucha más dura, más cruenta que la que tuvo que sostener de novillero.

¿Vencería?

Los hechos que se destacan en sus campañas de matador de toros lo dirán.

Belmonte tuvo en este año que poner toda su voluntad, todas sus energías, todo su abnegado valor y todo su gran temperamento de filósofo para conseguir que hasta por los más descreídos se le colocara en el mismo nivel en que colocado estaba su adversario *Joselito*.

En 1914, Juan comenzó su actuación en Barcelona, el 15 de marzo, lidiando ganado de Moreno Santamaría, y alternando con *Cocherito de Bilbao* y *Joselito*.

La última corrida de este año la toreó en Jaén, el 18 de octubre, lidiando ganado de Flores, con los diestros Posada y *Ostioncito*. En esta temporada de 1914 Juan Belmonte firmó en España 94 corridas, que, con las nueve en que

actuó en México, hicieron un total de 103, matando 159 toros.

Es muy gracioso y muy interesante consignar este detalle, ya que Belmonte, no sólo por los escritores adversos, sino por los mismos amigos que hablaban de su mérito como torero, reconocían que Juan era un torero muy corto y pobre de facultades; cuando más, podía torear al año dos docenas de corridas.

El mismo Gómez Hidalgo, en su amistad incondicional por Belmonte, hablando de fantásticas competencias entre *Joselito* y Belmonte, dice en la página 146 del libro *Juan Belmonte, su vida, su arte*: “Pero querer poner frente a frente a estos dos muchachos en la Plaza, y en la calle es temerario. *Joselito* es el torero que, con exposición indudable, contrata 90 corridas y 90 corridas torea. Belmonte, por el riesgo de su arte soberano, pero por fatalidad tal vez, no torea ni la tercera parte de las corridas que compromete...”

En este año de 1914 Belmonte hizo una labor que en punto a mérito acaso sea la más gloriosa de toda su ya larga etapa torera. Y cuenten ustedes que no nos olvidamos de esta sensacional y completa de 1927.

Toreó en Murcia una corrida el día de Pascua de Resurrección, en la que se lidiaron ocho toros de Veragua y alternaron con él los diestros *Cocherito*, Paco Madrid y Posada.

Para el que estas líneas escribe tiene esta corrida un recuerdo inolvidable.

Fuí yo con Belmonte a Murcia. Salimos los dos casi huídos de Madrid, porque la "cosa" se había dado muy mal. Al llegar al departamento que nos había de conducir a la capital levantina, Belmonte, dirigiéndose al fiel Antoñito, le entregó un sobre que contenía 35.000 pesetas (treinta y cinco billetes de a mil).

—Mira—le dijo Juan, entregándole el dinero—. Todo esto es de las seis corridas que acabo de torear en Madrid, en Sevilla, en Barcelona, en Valencia y en Castellón. Tan pronto como mañana, que es sábado, lleguemos a Murcia, vas a la sucursal del Banco de España y lo entregas, como otras veces, ingresándolo en la cuenta corriente de don Juan Corrales.

No se volvió a hablar del dinero, y a la mañana siguiente, como unos amigos nos esperaran en la estación y nos invitaran a un día de campo en una huerta de las proximidades de Murcia, a Antoñito le dejamos en las habitaciones del hotel Patrón, donde nos hospedábamos, a la guarda del equipaje.

A las siete, y ya anochecido, regresamos Juan y yo al hotel. En una butaca y apaciblemente dormido se hallaba el bueno de Antonio, que ni siquiera nos sintió cuando penetramos en el cuarto.

—Vas a ver—volvió a decir Juan—cómo este

pan de Dios se ha dormido y ha dejado a la vista de cualquier curioso el dinero.

Y tocando con mucho mimo su chaleco sacó de su bolsillo interior el sobre con las 35.000 pesetas, guardándolo Belmonte cuidadosamente.

Nos fuimos a cenar. Y en las postrimerías de la cena, se presentó Antoñito delante de nosotros con los ojos hinchados de dormir y los últimos bostezos a flor de labio.

Venía Antoñito a preguntar a Juan si necesitaba algún servicio.

—Sí—dijo Belmonte—; vete a Teléfonos, y ponme una conferencia con Juan Manuel Rodríguez y otra con mi padrino D. Daniel Herrera. Quiero celebrarlas esta misma noche.

Marchó Antoñito, y a los cinco minutos escasos apareció en la puerta. Juan, que estaba de espaldas al lugar de acceso de su criado, pero que le veía por un espejo, me hizo una seña.

—Hazte el distraído. Yo sé lo que le pasa a esa calamidad.

Y Antoñito empezó a bailar una especie de zarabanda. Tenía los ojos desencajados, estaba pálido como un muerto; temblaba como azogado. Y sin cesar se metía y sacaba la mano de todos los bolsillos, como si fuese a hacer un juego de manos. Aquello era algo grotesco y algo trágico al mismo tiempo.

Por fin, Antoñito, después de muchas vacila-

ciones, pareció decidirse. Y llamándome por mi nombre, me hizo salir fuera del comedor.

Y sin dejarme hablar, abrazado a mí, me dijo como sentencia siniestra:

—Soy el hombre más desgraciado del mundo. Me han robado los siete mil duros. Como yo, aun cuando esté siete mil años con Juan, no podré ahorrar para devolvérselos, me voy ahora mismo a tirar al río Segura.

Confieso que yo, de momento (porque soy hombre de infeliz memoria), me puse mucho más pálido que el mismo Antofñito. Pero en el acto caí en la cuenta de que el Segura no llevaba suficiente agua para que el criado de Juan se ahogara, además de que el dinero no se había perdido, porque Juan lo tenía ya a buen recaudo.

Y a decírselo iba jubiloso, cuando Belmonte llegó a nuestro grupo y malhumorado preguntó a Antonio si había puesto las dos conferencias que había pedido.

Antofñito, con las lágrimas en los ojos, no sólo le dijo que no había podido poner las conferencias por falta de dinero, sino que le habían sacado del bolsillo unos ladrones los siete mil duros que Belmonte había confiado a su custodia. Por lo que estaba dispuesto a suprimirse, ya que no podía pagar la deuda.

—Pues entonces, si tienes vergüenza, ya sabes lo que tienes que hacer—dijo Juan alargán-

dole una browning, que sacó del bolsillo del pantalón.

Antoñito cogió con las dos manos el arma. Yo me eché sobre él y comencé a forcejear. Un camarero se metió por medio. Se arremolinó la gente.

Y a rastras hubo que subir a Antoñito, ya desvanecido, al cuarto de Belmonte.

Una hora después, el infeliz servicial escuchaba de labios de Juan cómo había sido la broma.

Claro es que la pistola estaba descargada, pero yo creo que al pobre burlado le dieron ganas de darle a Belmonte con ella en la cabeza.

¡Porque ni con un gato se puede hacer esta prueba!

## CAPÍTULO XVIII

### A P O T E O S I S

**La cogida de Murcia. — Los toros de Miura. — Una leyenda rota. — Belmonte va a Sevilla. — Una tarde de toros para los sevillanos. — Un criterio de "Don Criterio". — Juicio de calidad. En Madrid todo es pálido. — ¡Se nos saltan las lágrimas! — Orejas, rabos y ovaciones. — La alegría de Juan Belmonte.**

En Murcia, toreando el primer toro, sufrió Juan una cogida aparatosa que conmocionó seriamente al público. Los médicos le apreciaron un varetazo en el pecho, magullamiento general y una distensión en el pie izquierdo.

Aquella noche tuvo una fiebre muy alta, y por primera vez en mi trato con Belmonte, pude observar en el rato que la fiebre cedió, un gran decaimiento y una hondísima preocupación.

Esta corrida de Murcia se celebraba el día 15. El 18 de abril comenzaba la feria de Sevilla,

y Juan tenía que jugarse la carta definitiva, contendiendo con *Joselito*.

Al llegar la noticia a Madrid del percance de Belmonte, los *gallistas* se bañaron en agua de rosas. Creyeron e hicieron creer que Belmonte pretextaba la cogida para rehuír el encuentro.

Yo fuí a celebrar una conferencia telefónica desde Murcia con el entonces empresario de Sevilla, ya fallecido, D. Manuel Salgueiro. Llevaba instrucciones concretas de Juan:

—¿Cree usted que vendrá Belmonte a alguna de las corridas anunciadas?—me decía con ansiedad Salgueiro.

—Juan me encarga diga a usted, pero sólo a usted, que vivo o muerto, muerto o vivo, irá ahí pasado mañana para torear con *Gallito* la corrida de los Miuras.

Y así fué; con el pie arrastrando y bastantes grados de fiebre, se presentó nuestro héroe en Sevilla para alternar en aquella memorable corrida con *Gallito*. Y pocos días después, también enfermo y sin curar la lesión del pie, se presentaba en Madrid para torear la corrida del 2 de mayo.

La luz esplendorosa del éxito que el torero obtuvo en estas corridas hacen que a su lado palidezcan los destellos más luminosos de otras tardes.

El gran periodista y fraterno amigo de Juan, el sevillano Antonio Soto, refiriéndose a estos

dos espectáculos, advierte que en la corrida de la feria sevillana llegó nuestro hombre a las más altas cimas del valor y la vergüenza torera; y en la del 2 de mayo pone su rúbrica al arte más clásico y exquisito y corta la primera oreja de las que le han sido otorgadas en la plaza de Madrid.

Y, a propósito de esto, él mismo describe con honrada sinceridad lo que ocurría en Sevilla el día que se recibió la noticia de la cogida de Juan por el toro de Veragua, en Murcia.

“La noticia cayó como una bomba. Perdían por esta causa las famosas corridas de la feria sevillana su mayor atractivo y mientras los más lamentaban el percance, de labios de los constantes detractores del torero salió la frase: “Si no puede ser; si es de los toros.”

”Como la lesión era leve, muchos abrigaban la esperanza de ver a Juan aunque fuese en “una corrida”; pero las noticias que llegaban de Madrid, a cuya ciudad había sido trasladado el diestro, echaban un jarro de agua fría a estas ilusiones. La cosa era para días. Belmonte apenas si podía apoyar el pie en el suelo.

”La Empresa, contrariadísima, tuvo que buscar espadas que sustituyesen a Belmonte. Así comenzaron las corridas, decepcionada la afición por no torear en ellas el popularísimo trianero, decepción que se reflejó “con todas sus consecuencias” en la taquilla.

"De pronto circuló con inusitada rapidez una noticia que produjo gran conmoción. Belmonte, algo mejorado de sus lesiones, venía a tomar parte en algunas de las corridas de feria, y se presentaba en la de Miura.

"Los incrédulos sonrieron maliciosamente. Belmonte venía a torear, ¡y miuras! No se había presentado en las tardes en que se lidiaron toros de franca lidia, como los de Campos Varela y Santa Coloma, e iba a hacerlo con miuras. No cabía duda. Aquello era una estratagema de la Empresa para retener en Sevilla a muchos centenares de aficionados de otras poblaciones, que sólo habían venido para ver al "fenómeno", y convencidos de que éste no actuaría, tenían ya preparadas sus maletas para el regreso.

"—¡ Con miuras! ¡ Bueno! Eso para los tontos que lo crean—repetían los convencidos de que Belmonte tenía horror al ganado de la famosa divisa verde y negra.

"Surgieron apasionadas disputas. Belmonte, toreaba. Belmonte, no toreaba. Los cafés y centros donde se reunían los aficionados habíanse convertido en un hervidero de pasiones.

"Se expidieron a Madrid multitud de telegramas y telefonemas para confirmar la noticia, y aunque todas las contestaciones coincidían en afirmar que Belmonte preparaba el viaje para hacer su presentación en la corrida

de Miura, los incrédulos seguían sonriendo maliciosamente, sin dar crédito al hecho.”

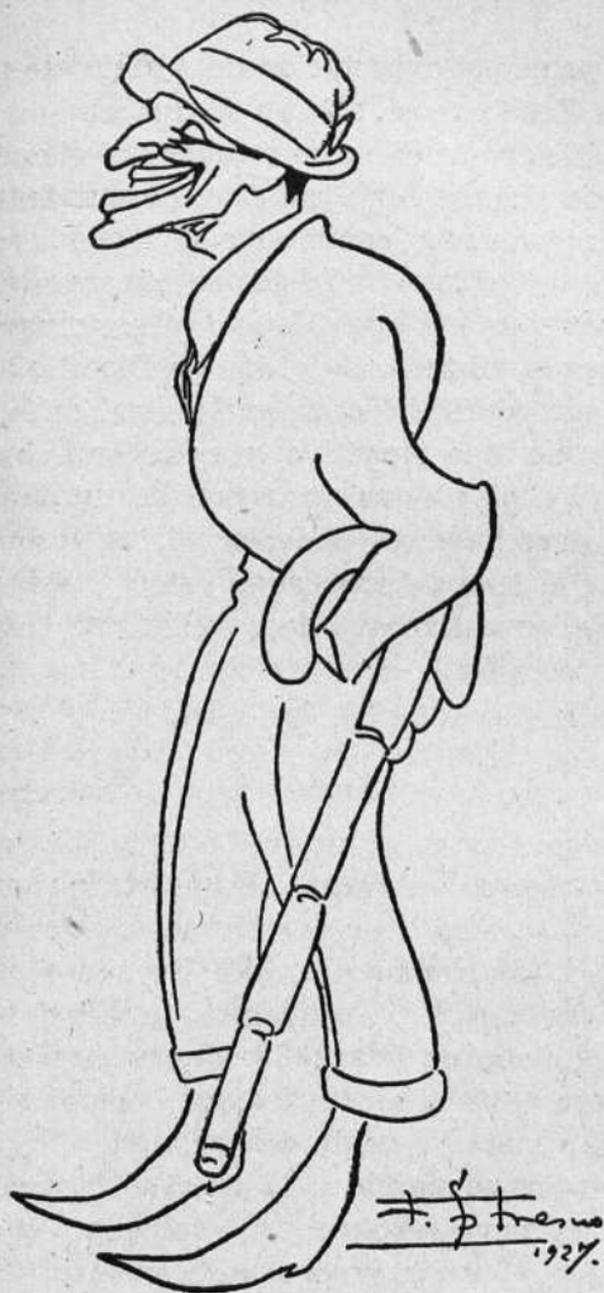
A Belmonte se le había formado la leyenda, desde que era novillero, de que tenía reparo a los Miuras, rehuendo siempre torearlos. Tanto es así que hubo algún *maletilla* que escribió a los periódicos sevillanos altiva carta de desafío retando a Belmonte para que alternase con él en la lidia de las peligrosas reses.

Y Belmonte se presentó en Sevilla. Y la expectación que produjo su llegada fué tal que la reventa, que había cotizado las entradas de las primeras corridas a precios irrisorios por lo bajos, vendió el papel a siete u ocho veces más alto de su valor.

¿Y cuál fué la labor de Juan? El famoso y temido *Don Criterio*, un revistero de la misma categoría que *Don Modesto*, dice a este propósito:

“Se ha prestado a muchas discusiones si vendría o no a torear estas últimas corridas de la feria el popular torero de Triana. Como digo antes, se plantearon buen número de apuestas, y de ellas conozco una del íntimo de Belmonte don Daniel Herrera, con otro aficionado, y según los hechos, ha *parmao* el último, pues ha toreado el citado diestro, y precisamente, y como de prueba, la de Miura.

”Indudablemente, Belmonte se lo jugó todo a una carta y ha venido la suya.



Cómo lo ve Fresno

"La principal expectación del público se notó cuando Belmonte se abrió de capa en sus dos bichos. Decir que dió esas estupendas verónicas en los dos bichos sería ridículo, porque francamente no las vimos, contribuyendo a ello las condiciones de los toros. Si éstos se hubieran prestado más y se hubieran dejado torear franca y noblemente, no tendría perdón de Dios Belmonte, porque aquellos lances, aunque valientes, carecieron de todo atractivo, pues no hubo esa firmeza en los pies a que nos tiene acostumbrados, ni esa derechura, ni nada, salvo las verónicas que por el lado derecho administró al sexto de la tarde, pero tampoco de aquellas que en más de una ocasión le hemos visto practicar y que nos hacían levantar de los asientos.

.....

"En donde más se destacó ayer el torero de Triana fué en las faenas de muleta que practicó en los bichos tercero y sexto, los dos mansurriones. En ambos derrochó Belmonte extraordinaria valentía, verdaderos arrestos hasta conseguir convertir aquellos dos miureños, dos toros con pitones, en verdaderas babosas y hasta jugar materialmente con ellos.

"Si enorme, por lo valiente, fué la primera faena, no menos estupenda resultó la segunda, pues sí en aquella se cogía cada momento a los pitones del enemigo, apoderándose de él y con-

sintiéndole de una manera brutal, en el sexto fué el “descacharren”. Más valentía, más guapeza, más exposición no cabe, pues aparte de quedarse en los pitones, con una tranquilidad escalofriante, sobresalieron buen número de magníficos pases, entre ellos dos de molinete y tres de pecho, que pusieron al público en pie, y a los más exaltados, en un grito constante.

”Fueron dos faenas soberbias, y en ambas Juan se apoderó de aquellos enormes mansos de Miura a fuerza de arrimarse.

”Belmonte, con el acero estuvo breve y decidido en el tercer toro. En el sexto rayó a gran altura, no sólo por la forma valiente y decidida de entrar a herir en aquel miureño, sino porque salió limpio de la suerte. El acero quedó en todo lo alto, y el animal rodó sin puntilla.

”¡Fué la tarde que yo más a gusto he visto a Belmonte!”

Y vamos ahora con la corrida del 2 de mayo, en Madrid.

No había triunfado Belmonte, ni mucho menos, en la primera corrida que Juan lidió en Madrid el 13 de abril, alternando con Pastor y *Cocherito*.

La enorme expectación con que se esperaba su trabajo no fué justificada, pues ejecutó faenas que si bien tuvieron algún destello, apenas si traspasaron los límites de la vulgaridad.

Los que en Juan tenían fe, esperaron. Los

impacientes comenzaron a dudar, creyendo que se había iniciado el declive.

—Belmonte se acabó—dijeron sus enemigos—. De él no queda más que un lidiador adoce- nado.

—¿Dónde están los triunfos de novillero? ¿Dónde aquellos de México, que hacían temblar el cable?

—Belmonte se acabó—repetían—. Fué una ilusión que se ha desvanecido.

A estas murmuraciones pusieron momentáneo dique los ecos que hasta Madrid llegaron del éxito conseguido por Juan en Sevilla lidiando toros de Miura.

Surgieron otra vez las discusiones apasionadas.

Allá, en Madrid, Miguel Serrano, Gillis, Manuel Eulate, Miranda, Corrales, los Villa, Pepe Becerra y la tertulia, en fin, de Los Veinte, se batían con más brío que nunca, haciendo ver que una mala tarde la habían tenido todos los toreros. Pero que Juan se desquitaría, y había de ser en Madrid, y en forma que dejara atónitos a amigos y enemigos.

Y el desquite de Belmonte, para honra suya, fué precisamente en esa gloriosa fecha del 2 de mayo, que conmemora Madrid.

En esta tarde ejecutó el diestro de Triana la mejor faena que hasta entonces había hecho.

Pero dejemos hablar a *Don Modesto*:

“Si no me engaña—dice Loma—la memoria, la plaza de toros de Madrid se inauguró un día del mes de junio de 1874. Han transcurrido, pues, ya que estamos a 2 de mayo de 1914, cuarenta años, o yo no sé una palabra de aritmética elemental.

”Bueno; pues en esos cuarenta años, yo juro por la gloria de mis abuelos, y por mi honor de hidalgo castellano, que no se ha realizado una faena de muleta tan enorme, tan formidable, tan monstruosa, tan... increíble, como la que realizó ayer, 2 de mayo de 1914, a las seis y diecinueve minutos de su tarde Juan Belmonte, torero natural de Sevilla, barrio de Triana, calle de Castilla, conforme se entra a mano izquierda, que es donde este fenómeno de la tauromaquia debe tener colocado el corazón, porque si le tuviera en el izquierdo como lo tenemos todos los mortales, no rebasaría la línea de lo natural.

”Y Belmonte, que es muy feo, dicho sea sin ánimo de ofenderle, en estos supremos momentos de la lidia (de su lidia, no de la lidia de los demás toreros) se transfigura hasta alcanzar el grado de mayor belleza que pudiera concebir la imaginación de Fidias Praxiteles.

”¡1874! ¡1914!

”He aquí dos fechas que se grabarán con caracteres de fuego en la memoria de la afición.

”Y fué a las seis y veinte de la tarde.

"Aun vibran en la atmósfera los estridentes alaridos de la muchedumbre embriagada. El mismo sol, que se hundía en el horizonte, abrió los ojos para contemplar unos segundos la innarrable faena belmontina, y se detuvo.

"Por eso advertirían ustedes que en la plaza había luz, mucha luz, y por eso verían que todos los rostros, congestionados por la emoción, parecían que iban a reventar.

"¡Un asombro!

"¡Lo que no se había visto nunca! La faena de muleta—luego diré a ustedes cómo fué—realizada por Juan Belmonte en la plaza de toros de Madrid el 2 de mayo de 1914, a las seis y veinte de su tarde, es la faena más grande que se ha hecho desde que existe la lidia de reses bravas.

"Lo afirmo, lo proclamo y lo juro, con la mano puesta sobre el corazón y en el pleno uso de mis facultades mentales.

"Y para que conste, requiero la intervención profesional de todo el Colegio de Notarios de Madrid con su ilustre decano, el respetable señor D. Bruno Pascual Ruilópez, a la cabeza.

"Y si miento, exagero o me equivoco, que me fusilen por la espalda sin oírme.

"¡Jesús, María y José!

"¡EXPECTACIÓN!—¡En mi larga vida profesional no he conocido una más intensa emoción del entusiasmo público!

"Ayer—primer encuentro de Joselito y Belmonte en el ruedo madrileño—ha sido el día, indudablemente, en que ha alcanzado mayor grado de efervescencia la afición a los toros.

"A diez y doce duros fueron ayer vendidas muchas localidades que marcaban siete y ocho pesetas.

"A las tres y media de la tarde no se podía circular por la calle de Alcalá. Centenares de coches, autos, tranvías y camiones caminaban lentamente, porque la aglomeración les impedía acelerar el paso.

"Se hablaba de coche a coche, se gesticulaba. En los ojos de la multitud brotaba el entusiasmo. Los gritos ensordecían. El padre Febo, benévolo y sonriente, templaba la atmósfera con sus mejores rayos.

"¡*Joselito!*

"¡*Belmonte!*

"¡*El Gallo!*

"¡Paso a las humanas olas,  
que, cual creciente avenida,  
van buscando en la corrida  
emociones españolas!

Las flores de sus corolas  
canta el pueblo patria coros,  
y el Sol, con su luz, nos baña.

¡Raya al valor! ¡Viva España!

¡A los toros! ¡A los toros!

"Lo INENARRABLE.—Salió el último, negro, gordo, fino, bien puesto de alfileres, un poquillo apretado.

"Belmonte corrió a su encuentro y se abrió de capa.

"Siete lances estupendos, tres de ellos sin enmendarse. Cogiendo al bruto, empapado en el percal, metiéndosele en el estómago y sacándole con un artístico movimiento de brazos. ¡Y los pies? Como si se los hubiesen cortado por encima de los tobillos. ¡Qué manera de parar! ¡Qué modo de jugar las muñecas!

"Rugió el público. Belmonte seguía toreando, cada vez más metido dentro del toro. Termina, al fin, con un recorte espeluznante.

"Caballeros, permítanme ustedes que les diga, sombrero en mano y con todos los respetos que ustedes merecen..., que eso, eso es torear.

"Hagamos caso omiso de la centelleante ovación al intrépido trianero, porque se me van a concluir los adjetivos y aun hay mucha tela que cortar.

"Y medianamente banderilleado el de Contreras por dos apreciables muchachos, sonaron los clarines, y Belmonte mandó retirar a todos y se dirigió al bruto, que se había emplazado en medio del redondel.

"Un pase ayudado por alto, formidable; uno natural, girando sobre los talones, estupendo; un molinete, otro luego; dos o tres pases de

rodillas, siempre pasándole el toro por delante del pecho y siempre con los pies clavados en la arena, como si tuviera tornillos. Cada muletazo era una explosión. La multitud, congestionada, se había puesto de pie, ya ronca de gritar, y el trianero, impávido, frío, como si nada fuera con él, seguía muleteando entre los pitones, arrojado antes de citar, levantándose ya con el pase rematado. En dos molinetes crujieron los huesos del toro, como si hubieran sido de cristal. Luego, agarrado de un pitón, tiró del otro con la derecha para meterle la cabeza del bicho en el engaño.

"Se irguió arrogante y dió un pase natural que hizo que se me saltaran las lágrimas. Y entonces fué cuando el sol se detuvo en su descenso. Y se le cayó la baba, vaya si se le cayó. Como que cosa más grande no había visto desde que alumbraba al mundo.

"Pinchó el trianero tres veces en lo alto. ¡Por qué no pincharía trescientas! Porque después de cada pinchazo, Juan reanudaba la faenita aquélla, que sólo se vió ayer en la plaza de Madrid desde que el toreo existe.

"Una corta en buen sitio acabó fulminantemente con el toro.

"Pero no había sido con el estoque, había sido con la muleta con lo que Juan había matado.

"Renuncio a describir el delirio de la multitud. No me sería posible. Hay cosas en la vida

que no se pueden contar. Hay que verlas para apreciarlas.

"Y una de ellas es la faena de muleta que hizo ayer Belmonte con el último toro de la tarde.

"Se pidió la oreja, y el presidente vaciló unos momentos y no la concedió.

"¡Hizo bien!

"Es poco galardón el de la oreja para una faena así.

"La cabeza del toro aun me parecería poco.

"¿Fenómeno?

"Sí, señores. Lo dije el primer día que le vi torear, y ahora, un poco engallado por mi acierto, lo repito.

"Sus detractores aseguraban que con becerros solamente hacía Belmonte cosas fenomenales.

"¡Infelices!

"Sí, señores... ¡fenómeno!

"¿RESUMEN?—¡BELMONTE!

"¡*Joselito!*

"*Joselito*, sencillamente colosal. Sus faenas en el quinto toro igualaron a las más grandes de *Lagartijo*, *Frascuero*, *Guerra* y *Bombita*. ¡La quintaesencia de la sabiduría al servicio de una voluntad que se movía a impulsos del pundonor y la vergüenza!

"¿He dicho algo?

"*Lo de Belmonte* no tiene precedentes en la

historia de la tauromaquia. La faena más grande que se ha hecho desde que el toreo existe.

”¿Fué un sueño? ¿Una quimera? ¿Una alucinación?”

”Sí, eso fué. La trágica alucinación de un cerebro enfermo.”

## CAPÍTULO XIX

### ¡¡EL UNICO!!

**La vida de Belmonte en Madrid. — Una casa en las afueras. — Belmonte se perdía. — Cómo se cortó la coleta Belmonte. — Incidentes y aventuras de aquellos días. — Otra vez a la lucha. Mano a mano con “Gallito”. — El triunfo.**

Al terminarse la temporada de 1914, Belmonte realizó uno de sus mejores sueños: vivir en Madrid.

Dedicóse él mismo, con febril entusiasmo, a buscarse un piso de soltero que reuniera todas las comodidades, sin caer en el lujo desmedido. Y después de dar muchas vueltas de un lado a otro lo halló en el barrio de Salamanca.

Era una azotea o ático—como hoy se llama—, situado en el número 25 de la calle del Príncipe de Vergara. En unión del escultor Sebastián Miranda, se dedicó después a buscar los mue-

bles. En la casa de Juan Belmonte, compuesta de seis piezas: un comedor, una salita-despacho, la alcoba, el ropero, el cuarto de baño y la cocina, no se llegó a ver un solo trofeo taurino.

—Las cosas que recuerden al toro—decía Juan—sólo deben verse en la plaza.

Colgados en las paredes había algunos agua-fuertes de Goya y un cuadro primoroso de Julio Romero de Torres, que Belmonte adquirió en muy buen precio.

La portera—Carmen—, mujer joven y agradada, que había servido en la casa de los dueños de la finca y tenía costumbre de estos detalles, se encargó de la cocina, y un muchachito despierto y alegre que buscó el apoderado de Belmonte entró en calidad de ayuda de cámara.

El llavero mayor y administrador general era Antoñito Conde, que, como decía con mucha gracia Juan, había que empujarle en el codo para que soltara una *perra*.

Los negocios taurinos, conferencias, discusiones, acoplamientos, consultas, etc., se despachaban en el domicilio de Juan Manuel Rodríguez, el apoderado, que vivía en la calle de la Visitación.

Belmonte iba todas las mañanas, de doce a una, que era a la hora en que recalaba también por la casa de su médico y entrañable amigo Miguel Serrano, habitante en la vieja calle

de la Gorguera, muy cerca de la de Juan Manuel.

El fenómeno hacía verdadera vida de muchacho de posición, sin acordarse para nada de su oficio.

Yo ya he contado en el periódico *La Libertad* que Belmonte no se ejercitaba, ni siquiera hacía gimnasia, ni correteaba o saltaba haciendo probaturas en la plaza, cosa que parece obligada en los demás toreros.

El gran amigo suyo y excelentísimo aficionado, el opulento propietario extremeño D. José García Becerra, un día hubo de advertir a Belmonte del peligro de estos descuidos.

—¡Corra usted, Belmonte! ¡Aprenda usted a correr en la plaza!

—¡Pero, don José, por Dios! Si yo he de correr en las plazas, ¿qué misión le voy a dejar al toro?

La vida de Belmonte en aquella temporada de invierno estaba bien distante de los toros.

Gustaba poco de la tertulia del café; pero, en cambio, se pasaba la vida en los teatros, trasnochaba más de la cuenta y se perdía por los laberintos de las calles de Madrid en más de una ocasión.

Hay de este momento aventuras muy graciosas. Una noche, cierta dama de origen polaco que vivía a todo tren en el Palace Hotel, se interesó por conocer a Belmonte y la casa que

habitaba éste en Príncipe de Vergara. Juan, molesto por la curiosidad, decidió gastarla una broma muy seria. ¡Y cuenten ustedes que la dama era bellísima.

Se fingió ser el mozo de estoques de Belmonte, y obligó a Antoñito que se vistiera con su traje de luces y se hiciera pasar por Belmonte. Mandó luego Juan a la cocinera que sirviera una copiosa y escogida cena, invitándonos a Miranda, al bizarro coronel Luis de Eugenio, a mi hermano Alejandro y al llorado Julio Antonio. Aquella cena la presidió la dama polaca, que tenía a su derecha a Antoñito, convertido en el falso Belmonte, y a su izquierda a Sebastián Miranda. Juan, para hacer mejor el papel de ayuda de cámara, se empeñó en servirnos la comida. Total, que todos nos perdimos el respeto. Y menos mal que era verano. Porque si no, yo creo que cogemos en la terraza una pulmonía. ¡Qué es lo que se armaría!

Y lo bueno del caso es que a la dama polaca le dió la *poderosa* por llorar. Y nos tuvimos que ver y desear para meterla en un coche y llevarla, con el traje de luces y el propio Antoñito, al cuarto que empleaba desde hacía un año en el Palace.

Otra tarde, Juan se presentó de repente en una peluquería que había establecida en la calle de Sevilla, la peluquería de Almeida—hoy desaparecida—, en la que él se servía cuando esta-

ba en Madrid, y encarándose con el oficial, que todavía está encargado de su aseo, le dijo muy resuelto:

—¡Anda, muchacho, corta el pelo y aféitame, que tengo mucha prisa!

Y dando sus buenos silbidos y ojeando un periódico se sentó en la butaca para el *sacrificio*.

Toribio—que así se llama el oficial—metió la maquinilla por el cogote, y, como de costumbre, bordeó el lugar de la coleta.

—¿Pero qué haces, hombre? Te he dicho que me cortes el pelo. Quiero que me cortes todo el pelo: hasta la coleta.

—¿La coleta, Juan?—dijo Toribio espantado.

Y como por un resorte, todos los que allí se encontraban rodearon a Belmonte.

—¿Pero qué va usted a hacer? ¿Está usted loco? ¿Va usted a retirarse de torear?

Belmonte miró al grupo, sonrió y siguió silbando.

—Anda, muchacho, córtame el pelo y córtame la coleta.

Aquello fué algo lamentable y definitivo. Los oyentes, de puntillas, ganaron la puerta y se esparcieron por cafés y corrillos taurinos para dejar caer la noticia: Belmonte se había cortado la coleta.

Y cortarse la coleta entonces quería decir definitiva retirada de la profesión taurina.

¡La que se armó! ¡Qué cosas más graciosas y más originales se echaron a volar!

Belmonte, dividida la coleta en dos sobres que le proporcionaron en la peluquería, se echó después a la calle.

Y en el viejo Círculo de Bellas Artes—de que es Belmonte socio y único torero en activo a quien se le permite serlo—penetró en busca mía, y llamándome misteriosamente me dijo:

—Ahí tienes la mitad de mi coleta. Fíjate (volvióse de espaldas), acabo de cortármela. Esta otra mitad es para Natalio Rivas.

Yo no me inmuté siquiera. Estaba en el secreto. Sabía que al día siguiente Juan entraba a prestar el servicio militar en un regimiento y, obediente con las Ordenanzas, que le pedían que se presentara en el cuartel con la cabeza rapada al cero, no había vacilado en sacrificar hasta la coleta.

Y desde aquel día empezaron a rodar coletas por el suelo, quedando sólo en pie la de *Joselito*, con la que el inmenso torero fué enterrado cinco años después. La temporada anterior de 1914 había sido para los dos toreros verdaderamente magnífica.

Era de verdad la pareja de toreros que absorbía la atención de los públicos. Aunque habían toreado juntos infinidad de veces, nunca lo habían hecho solos siendo matadores de toros, y el público deseaba verlos mano a mano.

El primer encuentro se verificó en Málaga el día 28 de febrero, lidiando toros de Murube.

Hubo para esta corrida expectación grandísima, fletándose barcos desde Melilla, Barcelona y Palma de Mallorca; formándose trenes especiales desde Sevilla y Madrid; vendiéndose la plaza diez días antes.

Pero fuera que todavía anduvieran desentrenados los dos espadas o que el ganado respirara absolutamente mansedumbre, el caso es que la corrida resultó verdaderamente aburrida por parte de toros y toreros, saliendo el público muy malhumorado.

En Sevilla se anunciaron las dos fiestas de competencia para los días 17 y 18 de abril, iniciación de la feria.

Juan Belmonte y José Gómez, *Gallito*, mano a mano. O José Gómez, *Gallito*, y Juan Belmonte, para que no se me enfaden los *gallistas*, con toros de Parladé y de Miura, respectivamente.

Los ánimos estaban al rojo. La expectación era tan grande como justificada. Toreros José y Juan de mérito positivo en sus distintas escuelas, habían hecho que se despertasen todos los entusiasmos y todos los apasionamientos.

Entre los aficionados se hacían apuestas y se aventuraban vaticinios. No recordaba la afición días de más acaloradas discusiones que los de las vísperas de aquellas corridas, que han que-

dado como grato recuerdo, como fechas imperecederas en los anales de la tauromaquia.

Pasarán muchos años antes de que en la plaza sevillana vuelvan a verse faenas más completas y valerosas que las realizadas por *Gallito* y Belmonte con los toros de las vacadas de Santa Coloma y Parladé. Con estos dos mozos, ídolos de las muchedumbres, no rezaba ciertamente el dicho del poeta:

Cualquier tiempo pasado fué mejor.

Mejor que esta pareja de jóvenes toreros ha habido muy pocas; creemos sinceramente que ninguna.

Mejor que Belmonte en sus tardes completas de lidiador, nadie.

Veamos lo que dijo *Don Criterio* del trabajo de Belmonte en esas dos primeras corridas de la feria de abril:

“Como su compañero, salió que echaba *jumo*, y *jumo* están haciendo aún las palmas que escuchó el espada trianero. En franca competencia contendió con el menor de los hermanos *Gallo*, y tuvo también la gran tarde, sobre todo en la hermosa y monumental faena que practicó con el segundo de Santa Coloma.

”Empezaremos por consignar como sobresaliente las verónicas dadas a su primer cornúpeto, de las suyas, de las de legítima marca bel-

montina, ciñéndose atrocemente, y que hicieron levantarse al público de sus asientos.

"Hubo luego unos quites enormes a media verónica. Y vino después la faena cumbre, como nunca se vió, en el segundo toro de la tarde.

"A un dedo del enemigo, con valentía consciente y serena, comenzó la faena sobre la derecha para tantear. Pero inmediatamente el trapo pasó a la izquierda, y como si el toro estuviera por la cabeza pegado a la muleta, Juan tiró de él suave, lenta y graciosamente, con esa *naturalidad* que constituye precisamente el pase natural. Y hubo tres magníficos para que luego se sucediera el repertorio de los de pecho, de los ayudados, de los molinetes. Todos emocionantes y dados con un sabor, con una gracia, con una sencillez, que era *Gallito*, y a *Gallito* se le caía la baba de gusto viendo aquello. Y, como digno remate, un volapié en todo lo alto, arrancando de corto y metiéndose Belmonte valiente."

En la quinta corrida el triunfo de Belmonte fué ya inenarrable.

*Don Criterio*, un revistero talentoso y muy independiente, se entregó materialmente y echó a volar las campanas del éxito.

De *Don Criterio* son estas palabras:

"Era tal la expectación que había despertado esta quinta corrida de las de feria, por lidiarse en ella los *terribles* miuras a cargo de los hermanos *Gallo* y Belmonte, las tres figuras más

salientes de la moderna torería, que el entusiasmo y la animación llegaron al desbordamiento, agotándose el día anterior todas las localidades en los despachos de la Empresa.

"Ayer sí que parecía corrida de feria. Las calles céntricas de la población y los círculos y cafés en aquéllas instalados estaban de bote en bote, no faltando las animadas discusiones entre los admiradores de los tres toreros sobre quién había de llevar el "gato al agua" en esta corrida de los *temidos* miuras; sobre todo, entre los partidarios de *Joselito* y Belmonte, por ser los dos toreros más discutidos y en quienes estaban concentradas todas las miradas de los aficionados.

"Los billetes, acaparados por la reventa, estaban por las mismísimas nubes, pues aquélla apretaba la mano de una manera despiadada, siendo muchas las personas que se quedaron en la calle por no contar con cantidad suficiente para satisfacer las exigencias de los revendedores.

"A mediodía se pagaban entradas de sol a diez pesetas, tres veces más de lo que valían en ventanilla. En el quiosco que la Taurina Sevillana tiene establecido en la plaza de San Francisco era tal la aglomeración de gente para adquirir localidades en las primeras horas de la mañana, que se registraron varios incidentes, teniendo necesidad de intervenir los agentes de la autoridad.

"Llegó la hora de la fiesta. La plaza estaba completamente abarrotada de público, ansioso de que empezara la lidia, presentando el hermoso circo sevillano brillantísimo aspecto.

"Hora y media larga duró la *mirada*, y después no se hablaba de otra cosa que del señalado triunfo obtenido por el diestro de las emociones, por Juan Belmonte.

"El éxito había sido indiscutible, obtenido a fuerza de riñones, arrimándose y jugándose el pellejo.

"No cabía discusión. El "gato al agua", como vulgarmente se dice, lo había llevado el popular torero trianero.

.....  
"Declaro ingenuamente, con la sinceridad que guía todos mis actos, que descubrirse precisa ante el coloso trianero, ante D. Juan Belmonte García, conocido por Juanito *Terremoto*.

"Lo que ayer tarde hizo este diestro en el circo sevillano, en presencia de millares de aficionados de todos los colores taurinos, pasará a la historia en donde se guardan las más hermosas y grandes heroicidades de toreros antiguos y contemporáneos."

Y Antonio Soto, desde las columnas de *El Liberal*, con su autoridad de gran cronista sevillano, dijo a este propósito en una evocación muy sentida:

"Era el mes de julio. Caían sobre la tierra

sevillana los haces de fuego del sol canicular en una tarde en que la atmósfera hacíase irrespirable.

"Del circo taurino salió una muchedumbre enardecida por el entusiasmo. Sobre un grupo compacto de aficionados, que enronquecían dando vítores, se veían las enmohecidas lentejuelas de un traje de lidiador, que cubrían un cuerpo desmembrado, que, a semejanza de un pelele, era llevado en triunfo.

"Los últimos destellos de aquel sol de fuego arrancaban a las aguas del Guadalquivir reflejos brillantes, copiando en las aguas tranquilas una escena que tenía algo de exótica.

"Y allá avanzó el grupo tumultuosamente, penetrando en la vivienda mezquina, cuyo patio ensombrecían las tupidas hojas de un emparrado.

"El ídolo, hasta entonces desconocido, fué arrojado sobre un camastro, retratándose en su rostro la mueca del dolor, en tanto que el beso de una mujer que hacía las veces de la madre santa, que ya no existía, estampóse en su boca, y unos niños, asustados por la escena, le acariciaban el cuerpo. De los ojos del torero triunfador, en aquella tarde en la que el sol canicular tenía destellos cegadores, corrieron algunas lágrimas. No eran éstas arrancadas por el dolor de la herida que le causara el asta del toro, y de la que nadie se había dado cuenta. Se las produ-

cía la emoción de un hecho visto con clarividencia suma: la despedida para siempre de aquella miseria que meses y años habían atosigado su existencia.

.....

"Ayer tarde se había ocultado el sol. El toreo ídolo de muchos, el combatido por otros con saña cruel, salió triunfante de la misma plaza teatro de su primer éxito.

"Acababa de emocionar, con su toreo lleno de gentilezas y arrogancias, a trece mil espectadores, y acababa de dar en tierra de dos soberanos volapiés a dos terribles miureños. Había llegado al pináculo de su carrera, había consolidado su fama.

"De nuevo, el grupo, ebrio de entusiasmo, sacó en brazos al ídolo ya consagrado por fama mundial, y de nuevo reprodujose al cruzar el puente de Triana la escena de aquella tarde calurosa de julio, y sobre las aguas del río Guadalquivir se reflejó la brillantez de las lentejuelas del ahora lujoso vestido que cubría el cuerpo del torero llevado en triunfo.

"Por la más amplia populosa calle del barrio avanzaron aquellos millares de idólatras, que enronquecían dando vítores, y de los balcones cayeron sobre el vencedor en la lucha del coso manojos de rosas y claveles, arrojados por manos femeniles.

"Ahora, como en la tarde de su aparición,

Belmonte lloró. Las lágrimas arrancadas por la emoción de esta apoteosis, que acaso hubiese soñado el lidiador en sus anhelos de gloria, corrieron por el rostro moreno del torero sevillano.

"El que acababa de hacer ante los miureños olímpico desprecio de su vida, sintióse acongojado al aproximarse a la vivienda donde con cariño le esperaban los suyos para estrecharle con abrazos y cubrirle de besos.

"Así era Juan Belmonte, el verdadero y único representante de los prestigios de Triana."

Y el 25 de abril, otra vez el cielo belmontiano se cubrió de gloria en Madrid, donde toreaba ocho de Murube, y con él, Pastor, *Gallo* y *Gallito*.

Un cronista hubo de escribir:

"¡Qué emoción la de los catorce mil espectadores que asistieron ayer a la de Beneficencia, cuando Juan Belmonte, con los chirimbolos de matar y previo el brindis al concejal de tanda, se dirigió al cuarto murube de la jornada, que era noble, bravo, suave y de no mucha representación!

"*Cuatro naturales* corriendo la mano con asombrosa lentitud. Los pies fijos en la arena, como si hubieran echado profundas raíces. Uno de pecho completo, lamiendo el bruto con los lomos la pechera del matador; tres o cuatro altos insuperables, corriendo con el refajo todo el largo del toro; dos estupendos molinetes, otro

de pecho, dos altos más, todo en una vara de terreno, como si el bicho, hipnotizado, obedeciese a la voz.

"La muchedumbre había enronquecido. Las aclamaciones humeaban. El asombro del pueblo soberano ante la grandeza de aquella labor amenazaba con estallar en violento ataque de epilepsia.

"Y muy en corto arrancó el de Triana y metió el estoque hasta la bola, ligeramente tendido, pero en lo más alto del morrillo.

"El de Murube, tambaleándose, llegó hasta las tablas y dobló para siempre. ¡Qué ovación a Belmonte!

"Cinco o seis mil pañuelos, que simulaban el aleteo de blancas palomas, pidieron la oreja del difunto para su admirable matador, y el concejal atendió a la demanda, porque en ocasión ninguna pudo concederse a nadie con mayor motivo el codiciado premio.

"Porque en esta faena colosal, que no se olvidará en mucho tiempo, hubo de todo: arte, clasicismo, valor, serenidad, seguridad, dominio de las circunstancias todas y un verdadero derroche de elegancia y pundonor.

"Yo no recuerdo otra que le haya superado. Ni igualado siquiera."

En la temporada de 1915 Juan apuntó 115 corridas, toreó 110 y mató 171 toros.

## CAPÍTULO XX

1916-1917

Otra temporada. — Belmonte en Sevilla. — Los ilusos se entregan. — Una excepción para Belmonte. — El toro que habla. — Muere "Don Modesto". — Lo que supuso en la opinión taurina. El año de Belmonte. — Amigos y enemigos. — El muñeco mecánico. — La corrida del Montepío.  
Un decreto de Barbadillo.

Y vamos con la temporada de 1916. Belmonte, que pasó todo aquel invierno en Sevilla dedicado a las faenas de campo, dió comienzo a su actuación taurina el 12 de marzo, en Barcelona, alternando con Pacomio y *Fortuna*, y siendo los toros de Santa Coloma. La última corrida que toreó Juan en esta temporada fué en Zaragoza, miuras, con *Gallito* y Ballesteros.

Ajustó en esta temporada 103 corridas, pero por un percance que sufrió el día 16 de julio toreando en La Línea de la Concepción, ganado

de Salas, con Freg y *Gallito*, perdió de torear 59 corridas, despachando en las que le quedaron de temporada 93 toros, que hacen 44 corridas.

Ya no había ilusos que se atrevieran a decir que Belmonte, sin facultades ni decisión, no era más que un obstáculo de muy poca monta en los afanes de *Gallito*. Ya se veía claramente que el torero nacido en el barrio de la Feria, en Sevilla, era un fenómeno en todos los aspectos artísticos, y que podía resistir muy dignamente cuantas temporadas se hicieran.

Este mismo año de 1916 vuelve Belmonte, en Sevilla, a armar el escándalo de éxito grande.

Y los revisteros todos, no sabiendo de qué adjetivos echar mano, aplicaban el consabido incienso eclesiástico:

“¡Hurra! ¡Hurra, señores belmontistas! ¡Hurra, admirable San Juan el Apocalíptico! ¡Aleluya, partidarios del beato Juan el Subyugante! ¡Salve, arca divina del toreo!”

Y reseñando el revistero *Triquitraque* aquella famosa corrida en que Juan consiguió en Sevilla una oreja, entonces donpreciado muy difícil de conseguir, el mentado revistero, que vivía en el justo medio de la ecuanimidad, dijo lo que sigue:

“Ni que decir hay que el público, ebrio, lleno de entusiasmo, oleaba al torero, y que al terminar aquél, prorrumpió en una ovación ensordecedora, una ovación monstruosa. La banda de

música tocaba un pasodoble alegre, y el público, todo el público a una, sacaba los pañuelos. Entonces yo vi al toro *Vencedor* levantar la cabeza y encarándose con el edil de tanda, le dijo con un guiño:

—¡Ande usted, alma mía! No vacile usted, y que *me la corte*, ya que yo me he muerto de gusto.

”Entonces el Sr. Díaz Hidalgo flameó el pañuelo, haciendo la señal de la concesión del apéndice auricular.

”¿El prestigio de la plaza? ¿La seriedad del circo sevillano?

”Sobre este extremo, mi juicio es muy liberal...

”Y alentado por los aplausos, por el gran éxito, Juan continuó alternando en los toros restantes, y sus resplandores de torero magno continuaron deslumbrando al público.

”Su faena de muleta en el segundo hizo *pendant* a la del primero. Mejor dicho, superó a la anterior. ¡Qué grande eres, Juan!

”¡Quisiera poder extenderme escribiendo para describir con todo lujo de detalles la magna labor realizada por Juan con el sexto toro!

”Señores, abran un manual taurino. Vayan leyendo la descripción de cada pase. Cómo son, cómo deben ejecutarse. La faena de Juan fué eso. Una lección de toreo y una demostración clara, evidente, indiscutible, del ¡no hay más

allá! No, señores, no se puede torear mejor de muleta, no se puede derrochar más valor.

"Con el acero, un pinchazo bueno, otro pinchazo de igual calidad y una entera tendida. Todas las veces entró con agallas.

"Las palmas *jacían* humo. El toro era muy noble, bravo, merecedor de la "faena" que con él realizaron. ¡Cómo sería la faena, que uno de los carniceros me ha dicho que el animalito llegó "relamiéndose" de gusto! ¡Hasta los animalitos son agradecidos!

"Y ahora, para los que me critican por no ser un revistero detallista por no dar los nombres y pelos de los toros, etc., etc.

"Leed, cortad y colocad en un cuadro:

*"Los toros lidiados por Juan Belmonte el viernes 28 de abril de 1916, eran de la ganadería de don Luis Gamero Cívico; fueron dos joyas, y se llamaron Vencedor y Hurón; el primero tenía el número 22, era negro listón y bien colocado de pitones; tomó cinco puyazos y mató dos caballos; el segundo, tenía el número 79, era negro bragao y con muy bonita cornamenta; tomó cinco puyazos, tumbó a un piquero y mató dos caballos.*

*"Juan Belmonte estuvo inmenso, cortando la oreja de Vencedor."*

En aquella temporada, y en sus albores, falleció en Madrid el ilustre escritor, por muchos conceptos ilustre y por muchos concep-

tos enorme periodista, D. José de la Loma, *Don Modesto*.

Han pasado once años de este suceso y ya no hay periódico que apenas recuerde al enorme compañero, ni tertulia taurina donde se hagan evocaciones y se contrasten los valores de aquel revistero.

Y, sin embargo, *Don Modesto* constituyó por sí una de las épocas más grandes y brillantes en la crónica taurina escrita, y porque murió víctima de esa cruel dolencia que se adquiere en las noches largas de la Redacción y en los días largos de la abstinencia; porque murió en honestidad, despreciando los *interesados favores* que se le quisieron otorgar; porque avaloró con su pluma los grandes prestigios de aquellos diestros de la categoría de Pastor, *Machaco*, *Bombita*, *Gallito* y últimamente Belmonte, bien merece aquí de un recuerdo sincero y cariñoso.

A *Don Modesto* le sucedió en *El Liberal* el escritor Pérez Lugín, que en esta corrida, y sin perder su contacto gallístico, calificó a Belmonte con el nombre de *Terremoto*, *Cataclismo*, *Catarata*, *Inundación* y *Diluvio universal*.

“¿Cómo van a salir hoy toreros—decía Lugín—, si toreándose donde se torea y como se torea, ni el propio *Cid Campeador* podría mejorar tales suertes!”

Y de aquel año es la famosa corrida celebrada en Madrid, llamada de Beneficencia, glorio-

sa fecha para Belmonte, en la que contendió con los hermanos *Gallo* y con Gaona, toreando bichos de Saltillo.

Gregorio Corrochano, el cronista de *A B C*, que ha llegado a la cumbre también en materia revisteril, y que es un periodista largo, a la usanza de *Don Modesto*, publicó entonces una crónica, a propósito de Belmonte, que es la que más fama le dió.

Decía, entre otras cosas:

“Ustedes habrán comprado alguna vez, para regalo de un niño, uno de esos muñecos articulados que son un prodigio de la mecánica. Habrán observado cómo, al darle cuerda, las articulaciones se animan, el muñeco se agita, se contrae, se estira, adquiere vida. Mientras esto sucede, los niños, con la ansiedad y la expectación pintadas en sus caritas, esperan el momento de que suelten el muñeco en la mesita donde ha de maniobrar. ¡Ya le sueltan! Ya mueve su cuerpecito como una persona. Y los niños palmorean encantados; los movimientos se hacen más lentos; poco a poco languidece el muñeco hasta que vacila y cae. Se le ha acabado la cuerda. Este muñeco, en la torería, no es otro que Belmonte. Le sacan a la plaza, y a través de la seda de su traje de luces, se ve el relleno de trapo, de cartón, de aserrín. Pero sale su toro, se le da cuerda, y el muñeco torero da unos pasos torpes, se contrae, se estira, y maneja el ca-

pote a la verónica; no se mueve, no sabe andar, sólo tiene articulados los brazos y la cintura; la afición, como los niños, palmotea de gusto, y el muñeco va adquiriendo vida, se estira y crece. Luego le ponen en la mano una muleta de torear, y el muñeco da pases; el toro quiere cogerlo y no puede; el muñeco se transfigura; por la sensación que nos da sospechamos, aunque no lo vemos, que además de los brazos, tiene articulado el corazón. La faena avanza; el toro es hermoso, pero cada vez parece más pequeño, y es que el torero va siendo cada vez más grande, más grande, creciendo hasta la hipérbole; la plaza es ya un pedestal, y allá, por encima de la bandera se dibuja la silueta del gigantesco muñeco; los niños no ríen, ni palmotean, ni casi respiran; las mujeres, para no ver aquello con toda la intensidad que las escalofría, velan su mirada con la mantilla, y, a través de la blonda, ven tamizada, en un tono más suave, la faena. Pero no dejan de mirar, que es un peligro que atrae, por el arte sugestivo que lo envuelve, peligro que sentimos como si nos rodease a todos, como si corriésemos el riesgo del lidiador, y la sangre se agolpa, y sabemos que tenemos corazón porque físicamente sentimos sus latidos, y hay brillo en los ojos y reseca en los labios; hay fiebre. Después de cornear al coloso y romperle el traje muere el toro, y ya el muñeco, sin cuerda, se contrae, vacila y cae en la arena cogi-

do a un cuerno, hecho un guiñapo, viéndosele el aserrín por las rasgaduras de su vestido de seda.”

Y viene después la temporada de 1917.

Estamos ya en lo que muchos han dado en llamar el “año de Belmonte”.

Los aficionados puramente clásicos advierten que esta temporada fué la más gloriosa, la más sobria y la mejor que toreó Belmonte.

Y algo debió ocurrir de esto, porque se dió el caso extraño que hasta los críticos más tachados de *gallistas*, como lo eran Bonnat, *Don Pío* y Barbadillo cantaron con enorme entusiasmo las proezas de Belmonte.

Aquel mismo año, *Gallito* ajustaba las mismas corridas que Juan, y un revistero de la casa decía todo entusiasmado:

“Se necesita tener para esto una resistencia física enorme y, sobre todo, una seguridad grande con los toros. Quizá efecto de esto mismo los públicos se van acostumbrando a verle sin emocionarse, por creer lejos de él todo posible peligro. Y no es esto: son sus portentosas facultades y sus grandes conocimientos de los terrenos que pisa y de las condiciones de los toros lo que hacen que éstos no le cojan a menudo. Sin embargo, a pesar de torear cerquísima y estar tan valiente como el primero, se le tilda de ventajista y habilidoso.”

Esto de la resistencia y facultades se decía

de *Gallito* sin querer advertir que Belmonte llevaba todas las temporadas de matador de toros firmando y toreando las mismas corridas que José, y no le daba ninguna importancia.

Pero eran los amigos officiosos. Esos amigos que viven esclavos de las pasiones de la fiesta, que pretenden buscar la competencia sea como sea, que gustan de la guerra a mordiscos, a palos y a tiros, si pudiera ser.

Ha habido en la torería un famoso banderillero, Tomás Mazzantini y Eguía, hermano de don Luis, que se sabe de él comenzó de desastrosa manera su profesión, la que abrazó únicamente por cariño a su hermano.

Pero Tomás era un hombre muy inteligente y muy hombre. Y llegó, a fuerza de voluntad, a hacerse la primera figura de los rehileteros de la época.

Tenía Tomás Mazzantini una gran autoridad. Sus sentencias y sus dichos se comentaban siempre en todos los corrillos.

Hablando de los amigos de los toreros, decía Tomás Mazzantini:

“Los toreros en activo, para llevar bien sus relaciones, deben saber separar en tres grupos a sus amigos: amigos del hombre, ajenos en absoluto a la gloria del artista; amigos del torero, admiradores apasionados de su arte a quienes no importa el hombre si no viste el traje de lu-

ces; amigos, en fin, no del hombre ni del torero, sino de la fama y de la popularidad que de él irradia, acompañándole en paseo en coche descubierta, hablándole en la plaza, presentándose con él en el teatro o apareciendo junto a él en la cama, en los días de cogida.”

Belmonte ha sido el que ha padecido más y con más resignación toda esta clase de amigos. Pero luego él supo elegir los suyos, que le han seguido en estos quince años, y de los que yo he de hablar en capítulo oportuno.

Pero en los comienzos, acaso para azuzar el fuego de la pasión y conseguir de Juan la competencia, no faltaban officiosos que en la intimidad le dijeran a Belmonte:

—¡Si oyeras lo que *Joselito* se encarga de decir de ti! El te ha puesto el nombre de galápago, joroba y tropiezo. Dice que vas a durar una siesta, y que él se encargará de demostrártelo.

No sabían los que de esta manera hablaban a Belmonte que nuestro héroe lo que tenía era admiración por José, y que precisamente en este año de 1917 los dos habían intimado de tal manera que se les veía juntos tan pronto como podían escapar de las miradas de los sobones y los curiosos.

Juan Belmonte toreó en esta temporada de 1917, 97 corridas; mató 206 toros, y en más

del 95 por 100 los carteles fueron a base de él y de *Gallito*.

La primera que Belmonte toreó este año fué el 11 de marzo, en Barcelona, alternando con Pacomio y *Fortuna*, reses de Santa Coloma, cerrando la temporada, también en Barcelona, el 21 de octubre, alternando con Gaona y *Torquito*, toros de Pérez de la Concha.

Y hay que hacer constar que ese año de 1917 empezó algo peor que mal para Juan Belmonte, y mejor que bien para *Joselito*. Pero llegó la mitad de abril y todo el mes de mayo, y Belmonte se superó a sí mismo, consiguiendo éxitos como el de la famosa corrida del Montepío, en Madrid, de cuya corrida todavía se sigue hablando.

*Paco Chipén*, en *España Nueva*, con el título de *¡Sólo Belmonte!*; *Don Pío*, en *El Liberal*, con el título *Terremoto o la Universidad del Toreo*; *Claridades*, en *El Mundo*, con el título de *Aun hay clases*; *El Barquero*, en *Heraldo*, con el título *Dios es Dios y Belmonte su Profeta*; *Corrochano*, en *A B C*, con el título *¡Juan Belmonte!*, y *Barbadillo* en *El Imparcial*, encabezando su artículo, *La mejor faena de la vida de Belmonte*, hicieron artículos que llenaron planas enteras, reseñando más que nada, aquella manera maravillosa con que Juan lidió y dió muerte al toro corrido en último lugar.

Y como es un documento histórico, no hay otro remedio que reproducir la crónica de Corrochano, en que hablaba de esta hazaña y que decía así:

“Confieso mi flaqueza. Yo me tenía por un hombre sereno, frío, inmutable, ajeno a esa oleada de entusiasmos y rencores que sube del ruedo al tendido y baja barriendo como un mar en resaca del tendido al ruedo. Yo he visto volver fracasados a la barrera, bajo el peso de una acusación unánime, a los más grandes toreros modernos, sin que el contagio del tendido, que rugía iracundo, me arrancase una palabra o un gesto de disgusto. Otras veces les vi volver aclamados y salir a recorrer la plaza en triunfo, y pasaron ante mí, y acaso fuera yo el único que no aplaudiera. Todo esto lo conseguí sacrificando mis propias inclinaciones, dominando mis impulsos, sujetando mi instinto, contrariándome, cultivando la voluntad, en aras de un deber profesional que requiere por lo menos esto: serenidad para ver, imparcialidad para juzgar. Siempre creí que el narrador de una fiesta de pasión debe ser desapasionado, que el comentar de una lucha de bandería no debe pertenecer a ningún partido. Jamás creí que yo, que tantas pruebas tengo dadas de serenidad, pudieran perderla. Confieso mi flaqueza: ayer Belmonte me hizo perder la serenidad. Por primera vez en

mi vida he sido uno de tantos en el tendido. Yo, que tantas veces conseguí dominarme a fuerza de una ruda gimnasia de la voluntad, ayer, en un supremo esfuerzo, se me saltaron los tendones y los nervios, y, perdido ya el dominio sobre mí, caí como un guiñapo en el tendido, y fuí, uno más, uno más a dar gritos, a llevarme las manos a la cabeza, a perder la serenidad. Lo confieso a fuer de hombre sincero y lo confieso sin rubor, seguro como estoy de que en el mismo pecado está la absolución.

"Veréis en el proceso de esta corrida, desde la más medrosa vulgaridad hasta lo más inverosímil. Vamos a hacer el milagro de narrar lo inenarrable.

"Juan Belmonte no es un torero. Es un símbolo. No se le puede definir. No se le puede catalogar. Todos los toreros, desde los más altos a los más bajos desde los padres de la tauromaquia al último aprendiz, están perfectamente definidos y juzgados, por relación, por comparación, que es el procedimiento para establecer apreciaciones y categorías en todos los aspectos de la vida. Desde la temperatura, que la referimos al grado cero como punto de partida, hasta el sistema métrico decimal, para lo que recurrieron los hombres al cuadrante de un meridiano, toda la vida gira alrededor de estados comparativos. A los toreros modernos, para juz-

garlos se les ha buscado como patrón medida *Lagartijo* y *Guerrita*, que han llenado dos épocas del toreo. Y así decimos, aceptando una graciosa hipérbole, muy gráfica y expresiva: la estatura de *Joselito* es la de tres *Guerritas* empalmados y *Lagartijo* por montera. ¿Y a Belmonte, con quién se le compara? ¿Cuál es la medida tipo para calcular su estatura taurina? ¿Cuántos *Guerritas* tiene? Y si no llega a él, ¿qué parte alícuota le corresponde? Es inútil que os canséis en pensarlo; tan inútil como si quisierais agrupar cantidades heterogéneas. Belmonte no tiene más patrón que Belmonte. No tiene precedentes; a él mismo, pues, tenéis que recurrir para su estudio comparativo, y como nosotros somos los primeros convencidos, a él recurriremos para juzgarle en la tarde de ayer. A Belmonte le mediremos con Belmonte, con aquel del 2 de mayo, con aquel de la corrida de Beneficencia, fechas que nadie creía que pudiera borrar ni Belmonte mismo, hasta que llegó la tarde del 21 de junio. Fué su tarde de más angustia y de más júbilo; nunca le vi tan cerca del fracaso ni subir con más aceleración la cumbre del éxito. Cuando salió el sexto toro Belmonte estaba despedido de la plaza de Madrid. ¿Como el *Gallo*? Peor que el *Gallo*. Sin odios, sin rencores, sin pasión; con algo peor: con indiferencia. El público había prescindido de él

en el tercio de banderillas del quinto toro; al calor de unos pares de *Joselito* y Gaona nacía una nueva competencia, de la que se apartaba a Belmonte como cosa gastada, de la que ya no se esperaba nada.

"Y salió el sexto toro, y hubo quites divinos. Belmonte dió sus mejores recortes. Gaona su mejor lance con el capote a la espalda. José dos lances suaves, lentos, largos, interminables, todavía mejor que sus compañeros. Y allá va Belmonte, pobre torero, descartado de las grandes combinaciones, repudiado por el gran público de Madrid.

"Se fué al toro, dolorido, sangrante, comiéndose las lágrimas, y crispando los puños.

"—¿Pero es que yo no soy nadie? ¿No tengo ya historia? ¿No he hecho nada en el toreo?

"Pero sí, sí. Belmonte, el sobrenatural Belmonte; con los pies clavados, la cintura rota, extendido el brazo izquierdo, del que pendía la muleta, toreó a aquel pobre enemigo como yo nunca había visto torear. Hizo la faena justa, precisa, como la soñaran los grandes maestros. El toro, noble y suave, se prestaba a ello; no digo esto para restar méritos, sino para completar los elementos de juicio, que siempre creímos que en estas cosas tanto debe poner el torero como el toro, y todos los toreros no saben aprovechar los toros; si alguien lo duda, le re-

mitimos al primero de esta misma corrida. Aquí fué cuando perdimos la serenidad. Nunca sentimos emoción igual. No emoción en el sentido de temer un percance, no; cuando se torea así, el primer deslumbrado y el primer sometido es el toro. Dió un gran pinchazo y media estocada superior, entrando a matar con estilo. Muérete, torito, muérete ya. ¿Qué esperas? Mira que después de esto, no debes admitir un pase más, que desde que hubo toros ninguno alcanzó honor igual al que acabas de alcanzar. Anda, muérete. Pero no se quiso morir, y en vista de esto, Belmonte le descabelló. Los que antes gritaban a Gaona y *Gallito*, descartando a Belmonte: "Los dos, los dos solos", se echaron al ruedo y le dieron una vuelta en hombros. La gente hablaba, hablaba, hablaba, no podía ni aplaudir, ni pedir la oreja; ni nada; aquello se había salido de lo corriente, y de lo corriente se salía también la forma de admiración y entusiasmo.

"Belmonte, transfigurándose, cambiando de estatura, de silueta, hasta de color, se borró a sí mismo. Nunca vi más arte puro, más valentía natural, más dominio, más estética. No hubo oropel, relumbrón falso, comicidad. No torea para el público, aficionado al efectismo, sino para el toro y para él. Ni siquiera creo que torea para nadie. Me pareció más bien que puso el punto final a la brillante historia de la

tauromaquia. Después de esto, nada. No hay más allá.

”¡Cuánto siento tener que volver a los toros! ¡De qué buena gana me retiraría del tendido, para que otras tardes no vinieran a enturbiarme la visión que tengo de esta faena! Y cuando cruzara la calle de Alcalá a la hora de los toros, yo me acordaría de esta tarde, y cuando la gente me hablase de toreros que hicieran prodigios con la muleta, yo les contestaría maquinalmente: “¡Ah, sí, Belmonte! ¡Juan Belmonte!”

Aquel mismo año, cuando los aficionados que habían ido a las playas del Norte para presenciar las hazañas taurinas de José y Juan, venían enardecidos, diciendo:

—Es un asombro. ¡Cómo está Belmonte; es difícil volver a ver ningún torero! Si en una corrida está bien, en la otra se supera a sí mismo.

Y fué en este año cuando el cronista Joaquín López Barbadillo, desde las columnas de *El Imparcial*, publicó, como encabezamiento de sus juicios, un preámbulo de decreto que decía:

“¡¡¡BELMONTE!!!

*”Su Majestad el Público, por la gracia de Dios, Rey absoluto de los Estados de la Alegría, la Gallardía y la Bizarría, Señor de las Floridas*

*Tierras del Entusiasmo arrebatado y loco, Emperador de los Circos Taurinos.*

*"Vistas las proezas que en mi real presencia ha realizado el héroe llamado Juan Belmonte, ejecutor de tan grandes fazañas como jamás vieron ojos humanos en la arena de un coso al que se salga a retar a la Muerte y vencerla y burlarla, por más que en casos tales la Muerte emplee no una pequeña guadaña, sino dos, las dos astas del toro,*

*"Vengo en decretar lo siguiente:*

*"ARTÍCULO ÚNICO. Se declara a Juan Belmonte monumento nacional.*

*"Dado en la carretera de Aragón a siete días de octubre de mil novecientos diecisiete años.—  
YO, EL PUEBLO SOBERANO."*

## CAPÍTULO XXI

### LA BODA

Lima, la ciudad sevillana. — El entusiasmo de Belmonte. — Los compañeros. — Cómo vivía Belmonte en Lima. — Croquis de la ciudad. — ¡Estaba escrito! — Juan se enamora. — Juan se casa. — La noticia en España. — Cable alarman-  
te. — Dos cartas lo explican todo. — Unos se van y otros se quedan. — Un interrogatorio a “Fortuna”. — Habla Antoñito. — Camino de la Argentina.

Embarcó Juan Belmonte en Santander el día 20 de noviembre, en dirección a Lima. Iba contratado por nueve corridas y un beneficio, a razón de 20.000 pesetas por fiesta. El empresario se llamaba Carlos Moreno, el cual, no conformándose con esperar a Juan en el Callao, decidió venir a Madrid y volver a hacer la travesía en unión de Belmonte y los otros diestros que habían de componer el cartel, y que eran

*Fortuna y Chiquito de Begoña.* Llevaba Belmonte en su cuadrilla al picador *Catalino*, y los banderilleros *Maera*, *Magritas* y *Morenito de Valencia*.

Juan consiguió en Lima un éxito enorme. Realmente, hasta que él actuó en Lima no se habían confeccionado carteles de importancia. La fama que traía de España se confirmó plenamente.

Lima, que es el pueblo americano que conserva más sabor español (Blasco Ibáñez advierte que tiene gran semejanza con Sevilla), resulta en extremo hospitalaria, conservándose por tradición un elemento de rancia aristocracia, en la que Juan Belmonte fué muy bien acogido.

En un artículo que a su vuelta de la primera excursión que hizo por América publicó la revista *Nuevo Mundo*, en el que se condensaban impresiones del famoso diestro, éste hacía grandes ponderaciones de toda la República, mostrándose tan entusiasmado con la capital, que llegaba hasta encontrar tanta grandeza, por ejemplo, en la iglesia de San Francisco, que la comparaba con la Catedral de Sevilla.

Y para Belmonte, el paseo de Colón, la Avenida del Jardín Zoológico, la plaza de Armas y la calle del Mercado eran lugares que podían ponerse en primera fila sobre los mejores del mundo.

Belmonte, cuando ha ido al extranjero a cumplir algún contrato, ha reducido su vida a alternar con los amigos que le acompañaban o, cuando más, con los compañeros de la profesión.

En Lima, presentado por Carlitos Moreno a los muchachos de más viso, bien pronto se abrió Belmonte camino, frecuentando los clubs de buen tono, abonándose al teatro Municipal y asistiendo a las mejores reuniones familiares.

Y por España circuló la noticia, allá por los primeros días de marzo, de que Belmonte se había casado en Lima. La nueva postura venía envuelta con otra más alarmante: Belmonte había decidido retirarse de la profesión, y tan era verdad esto, que ya caminaban con rumbo a España los banderilleros que habían ocupado puesto en su cuadrilla.

Para que la alarma fuera mayor todavía, todo esto coincidió en Madrid con el fallecimiento del apoderado de Juan Belmonte, el conocido aficionado Juan Manuel Rodríguez.

Falleció Juan Manuel de repente. Y el vulgo, en derredor de esta muerte, fraguó una leyenda, diciéndose que el apoderado de Juan, que, a nombre suyo había contratado corridas para aquella temporada en número de 110, se encontró de pronto con una carta certificada, procedente de Lima, en la que el propio Belmonte le anunciaba su boda y su retirada del toreo, siendo tan gran-

de el disgusto que experimentó Juan Manuel, que le sobrevino una congestión, de la que falleció a los pocos minutos.

Luego se probó plenamente que la muerte de Juan Manuel Rodríguez fué producida, desde luego, por una congestión—estaba muy grueso el apoderado de Belmonte y gustaba mucho de los excesos en la alimentación—, pero después de una comida que hizo con varios amigos.

Así y todo, la noticia de la decisión de Belmonte y la de la muerte del apoderado Juan Manuel se juntaron, y fueron de boca en boca por todos los corrillos de los aficionados que hay en España.

Y de tal modo se armó el barullo y de tal modo se preocuparon las gentes, que ya hubo quien se encargó de poner un cable a Lima, y de Lima dieron la clave, diciendo que era verdad la boda de Juan Belmonte con una señorita perteneciente a una de las familias más linajudas residentes en el Perú, pero de raigambre castellana.

Pocos días después—me refiero a los primeros días de marzo de 1918—regresó, procedente de Lima, el diestro *Fortuna*, y sobre él cayeron periodistas y curiosos en demanda de noticias sobre la boda de Belmonte.

Descorrióse por completo el velo. Era la noticia cierta. No resultaba broma de las gentes de buen humor. No era tampoco *chufra* del gran to-



Cómo lo ve Ferrer

rero, tan aficionado a no dar importancia a las cosas.

*Fortuna* era el depositario de largas cartas, que Belmonte le entregó con lágrimas en los ojos.

Era—según confesión de Belmonte—el momento más emocionante de toda su vida.

Una de las cartas iba dirigida a su padre; la otra al apoderado. (Esta última fué abierta por sus deudos.)

La primera carta decía: “Querido padre: Ya tienes una hija más, porque me he casado. Este era el *suceso sensacional* que te anunciaba en mi último cable.”

La segunda carta decía: “Póngase usted, querido Juan Manuel, las manos en la cabeza para conocer lo que voy a comunicarle: me he casado, y muy a satisfacción con mis gustos. Por ahora no regreso a España—seguramente en todo el año 1918—; pero eso no quiere decir que el año que viene no siga toreando.”

El señor José, el padre de Belmonte, no se resignó con aquellas noticias, que le parecieron muy vagas, y de un salto se plantó en Madrid para entrevistarse con el propio *Fortuna*.

Y a la estación fué a esperarle el torero, y juntos marcharon aquella misma mañana a desayunar y charlar sobre el asunto al café Suizo, popular café que fué de los toreros y que hoy se halla derruído.